

# JACOBIN

AMÉRICA LATINA



## ¿ADIÓS AL PROLETARIADO?



Hoy es constante la tentación de suponer que la clase es una cosa. Aunque ese no es el sentido que Marx le otorgó al término en sus escritos históricos, el error vicia una buena parte de los textos «marxistas» contemporáneos. Se asume que «eso», la clase obrera, tiene una existencia real, susceptible de ser definida casi matemáticamente: un cierto número de hombres que mantienen una relación determinada con los medios de producción. Bajo ese supuesto, se vuelve posible deducir la conciencia de clase que «eso» debería tener (aunque rara vez sea el caso), si «eso» tuviese en cuenta de forma adecuada su propia posición y sus propios intereses. Pero resulta que existe una superestructura cultural que opaca ineficientemente el reconocimiento. Como los «atrasos» y las distorsiones culturales son realmente molestos, no es difícil concluir en una teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que revela la conciencia de clase, no como es, sino como debería ser.

E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*

# Colectivo editorial

## EDITOR PRINCIPAL

Martín Mosquera

## EDITORA ASOCIADA

Florencia Oroz

## COORDINADOR DE REDACCIÓN

Nicolas Allen

## EDITOR INTERNACIONAL

Denis Rogatyuk

## TRADUCTOR PRINCIPAL

Valentín Huarte

## COLABORACIÓN EDITORIAL

Pablo Abufom Silva  
Anahí Durand Guevara  
Franck Gaudichaud  
Hilary Goodfriend  
Georgina Martínez Antúnez  
Karina Nohales  
Thea Riofrancos

## RESPONSABLE DE CIRCULACIÓN

Cecilia Cowper

## DIRECCIÓN GRÁFICA

Alejandro Ros

## ASISTENCIA DISEÑO

Silvia Canosa

## ARTE DE TAPA

Juan Pablo Dellacha

## DISEÑO WEB

dosRíos - Diseño &  
Comunicación  
Florencia Croccia  
Gastón Mato

## CONSEJO ASESOR

Marilena Chau  
Enrique Dussel  
Verónica Gago  
Álvaro García Linera  
Claudio Katz  
Claudia Korol  
Michael Löwy  
Massimo Modonesi  
Maria Emilia Tijoux

## PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

## DISTRIBUYE



siglo veintiuno  
editores

*Jacobin* es una voz destacada de la izquierda radical en el mundo que ofrece un punto de vista socialista sobre la política, la economía y la cultura. La revista impresa se publica trimestralmente.

## SUSCRIPCIÓN ANUAL

ARS 1600 (digital solidaria)  
ARS 2500 (digital estándar)  
ARS 2300 (impresa solidaria)  
ARS 4000 (impresa estándar)  
USD 12 (digital solidaria)  
USD 36 (digital estándar)

Montevideo 31, dpto. 3,  
C1019ABA, Argentina  
jacobinlat.com  
redaccion@jacobinlat.com

©2021 Jacobin América Latina  
ISSN: 2718- 6466  
Octubre 2021

Se imprimió en  
Latingráfica  
en octubre 2021



# Escriben

**Antoine Artous** es doctor en Ciencia Política, miembro de la redacción de la revista *Contretemps* (Francia) y autor de, entre otros libros, *Marx, el Estado y la política* (Sylone, 2016).

**Aaron Benanav** es investigador de la Universidad Humboldt (Berlín) y autor de *La automatización y el futuro del trabajo* (Traficantes de Sueños, 2021).

**Eric Blanc** es sociólogo por la Universidad de Nueva York y autor de, entre otros libros, *Revolutionary Social Democracy* (Haymarket, 2021).

**David Broder** es historiador, editor en Europa de *Jacobin Magazine* y autor de *First They Took Rome* (Verso, 2020).

**Kike Ferrari** es escritor, trabajador del subterráneo de Buenos Aires y delegado gremial. Autor, entre otras, de *Que de lejos parecen moscas* (Amargord, Madrid, 2011/Moisson Rouge, París, 2012/Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2014 / UNAM, Toluca, 2014) y *Todos nosotros* (Alfaguara, 2019).

**Verónica Gago** es docente, doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y autora de, entre otros libros, *La potencia feminista* (Tinta Limón, 2019). Forma parte del Consejo Asesor de *Jacobin América Latina*.

**Eli Gómez Alcorta** es Ministra de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la República Argentina y abogada especializada en derechos humanos.

**Emiliano Gullo** es periodista, colabora en *Anfibia y Brando*, entre otros medios.

**Owen Hatherley** es editor de *Tribune Magazine* y autor de *Clean Living Under Difficult Circumstances* (Verso, 2021).

**Ursula Huws** es profesora de Estudios Laborales de la Universidad de Hertfordshire (Reino Unido) autora de, entre otros libros, *Reinventing the Welfare State* (Pluto, 2020).

**Anton Jäger** es investigador posdoctoral en el Instituto de Filosofía de la Universidad KU Leuven (Bélgica).

**Igal Kejsefman** es licenciado en Economía y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es autor de *Descifrar el Jeroglífico. Aprender el ciclo de acumulación de capital en la Argentina contemporánea* (IADE - Realidad económica, 2020).

**Felipe Moda** es estudiante de maestría en Ciencias Sociales en la Universidad Federal de San Pablo.

**Ariel Petruccelli** es historiador, profesor de la Universidad Nacional del Comahue (Argentina) autor de, entre otros libros, *El marxismo en la encrucijada* (Prometeo, 2011).

**Adrián Piva** es sociólogo, profesor de la Universidad de Buenos Aires y autor de, entre otros libros, *Economía y política en la Argentina kirchnerista* (Batalla de Ideas, 2015).

**Alberto Prunetti** es redactor de *Jacobin Italia* y autor de, entre otras novelas, *108 Metros, The New Working Class Hero* (Hoja de Lata, 2021).

**Beverly Silver** es profesora de sociología, directora del Arrighi Center for Global Studies de la Universidad Johns Hopkins y autora de *Fuerzas de trabajo* (Akal, 2005).

**Marcel van der Linden** es investigador principal del Instituto Internacional de Historia Social (Ámsterdam) y autor de *Trabajadores y trabajadoras del mundo* (Imago Mundi, 2019).

**Clarissa Viana** es doctoranda en Derecho en la Universidad de San Pablo y abogada laboralista.

**Isabella Weber** es profesora de Economía en la Universidad de Massachusetts, Amherst y autora de, entre otros libros, *How China Escaped Shock Therapy* (Routledge, 2021).

**Daniel Zamora** es profesor de Sociología en la Universidad Libre de Bruselas y autor de *The Last Man Takes LSD* (Verso, 2021).

**Astrid Zimmermann** es editora de *Jacobin Magazin* (Alemania).



## F DE FRENTE

06

GAMBITO DE REY

Cuando despertó,  
el proletariado todavía  
estaba allí

11

LÍNEAS DE SUMINISTRO

Otra vez el fin del trabajo

17

BATALLA CAMPAL

¿Pandemia, fase superior  
del capitalismo?

23

LÍNEAS DE SUMINISTRO

Trabajo y crisis del  
neoliberalismo...

## M MEDIOS DE DEDUCCIÓN

28

TENDENCIAS

¿Los robots nos están  
quitando nuestros  
trabajos?

34

DESIGUAL Y COMBINADO

Precarización 2.0

40

MISERIA DE LA TEORÍA

Trabajo y emancipación  
social

## 46 DAVID BRODER

### Los múltiples adioses al proletariado



## 56 URSULA HUWS

### Un círculo vicioso que no se aguanta más

## A LAS ARMAS DE LA CRÍTICA

66

CARNE DE CAÑÓN

¿Por qué China no sufrió un  
colapso al estilo soviético?

76

VUELTA A LAS FUENTES

El partido que necesitamos

## C CAPITAL CULTURAL

86

PUNTO DE FUGA

Un himno plebeyo

90

TELÉFONO ROJO

Ganar el derecho al pan  
pero también a la poesía...

96

EXTREMO POR IZQUIERDA

Ni enemigos ni rivales:  
camaradas

## 102 MARCEL VAN DER LINDEN

### La clase obrera ha muerto, ¡Larga vida a la clase obrera!

## 112 BEVERLY J. SILVER

### La (re)formación de la clase obrera



## G LA GUILLOTINA

118

THERMIDOR

De las masas al enjambre

123

LA FAMILIA OBRERA

124

GIRONDINS

Clasismo sin dogmas

## E EXCEDENTE

132

EL BASURERO DE LA HISTORIA

La hidra de la revolución

# De Frente

---

PERO CON DISTANCIA

# Cuando despertó, el proletariado todavía estaba allí

Nunca un agente social fue depositario de expectativas tan elevadas como la clase obrera. Y nunca una clase privada de medios económicos fue capaz de desarrollar tanto poder social al interior de la sociedad en la que era explotada. Mutilada de sus saberes y del control del proceso de trabajo, la clase obrera erigió partidos, sindicatos, bibliotecas, barrios. Encabezó revoluciones de masas. Construyó toda una comunidad, dentro y fuera de la fábrica. Sin embargo, la confianza y la solidaridad, así como el peso político de la clase, entraron en un súbito declive en las últimas décadas, hasta volverla irreconocible.

Desde la posguerra, el concepto de clase obrera estuvo en el centro de muchas controversias (Escuela de Frankfurt, Marcuse). Pero fue en la década de 1980 cuando se generalizó la crítica a la primacía que el marxismo le había asignado a la clase trabajadora, en coincidencia con la irrupción de los «nuevos movimientos sociales» —feministas, ecologistas, LGTBQ, antirracistas, etc.— que parecían reemplazar la centralidad del viejo proletariado.

Las críticas a la concepción marxista de clase fueron muchas, y algunas muy solventes: que la clase obrera no había desempeñado el papel revolucionario que había pronosticado el marxismo; que el empleo industrial estaba desapareciendo; que el trabajo dejaba de ser el centro articulador de la vida social y, por ende, de la construcción de identidades políticas; que no se había verificado la tendencia a la simplificación de la estructura social entre proletarios y burgueses que había predicho Marx, sino que por el contrario se había complejizado (el espinoso problema de las «clases medias»); que era un error atribuirle a la clase obrera un carácter universal por el cual su emancipación conllevaría la liberación del conjunto de los grupos oprimidos; que las identidades políticas no

se siguen necesariamente de los lugares objetivos en las relaciones de producción; que la aparición de los nuevos movimientos sociales revela que no hay agente privilegiado de la emancipación y que son plurales los puntos de conflicto y las formas de constitución de identidades.

Estos debates pusieron en evidencia que la definición marxista de clase efectivamente tenía más problemas de los que se habían advertido hasta entonces. Aunque Marx ubica al antagonismo de clases en el centro de la historia, es imposible encontrar en su obra una definición clara del concepto de clase social. Los largos debates metodológicos entre marxistas para clasificarla, la cuestión del estatuto de las «clases medias», las discusiones sobre el trabajo productivo y el improductivo son ejemplos de estos problemas irresueltos.

Por otro lado, en algunos escritos juveniles, Marx y Engels sobrecargaron filosóficamente su concepción de la centralidad de la clase obrera. Engels llegó a ver en el proletariado al «heredero de la filosofía clásica alemana», no solo el agente material de la emancipación sino «la clave para comprender toda la historia de la sociedad». Los textos juveniles de Marx están atravesados por una concepción semihegeliana de la constitución del proletariado en clase, donde la clase «en sí» se constituye en «para sí» revelando en el proceso histórico su esencia de clase revolucionaria. Al mismo tiempo, la alienación del proletariado encarnaría la de todo el género humano, por lo que esta clase portaría el potencial de una sociedad liberada de toda opresión. La problemática de la alienación, de esta forma, extendía ilimitadamente el campo de efectos de la emancipación del trabajo, y convertía al proletariado en redentor de la humanidad entera.



Todo lo anterior dio lugar a lo que podemos denominar una concepción *fuerte* de la centralidad de la clase obrera: el proletariado lleva consigo la emancipación de toda la humanidad, la ubicación objetiva en la producción determina la identidad política y esto se desenvuelve en un proceso histórico lineal de auto-reconocimiento del carácter del proletariado como clase revolucionaria.

Cuando la reestructuración productiva iniciada en la década de 1970, el persistente conformismo de la clase trabajadora o la complejidad de la estructura social, dejaron en evidencia la debilidad de los postulados del «marxismo ortodoxo», el proletariado no solo perdió su jerarquía ontológica, sino que vio pulverizada su relevancia en un mundo fragmentado, de identidades frágiles y hegemonías discursivas.

Las desilusiones suelen guardar simetría con la magnitud de las ilusiones. No es casualidad que los pensadores que teorizan este giro en general son exmarxistas o cercanos al marxismo: Gorz, Laclau, Castel, Touraine. Estos autores confundieron la mutación de la clase obrera (el declive relativo del empleo industrial, la masificación del sector servicios, etc.) con su desaparición como tal, recurriendo a una definición hiperrestrictiva del proletariado. Pero la historia de la clase trabajadora no se reduce al obrero metalúrgico o ferroviario de la época fordista. De hecho, fue en las lejanas luchas del trabajador artesanal y profesional, que estaba siendo arrasado por la gran industria, donde comenzó a concretarse la fusión entre el movimiento obrero y el socialismo en el siglo XIX, con hitos excepcionales como la Primera Internacional o la Comuna de París.

Despojada de su corteza metafísica, es necesario preservar el núcleo racional de la centralidad que el



marxismo asigna a la clase trabajadora. Es posible formular entonces lo que podemos denominar una versión *débil* de la centralidad obrera, que prescindiera de los compromisos metafísicos, sociológicos o antropológicos de la versión fuerte. Una concepción que se deriva más del objeto de la crítica de la economía política formulada por el Marx maduro —es decir, de la dinámica socioeconómica que tiene en su centro a la explotación del trabajo— antes que del discurso filosófico del joven Marx.

La definición *débil* remite al aspecto irreductible de este asunto. El capitalismo tiene en su núcleo la acumulación de valor, es decir, la explotación del trabajo. De esto se sigue una posición estructural central de la clase trabajadora. La capacidad de afectar las ganancias o detener la producción dota de un poder excepcional al proletariado, y lo convierte en un agente irremplazable en un proceso de cambio radical. El capitalismo, en último término, puede reducir prácticamente cualquier diferencia sin anularse a sí mismo, excepto la de clase. Y esta imposibilidad funda el poder estructural potencial de la clase obrera. Este es nuestro simple punto de partida.

¿Cuál es entonces la relación entre la clase y los nuevos movimientos sociales?

La centralidad de la clase no debería establecer una jerarquía respecto a lo que antes se denominaban «frentes secundarios». Las opresiones de género, raciales, nacionales o la problemática ambiental no son secundarias respecto a la explotación del trabajo; pero para atacarlas en sus fundamentos últimos es necesario articularlas transversalmente con la cuestión de clase. La unidad de las luchas la confiere en primer lugar el capital mismo, en tanto gobierna la vida social como un sujeto impersonal que mediatiza y metaboliza todas las opresiones. Tal como formuló Miliband, «en la forma que adoptan la explotación,

la discriminación y la opresión a las cuales se ven sometidos los negros, las mujeres y los gays también resulta crucial que ellos sean trabajadores situados en un punto específico del proceso de producción y la estructura social» (1985).

Del mismo modo que el capital mediatiza y subordina el conjunto de las opresiones sociales, la clase trabajadora debe asumir como propias las luchas contra toda forma de dominación. No se trata de realidades exteriores a la clase, sino que la constituyen como tal: la opresión racial, de género, religiosa o nacional son instrumentos de división del proletariado. Estas opresiones se vinculan estructuralmente con el conflicto de clase, pero tampoco se *reducen* a él sin más: ni la opresión masculina se resuelve automáticamente por la apropiación social de los medios de producción, ni es difícil imaginar un socialismo productivista antiecológico.

Este enfoque permite diferenciar un feminismo o un antirracismo liberales, orientados a romper el «techo de cristal» en empresas e instituciones para las mujeres o personas racializadas de la élite, de un feminismo y un antirracismo marxistas que reconocen en el capital al enemigo común de los sectores subalternos. Permite distinguir entre una ecología liberal —que apuesta a los incentivos ecológicos privados o al *laissez faire* mercantil como correctivo del cambio climático— o incluso una ecología autoritaria —que recurriría a un despotismo ambiental neofascista— de una ecología anticapitalista que reconoce la relación estructural entre el productivismo y el capitalismo.

## Muchos individuos no hacen una clase

Los análisis marxistas sobre la clase que resultan más fértiles son aquellos que no la reducen a una «cosa» cuantificable o a un sujeto preconstituido en razón de un atributo común (cierta relación con los medios de

producción); sino aquellos que vinculan el carácter objetivo de la explotación con el conflicto social y político entre las clases en los cuales el proletariado se constituye plenamente como tal. Del mismo modo en que es fácilmente perceptible que los capitalistas se constituyen en clase por mediación del Estado -en el plano meramente económico están sometidos a la competencia y la fragmentación- la clase obrera se organiza en el terreno de lucha económica y, en un sentido más cabal, en el plano político, es decir, en la lucha por el poder del Estado. En último término, en las revoluciones. No en vano, el análisis de clase surge inicialmente de los historiadores burgueses o aristocráticos que estudiaron la revolución francesa: Alexis de Tocqueville, Jules Michelet, Hippolyte Taine (Piva, 2011)

Las teorías sobre el fin del trabajo surgieron en momentos de una mutación drástica de la clase trabajadora, pero también de una derrota histórica del movimiento obrero. Ambos fenómenos coincidieron, y hasta cierto punto se co-constituyeron, para volver casi irreconocible a la clase trabajadora y disminuir el nivel de la combatividad en el lugar de trabajo. Si en su sentido pleno, según la célebre fórmula de E. P. Thompson, no hay clases sin lucha de clases, es inevitable reconocer que estamos ante el fin de una larga etapa. Durante el siglo XIX y el XX la clase obrera logró conquistas enormes: partidos y sindicatos de masas, derechos laborales, una cultura propia. Hoy, en buena medida, ese largo ciclo de dos siglos está agotado.

Durante la última década, mientras la mayor parte de la izquierda intentó «construir un pueblo contra las élites», adoptando la estrategia del populismo posmarxista, la derecha logró de manera creciente movilizar a un sector de la clase trabajadora contra los más débiles: precarios, migrantes, mujeres. Con menos escrúpulos epistemológicos, la derecha y la

extrema derecha se dirigieron a la clase trabajadora y a sus valores. Esto también es un subproducto de la reestructuración capitalista y de la derrota histórica del siglo XX: si la clase se polariza entre un sector formal con derechos heredados del ciclo anterior, y una gran masa precarizada, los primeros pueden intentar retener sus conquistas en desmedro de los sectores más frágiles de la sociedad (migrantes o mujeres que compiten por el empleo o que afectan el valor de los salarios), antes que en un combate común contra los capitalistas, sobre todo si la izquierda defeciona cíclicamente de su papel. Resulta difícil encontrar una expresión más representativa de un fin de ciclo histórico que la imagen que ofrece el movimiento obrero tradicional cada vez más cerca de los Trump, Le Pen o Salvini que de los partidos obreros históricos o de las nuevas formaciones de izquierda.

Recuperar una política de clase —en lugar de sublimar la derrota renunciando a ella— debe ser el punto de partida para la izquierda socialista. Pese a todo, la clase obrera está aquí para quedarse. Estamos ante un nuevo comienzo, que se parece al que enfrentaron aquellos artesanos y obreros de oficio que pusieron los primeros cimientos del proletariado moderno. Pese a su fragilidad, diversidad y falta de claridad política, ellos sentaron las bases de lo que años después fueron partidos de masas y revoluciones obreras que definieron un siglo entero. ¿Tendremos hoy la oportunidad de fusionar nuevamente el movimiento obrero —multifacético, feminizado, racializado, migrante, precarizado— y el socialismo?

## Referencias

Miliband, R. (1985), «El nuevo revisionismo en Gran Bretaña», en *Cuadernos Políticos*. México, Editorial Era.

Piva, A. (2011), ¿Fin de la clase obrera o desorganización de clase?, en A. Bonnet (Comp.), *El país invisible: Debates sobre la Argentina reciente*. Buenos Aires: Peña Lillo-Continente



# Otra vez el fin del trabajo

La existencia de la clase obrera no es solo un debate académico: es un problema estratégico en el que se juega el futuro de las luchas sociales.

De manera recurrente las librerías, las páginas de los periódicos y de las revistas populares o especializadas se llenan de alarma por el fin del trabajo. Las últimas olas de pánico tecnológico —emergentes tal vez de un secreto deseo— vinieron de la mano de sendos procesos de automatización de la producción: el primero, entre los ochenta y los noventa; el segundo, el que atravesamos actualmente.

El fin del trabajo es una vieja ilusión capitalista que hace par con su ilusión opuesta, el pleno empleo. Las modas intelectuales alternan, entonces, entre fases de euforia (¡el capital no tiene límites, la prosperidad general se puede tocar con las manos!) y fases depresivas (¡estamos ante el fin del trabajo, la sociedad se desintegra!).

El pleno empleo ha estado desde siempre en el discurso de los economistas que, para tranquilidad de sus conciencias, confunden la turbulenta circulación del capital, impulsada por la búsqueda de ganancias y que abarrota periódicamente los mercados desatando crisis de sobreproducción, con la apacible circulación simple de mercancías, un mundo de pequeños pro-

ductores que producen e intercambian para satisfacer sus necesidades y que solo existe en los manuales de economía.

La ilusión del fin del trabajo ya la podemos hallar en *The Philosophy of Manufactures*, escrito por Andrew Ure en 1835, un libro que influyó en la comprensión de Marx del sistema fabril pero al que este incluyó, por sus concepciones económicas, dentro de la economía vulgar. Como sea, la sustitución final de los humanos en la producción no es allí más que una proyección fantasiosa de la mecanización, ya que sus páginas se refieren sobre todo a la subordinación de los trabajadores a través de la máquina y al reemplazo de varones adultos por niños en las fábricas textiles británicas.

En *El capital*, Marx confrontó ambas ilusiones. El pleno empleo es imposible en el capitalismo por dos razones básicas: primero, la acumulación de capital se detiene antes de alcanzarlo, porque la tasa de ganancia se reduce y la inversión cae. Esta no es más que la forma periódica en la que se hace evidente que el capitalismo solo existe sobre la base de la amenaza

**Una y otra vez, resiste al capital un núcleo de subjetividad irreductible: el obrero, fuerza de trabajo que se pone en movimiento a sí misma.**

de la miseria y el hambre. Segundo, porque la introducción de tecnologías que permiten ahorrar fuerza de trabajo, es decir, producir lo mismo con menos trabajadores, reduce relativamente el papel del trabajo en la producción y aumenta en términos absolutos el número de pobres, desempleados y subempleados, sin que se siga de eso una tendencia al fin del trabajo.

Durante las fases de crecimiento económico el capital encuentra en la masa de desempleados y subempleados el material para desarrollarse y a medida que aumenta la velocidad de la expansión caen las tasas de desempleo y subempleo. Entonces los temores se disipan y la depresión cede a la euforia. Es lo que sucedió, como veremos, entre los años noventa y la primera década de los 2000. Pero más importante aún es notar que la transformación de los seres humanos en apéndices de sistemas automatizados, su cosificación plena, es imposible. Una y otra vez, resiste al capital un núcleo de subjetividad irreductible: el obrero, fuerza de trabajo que se pone en movimiento a sí misma.

De modo que el aumento absoluto de la pobreza y la sobrepoblación relativa no abolen la sociedad del trabajo, sino que refuerzan las cadenas que ligan a las personas a través del intercambio de cosas. Tampoco suprimen el problema que desvela a propietarios y gerentes de empresas: el control de la fuerza de trabajo. Sin embargo, no basta con decir esto. Entre los argumentos sobre el fin del trabajo se mezclan razones diversas. El pesimismo tecnológico coexiste con la constatación de la multiplicación de los sujetos políticos y la reducción del peso social —aunque no necesariamente del político— del movimiento obrero sindicalizado.

### **El fantasma de la automatización completa**

Desde mediados de los años ochenta y, sobre todo, durante los años noventa, tuvieron amplia difusión las tesis del fin del trabajo. Eran años de internacionalización de la producción y las finanzas y de reorganización y automatización de los procesos de trabajo.

En particular, el libro de Jeremy Rifkin (*El fin del trabajo*, Paidós, 1996) auguraba un futuro en el que la tecnología desplazaría al trabajo en la producción de bienes y servicios creando un mundo automatizado donde existirían pocos empleos o ninguno. A pesar de su amplia difusión, la aparición del libro coincidió con el inicio de la caída del desempleo en los países centrales. A principios de los 2000, esta realidad se extendía a América Latina y gran parte de la periferia. Las tasas de desempleo eran, en general, más elevadas que en la segunda posguerra pero se encontraban lejos de las profecías de Rifkin.

Después de la crisis mundial de 2008 se hizo evidente que la automatización de la producción se profundizaba. Inteligencia Artificial, robotización, internet de las cosas, etc. forman un set de tecnologías que reconfiguran la producción industrial (industria 4.0) y se extienden en la de servicios. En ese contexto, retornaron las tesis catastrofistas que vaticinan un desplazamiento masivo de ocupaciones rutinarias y la consiguiente expansión del desempleo a magnitudes desconocidas. Si bien nos encontramos en medio de la ola y, por lo tanto, no podemos descartar de plano esos vaticinios, muchos trabajos posteriores cuestionaron esas conclusiones y redujeron sensiblemente los efectos posibles

de las nuevas tecnologías sobre el empleo. Y, hasta hoy, el impacto sobre la productividad y el empleo en los países que más avanzaron en ese proceso (como Alemania, China o Japón) es menor al de otras olas de innovación tecnológica, como la de la segunda posguerra.

Sin embargo, las tesis catastrofistas —en particular, las de los *best sellers* al estilo Rifkin— extreman y vulgarizan posiciones que merecen ser discutidas seriamente. En particular, desde mediados de los años setenta se han señalado, bajo el rótulo de pasaje a la sociedad posindustrial, un conjunto de transformaciones que, cuarenta años después, se confirman como tendencias consolidadas: automatización de la producción, cambios en la naturaleza del trabajo y en la organización del proceso de producción, aumento de la informalidad y dualización de la fuerza de trabajo, crecimiento del subempleo y persistencia de tasas de desempleo más elevadas que en la segunda posguerra, mayor dinamismo de las ramas de producción de bienes inmateriales, disminución relativa del empleo industrial, retroceso relativo del conflicto obrero tradicional y aumento del peso social de las protestas de los denominados «nuevos movimientos sociales»: ecologistas, feministas, LGTB, etc.

Estas transformaciones plantean problemas a la organización de la acción colectiva de las personas asalariadas o ponen en cuestión nuestras representaciones habituales sobre las clases.

### Un viejo problema: ¿qué es la clase obrera?

Otro aspecto de las discusiones sobre el fin del trabajo —quizás el más importante— es el del fin de la clase obrera. En los diversos enfoques del pasaje a la sociedad posindustrial se enfatiza que el trabajo deja de ser el centro articulador de identidades políticas y el desplazamiento de los ejes del conflicto desde la producción de bienes y servicios hacia la definición y el control de la producción de normas culturales, bienes informacionales o inmateriales. Pero el hilo que conecta los cambios provocados por la automatización, el crecimiento de los servicios y de la producción inmaterial y el declive de la clase obrera es el decrecimiento relativo del empleo industrial.

La asociación de clase obrera y asalariados industria-

les no es ajena al marxismo. En los clásicos, el obrero industrial constituyó el principal referente empírico de sus estudios e intervenciones políticas. La Segunda Internacional y el movimiento comunista dedicaron sus mayores esfuerzos de organización a los asalariados industriales. Pero fue Poulantzas quien teorizó esa posición. Primero, limitó su definición de clase obrera a los trabajadores productivos y, finalmente, a aquellos productores de mercancías físicas, básicamente asalariados de la industria, la construcción, el agro y las actividades extractivas. Hecho esto, el crecimiento del empleo en el sector servicios y el dinamismo de la producción inmaterial no pueden significar otra cosa que el retroceso estructural de la clase obrera.

Detrás de estas concepciones, además, existe la noción de que la clase es una clasificación de personas de acuerdo a atributos comunes (poseer o no medios de producción, tipo y nivel de ingreso, etc.). Para los marxistas, la clase es una relación social que se establece a través del vínculo salarial, un vínculo que atraviesa la circulación, la producción y la reproducción del capital. No hay razones teóricas en el marxismo para no incluir al conjunto de los asalariados en esa relación ni para reducir el salario a las formas cristalizadas durante parte del siglo XX o, peor aún, a sus formas jurídicas. En términos empíricos es un hecho establecido que el número y proporción de asalariados no ha parado de crecer a nivel mundial y que los propietarios son una proporción cada vez menor de los individuos clasificados por la sociología como parte de las «clases medias».

Si se descarta la idea de que la clase obrera se limita a determinados grupos de asalariados —de hecho, no existen razones teóricas de peso para sostener algo así—, la continuidad de los procesos de proletarianización y de concentración y centralización del capital exige primacía explicativa respecto de los cambios en la composición de la fuerza de trabajo. La importancia atribuida a la caída relativa del empleo industrial se basa en ciertas concepciones sociológicas de la formación de la clase obrera. Dichas concepciones no son más que el compendio de las condiciones sociales en las que la clase obrera se constituyó como sujeto en determinado momento histórico, transformado ahora en condición *sine qua non* de todo proceso de formación de clase: la reunión de grandes contingentes obreros en establecimientos fabriles, su hacina-

**Para los marxistas, la clase es una relación social que se establece a través del vínculo salarial, un vínculo que atraviesa la circulación, la producción y la reproducción del capital.**

miento en barrios obreros anexos a las plantas industriales, etc. Una vez abandonadas esas concepciones, se comprende que los cambios en la composición de la fuerza de trabajo pueden reducir o incrementar las capacidades estructurales para la acción colectiva de los trabajadores o inducir cambios en las formas de acción y organización, pero no suprimen ni a la clase como relación social objetiva ni la potencialidad de los obreros de constituirse en sujeto colectivo.

Los estudios disponibles sobre conflictos laborales a nivel mundial no muestran que la disposición a la lucha y a la organización sea menor entre trabajadores de servicios o de la producción de bienes inmateriales que entre los obreros industriales. En Argentina, al declive del empleo industrial correspondió un ascenso de la conflictividad de los trabajadores estatales —entre ellos, los docentes— y, en el sector privado, en ramas como la banca y el transporte.

### **¿La clase es solo una identidad?**

Un segundo origen de las tesis del ocaso del movimiento obrero se encuentra en las teorías políticas posestructuralistas, en particular en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, publicada en 1985. Laclau y Mouffe afirman que el desarrollo capitalista ha conducido a una creciente complejidad social, lo que refutaría la previsión de Marx de una tendencia a la polarización simple entre burgueses y proletarios. Esto plantea un problema estratégico para la clase obrera, que Gramsci buscó resolver con su concepto de hegemonía.

Para Gramsci, siempre según Laclau y Mouffe, la emancipación de la clase obrera requiere de la articu-

lación hegemónica con otros grupos sociales, pero a través de dicha articulación la identidad de los sujetos resulta transformada, se crea una identidad nueva. En tiempos de Gramsci, las identidades eran más estables y la de clase era predominante. En el capitalismo actual las identidades son más fluidas e inestables, lo que pone de manifiesto la ausencia de sujetos preconstituídos. La fragmentación de la clase obrera y los debates teóricos sobre su concepto y alcance empírico solo demostrarían que no existe ninguna unidad de los sujetos fundada en intereses objetivos. La hegemonía es una lógica de producción de identidades políticas mediante la articulación de demandas. Para Laclau, entonces, la identidad de clase —y, por tanto, el antagonismo de clases— es solo una posibilidad de la política y habría perdido predominio en los últimos 30 o 40 años.

En mi opinión, este es el mayor desafío lanzado al marxismo. Cuando Laclau y Mouffe discuten la determinación material de los procesos políticos parece que construyen una caricatura del marxismo, pero el argumento es potente: no hay razón objetiva para que una relación de subordinación sea interpretada como relación de opresión y esta es la condición de cualquier antagonismo. La unidad de la clase obrera, la formación de los asalariados como clase, dependió históricamente de un discurso exterior a las condiciones materiales de producción, el discurso de la igualdad, que permitió interpretar la relación de subordinación de los trabajadores por los capitalistas como una relación de opresión y, por lo tanto, antagonica.

Sin embargo, la igualdad no es un discurso exterior. Trabajadores y capitalistas se comportan como personas libres e iguales en la relación de compra-venta de fuerza de trabajo pero, al mismo tiempo, el obrero



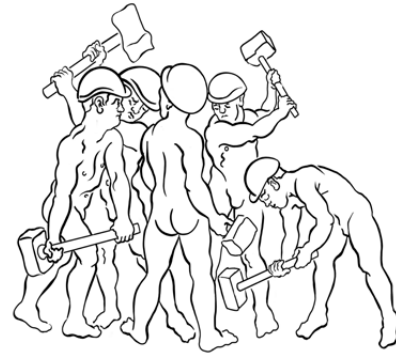
está obligado a vender la única mercancía que posee bajo la amenaza de morir de hambre, y en el proceso de trabajo debe someterse al despotismo patronal. La desigualdad y la coerción desmienten la igualdad y la libertad del acto formal de compra-venta, pero la igualdad y la libertad rechazan la desigualdad y la coerción: un mundo de seres humanos libres no puede juzgar la subordinación sino como opresión.

Por otra parte, abandonada toda determinación material, una articulación de demandas de distintas fracciones de asalariados es formalmente equivalente a una articulación de demandas de una fracción de asalariados y de una fracción de la gran burguesía. ¿Puede afirmarse tal cosa? Aun abandonando la teoría marxista de la explotación como fundamento objetivo del antagonismo entre capitalistas y obreros, cualquier teoría clásica de la estratificación social concluiría que las distancias sociales que separan a asalariados entre sí y a asalariados y grandes empresarios son muy dispares. Dichas distancias sociales están estructuralmente determinadas y son, en gran medida, independientes de las circunstancias históricas, siempre que se trate de sociedades capitalistas.

Pero, aun dejando de lado esta cuestión y admitiendo que los asalariados de Silicon Valley tampoco parecen tener mucho que ver con los negros desempleados de Harlem, el problema es que el propio Laclau es incapaz de sostener su teoría totalmente expurgada de determinaciones materiales. La primera de las determinaciones formales de su modelo de lógica hegemónica es la desigualdad en la distribución del poder. Por lo tanto, volvemos al comienzo: ¿cuál es su causa? Marx nos dio una respuesta —incompleta y que plantea nuevas preguntas—; en cambio, para Laclau y Mouffe la desigualdad es la condición formal y ahistórica de toda política.

## Separando la paja del trigo

Creemos haber dado argumentos suficientes, al menos, para desconfiar de los agoreros augurios del fin del trabajo y el ocaso de la clase obrera. Sin embargo, a diferencia del catastrofismo tecnológico vulgar, quienes han intentado pensar las grandes transformaciones del capitalismo desde fines de los años sesenta (ya sea en clave de pasaje a la sociedad posindustrial o desde la teoría política posestructuralista) registran fenómenos reales que desafían las orientaciones estratégicas de la izquierda.



Desde hace cuarenta o cincuenta años asistimos a una multiplicación de identidades antagonistas que pusieron de relieve que la lucha contra la explotación capitalista es impotente si no se comprende su entrelazamiento con la dominación patriarcal, la destrucción de la naturaleza, el racismo, las variadas formas de opresión cultural, etc. Pero este proceso coexistió con un declive relativo de las formas de lucha y organización del movimiento obrero clásico y un debilitamiento de las capacidades estructurales para la acción colectiva como clase de los asalariados, producto del aumento de la precariedad laboral y de la dualización de la fuerza de trabajo.

En una etapa marcada por la derrota de las estrategias revolucionaria y reformista de la clase obrera durante el siglo XX, los años ochenta y noventa se caracterizaron por un profundo proceso de proletarianización objetiva (aumento del número y proporción de asalariados) y otro simultáneo de desorganización de clase y desproletarianización subjetiva. El proceso de recomposición iniciado entre mediados y fines de los noventa —según países y regiones— y jalonado por sucesivas olas de protestas globales (1999-2002; 2010-2012; 2018-2019) confirmó aquel escenario. En este sentido, aun si la dimensión estructural no puede ser desdeñada, tampoco deben subestimarse los aspectos identitarios.

El conjunto de los cambios apunta al mismo problema estratégico: no puede apelarse a la existencia de la clase obrera como un sujeto preconstituido, pues su unidad y su potencia transformadora dependen de la producción de articulaciones políticas. Se trata de luchas al interior de las luchas por definir y redefinir los ejes de la confrontación social. El debate sobre el fin de la clase obrera es una prolongación en la teoría de dicho enfrentamiento.●



# ¿Pandemia, fase superior del capitalismo?

Un comentario a propósito de la sobreexplotación de las mujeres en las tareas de cuidado.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!», concluye el *Manifiesto del Partido Comunista*, convocando a la lucha de clases y a la revolución del conjunto de las relaciones económicas, políticas y sociales. En ese manifiesto, Marx y Engels señalan que el burgués solo ve a su mujer como un instrumento de producción, al tiempo que también tiene a disposición a las mujeres y a los niños de los proletarios. Los autores también rechazan, ya desde sus textos tempranos, la subordinación de la mujer que se produce en el marco de la familia patriarcal.

En *El capital* se describen de manera vívida y elocuente las brutales condiciones de trabajo a las que son sometidas las mujeres y niñas en la gran industria, pero no encontramos ninguna elaboración analítica en términos de género. Hoy, frente a la primera crisis capitalista de los cuidados, propiciada por la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado y el impacto que esto tiene sobre las tareas domésticas en la familia proletaria, debemos decir que en este tema Marx no fue más allá del registro descriptivo. A pesar de su labor política igualitarista, en la obra marxiana

no encontramos una elaboración teórica sobre la sobreexplotación específica de la que somos objeto las mujeres en la sociedad capitalista.

Como señala Silvia Federici, lo que está ausente en *El capital* es el reconocimiento de «que la reproducción de la fuerza de trabajo implica el trabajo no remunerado de las mujeres —preparar comida, lavar la ropa, criar a los niños, hacer el amor—» (*El patriarcado del salario*, Tinta Limón, 2018, p. 53). Para el capitalismo, en cambio, ese trabajo reproductivo era tan relevante que su crisis estuvo a la base de la proliferación de la «legislación protectora», una verdadera reforma fabril que devolvió a gran parte de las mujeres proletarias a sus hogares.

## Cuidado y reproducción

Por supuesto que las desigualdades de géneros no surgen con el capitalismo. Para el caso de América Latina en particular, autoras como Rita Segato han demostrado la preexistencia del patriarcado respecto del capitalismo. Son muchas las evidencias de alguna

**El maridaje entre capitalismo y patriarcado tiene carácter sistémico. Esa relación entre dos estructuras no es aleatoria ni exterior, sino consustancial y necesaria para la reproducción social bajo las actuales formas desiguales, jerárquicas y opresivas.**

forma de patriarcado o preeminencia masculina en sociedades aún no intervenidas por el proceso colonial, rastreables en los propios mitos de origen de una gran cantidad de pueblos. Sin embargo, en su investigación sobre la transición del feudalismo al capitalismo, Silvia Federici argumenta que la acumulación originaria no solo exigió la derrota del campesinado y de ciertos movimientos urbanos que reivindicaban la vida comunal y el reparto de la riqueza (bajo la forma de diferentes herejías religiosas), sino que la conquista, el comercio de esclavitud, la expoliación de América y la guerra contra ciertas formas de cultura popular tuvieron como objeto central el disciplinamiento de las mujeres.

Así, acumulación originaria, devaluación del trabajo de la mujer y surgimiento de la división sexual del trabajo específicamente capitalista son parte de un mismo proceso. Es justamente en el centro de la acumulación originaria que Federici ubica la caza de brujas de los siglos XVI y XVII, entendiendo que aquella persecución —tanto en Europa como en América— fue tan importante como la colonización en el desarrollo del capitalismo actual.

El maridaje entre capitalismo y patriarcado tiene carácter sistémico. Esa relación entre dos estructuras, que tiene orígenes históricos distintos, no es aleatoria ni exterior, sino consustancial y necesaria para la reproducción social bajo las actuales formas

desiguales, jerárquicas y opresivas. Es desde esta concepción que tenemos la capacidad de visibilizar el rol que ocupan las tareas de cuidado para el desarrollo del capitalismo actual.

Durante demasiado tiempo los marxistas han pensado al obrero industrial como prototipo excluyente de trabajador, sin atender al rol vital que jugamos las mujeres en los distintos tipos de trabajo de reproducción. Sin embargo, hace más de cuarenta años que los estudios de las feministas marxistas nos mostraron que la opresión y la subordinación de las mujeres desempeñaron un papel central en el proceso de acumulación capitalista, en función de nuestro rol de productoras y reproductoras de la fuerza de trabajo —mercancía esencial del capitalismo—.

Además de la reproducción biológica, las mujeres tenemos asignada la responsabilidad principal en la denominada socialización primaria, esencial para moldear subjetividades compatibles con una fuerza de trabajo disciplinada. La actividad cotidiana de la gran industria, las finanzas, los transportes, la agricultura y los servicios sería inviable sin el trabajo doméstico no remunerado que se plasma en el plato de comida, la limpieza del hogar, los cuidados y hasta la contención sexoafectiva de los asalariados.

Las mujeres, junto a otras identidades feminizadas, asumimos la carga central en «la producción del medio de producción más valioso para los capitalistas: el trabajador en sí mismo», como bien señala Silvia Federici (ibíd., p. 10). Estas tareas de reproducción social —hoy, para nosotras, *tareas de cuidado*— han sido históricamente asociadas a supuestos atributos biológicos femeninos y subestimadas como actividades laborales. Las labores reproductivas se realizan de manera gratuita en el hogar («por amor») y están mal retribuidas en el mercado, son poco prestigiosas como actividad y consideradas secundarias o menores por los propios trabajadores varones. Por supuesto que a esta división sexual del trabajo se le superpone una división racial del trabajo, que complejiza y enriquece aún más el análisis, pero que no es objeto de estas líneas.

La imposición del régimen de heterosexualidad obligatoria y la construcción y el fortalecimiento de la familia nuclear burguesa también han sido parte fundamental de la estructuración de este régimen de

Las labores reproductivas se realizan de manera gratuita en el hogar («por amor») y están mal retribuidas en el mercado, son poco prestigiosas como actividad y consideradas secundarias o menores por los propios trabajadores varones.

reproducción, y cualquier «desviación» es castigada y disciplinada por los dispositivos jurídicos, médicos y patologizantes.

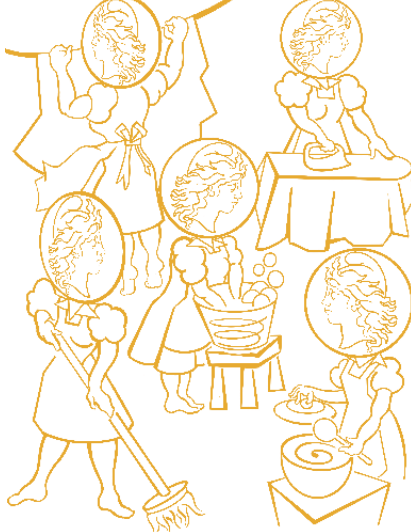
La historia de las modalidades específicas que asume este rol social reproductivo es también la historia de las distintas fases que atravesó el propio desarrollo capitalista. No hay espacio aquí para un itinerario tan vasto, que incluyó entradas y salidas de la mujer de diversas actividades laborales; surgimiento, fortalecimiento, debilitamiento y transformación de la familia proletaria nuclear; y expansión y crisis del Estado de bienestar, con sus diversos dispositivos de asistencia y protección social, entre otros fenómenos concomitantes.

La subordinación de las mujeres a la familia, el control de nuestros cuerpos, de la procreación y la sexualidad, la dependencia salarial, la minorización de nuestras vidas y la violencia, tanto latente como expresa, han sido instrumentos centrales para el disciplinamiento que demandaban las tareas de reproducción social en las sociedades capitalistas. Sin dudas, desde la década de los setenta del siglo pasado, esta subordinación comenzó a crujir, producto de la acción de movimientos feministas a lo largo y ancho del mundo. En los últimos años, un nuevo impulso del movimiento —que incluyó movilizaciones masivas, paros internacionales y la incorporación a la lucha de nuevas generaciones— viene revitalizando y renovando esta agenda.

### Cuidados, neoliberalismo y pandemia

La llamada crisis de los cuidados fue evidenciada y potenciada como nunca antes por la pandemia del COVID-19, pero tiene sus raíces en las profundas transformaciones regresivas que ha producido el neoliberalismo. El mundo que recibió el azote del coronavirus ya estaba surcado por una profunda desigualdad laboral, territorial y de ingresos, que impacta de lleno en la forma en que vivimos y entendemos el cuidado.

Según la OIT (2018), a nivel mundial, las mujeres realizamos un promedio de 3 horas diarias de trabajo remunerado y 4,4 de trabajo de cuidado no remunerado. Los varones, en cambio, promedian las 5,4 horas de trabajo remunerado y solo destinan 1,4 horas a tareas de cuidado no remuneradas. Esas 4,4 horas dedicadas a las tareas de cuidados, en un mundo que no les asigna el valor que debería, se traducen en diversas dificultades. En el caso de Argentina, las únicas estadísticas oficiales con las que contamos nos muestran que mientras las mujeres pasan, en promedio, casi 6 horas diarias haciendo trabajo de cuidado no remunerado (entre tareas domésticas, cuidado de dependientes y apoyo escolar), los varones dedican a esas actividades solo 2 horas. Además, esta realidad presenta grandes diferencias en cada estrato social: mientras que las mujeres del quintil de ingresos más pobre dedican 8 horas diarias al trabajo de cuidado no remunerado, las mujeres del más alto dedican solo 3 (INDEC, 2014).



Esta situación se profundizó en el contexto de la pandemia y de las necesarias medidas de aislamiento social que se tomaron en nuestro país. Mientras que en muchos hogares hubo mujeres sobrecargadas con una modalidad de teletrabajo que se superpuso con el cuidado de niños o adultos mayores, en otros, quedarse en casa significó perder el trabajo (y por lo tanto los ingresos) o verse privadas de algunas redes de contención relevantes, como los comedores escolares. Pudimos ver, con toda claridad, la sobrecarga de tareas que mujeres y LGBTI+ sostienen todos los días. La preocupación cotidiana sobre cómo se resuelven el alimento y las rutinas de los hijos, personas mayores o personas con discapacidad hacia el interior de cada casa y de cada barrio, puede convertirse en una carga mental agobiante. Se visibilizó como nunca antes que esas tareas no son solo un trabajo corporal y emocional, sino que también requieren tiempo, capacidades y saberes.

La pandemia puso en evidencia que quienes realizan tareas de cuidado a diario son las personas más desprotegidas y menos reconocidas. Esto se hizo evidente también en el terreno de las tareas de cuidado mercantilizadas y en otras actividades laborales fuertemente feminizadas e históricamente mal pagas, precarizadas y poco valoradas socialmente. Así, cuidadoras, enfermeras, personal de limpieza o cocineras se convirtieron en «personal esencial». Pocas veces quedó tan al descubierto que *nosotras movemos el mundo*.

Es sobre la base de este diagnóstico que los feminismos populares entendemos que la injusta distribución del tiempo debe ser combatida mediante un programa político integral, con eje en una organización social de los cuidados mucho más justa y apoyada por la inversión pública y el fortalecimiento de las redes comunitarias. La desigualdad en los cuidados antecede y está profundamente conectada con la desigual-

dad salarial, con la feminización de la pobreza y con la perpetuación de situaciones de violencia ante la falta de autonomía económica de las mujeres.

Nuestra mayor dedicación a los asuntos convencionalmente considerados como «privados» tiene un efecto indeleble en la arena pública. La pobreza tiene rostro preponderantemente femenino. En Argentina, siete de cada diez personas en el decil más pobre son mujeres. Por otro lado, entre el 10% de las personas con ingresos más altos, las mujeres estamos subrepresentadas: somos apenas el 37%. Del total de las personas alcanzadas por el impuesto a los bienes personales, en el año 2019, solo el 34% fueron mujeres.

El mercado de trabajo es uno de los planos donde la desigualdad de géneros es más evidente. La brecha salarial entre varones y mujeres en la Argentina ronda en la actualidad el 30%. Los números globales indican que deberían pasar 170 años para que esa brecha se cierre. En el primer trimestre de 2021, la tasa de empleo entre los varones alcanzó el 63,8% mientras que para las mujeres llegó apenas al 43%. Sin embargo, las mujeres no trabajamos menos, sino que dedicamos más tiempo a labores no reconocidas socialmente como tales. Es más: muchas veces estamos sometidas a una doble jornada laboral que acumula las tareas fuera y dentro del hogar.

Las mujeres nos vemos obligadas a tomar menos horas de trabajo remunerado, en ramas o actividades peor pagas y subvaloradas —muchas veces emparentadas con las propias tareas de cuidado que llevamos a cabo en el ámbito doméstico— y tenemos grandes dificultades para el acceso a cargos de dirección. La asimétrica distribución de las tareas de cuidado redundante en la profundización de las desigualdades de clase entre las propias mujeres. Algunas tenemos la

posibilidad económica de resolver de manera mercantil estas tareas, delegándolas en otras mujeres, mientras que otras deben invertir su propio tiempo en las mismas, privándose de la posibilidad de generar ingresos y resignando momentos de ocio.

Por último, pero no por ello menos relevante, esta distribución desigual de las tareas impacta de manera evidente en el más paradigmático campo de intervención pública: la participación política. La conducción de los asuntos del Estado y la intervención en la arena pública es tal vez una de las actividades históricamente más masculinizadas. Si bien en los últimos años hemos tenido avances importantes, aún resta mucho camino por recorrer. Cada una de las compañeras que se vuelca a la militancia o a la gestión pública lo hace lidiando con horarios escolares, viandas, turnos médicos y actividades deportivas de hijos y otros miembros de la familia. Y, como si eso fuera poco, cuando todas esas barreras son superadas, la violencia política aparece como un último recurso que busca el disciplinamiento de aquellas que se atreven a transitar liderazgos y representaciones reservadas históricamente para los hombres. La violencia misógina que las derechas han descargado sobre liderazgos populares, como los de Cristina Fernández o Dilma Rousseff, son apenas un ejemplo de estos intentos disciplinadores.

### **Feminismo popular: una brújula para lo inédito viable**

El feminismo popular tiene un extraordinario potencial emancipatorio porque cuestiona uno de los núcleos fundamentales del capitalismo neoliberal. La crisis civilizatoria que atravesamos expone descarnadamente el efecto profundamente degradante para la humanidad de una economía que tiene en el centro a la ganancia empresaria como valor absoluto. La privatización de las tareas de cuidado —mercantilizadas para quien las pueda pagar o asumidas por las familias a costa de su propia calidad de vida—, la depredación ambiental y el saqueo de los bienes comunes de la naturaleza, la creciente violencia mediante la que se busca disciplinar cuerpos y controlar territorios y recursos, no son vicios o desviaciones del sistema que puedan ser corregidos con buenas intenciones. Por el contrario, estas tendencias son parte constitutiva del desenvolvimiento del capitalismo neoliberal en su fase de crisis actual.

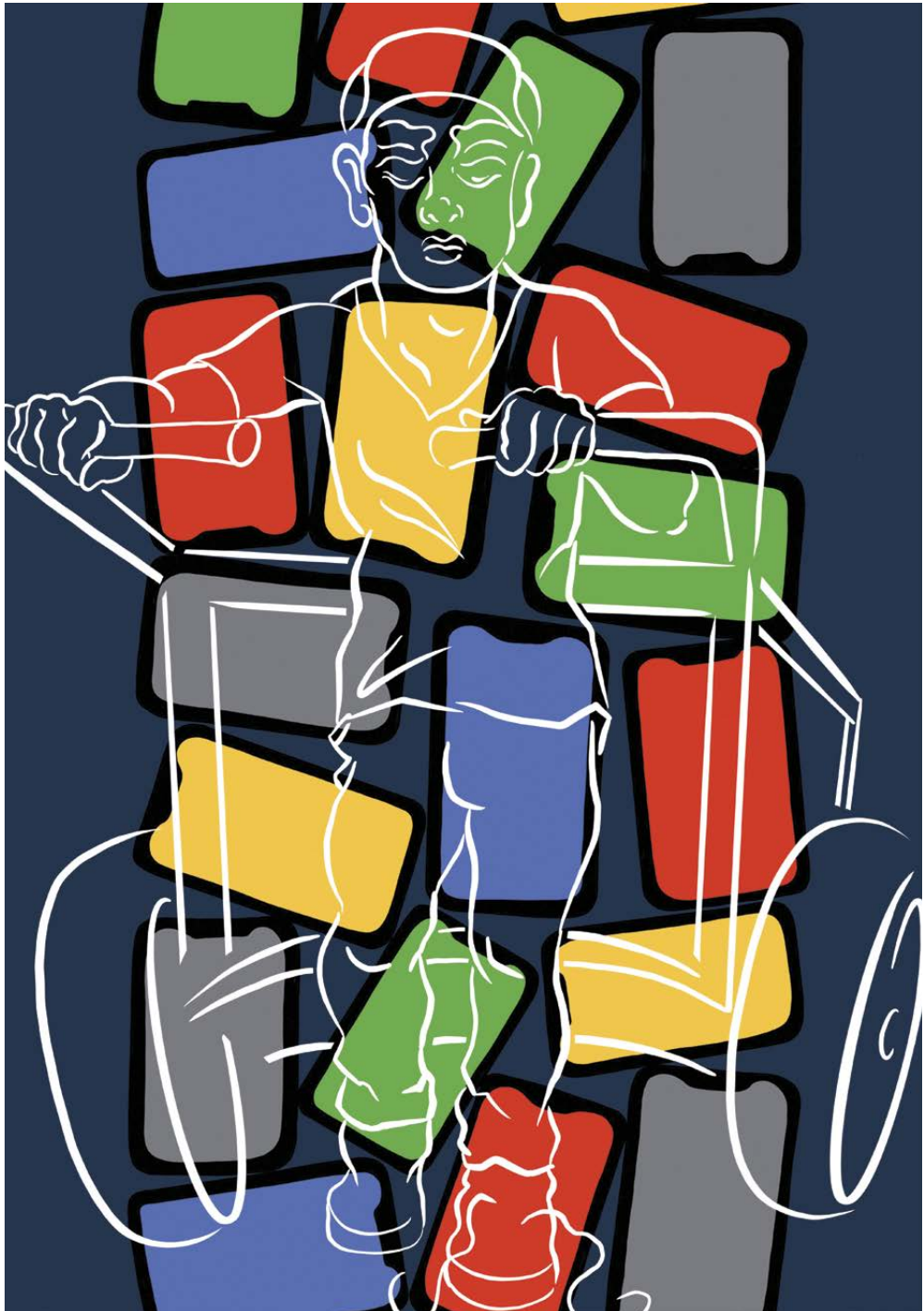
### **Vivir bien, que debería ser el fin último de cualquier sistema económico, se vuelve la variable de ajuste para acrecentar una riqueza que nunca llega a quienes cedieron su bienestar en favor del aumento de la ganancia empresaria.**

¿Cuántas veces los proyectos neoliberales nos pidieron ajustar nuestra calidad de vida para que crezca la producción? ¿Cuántas veces empezaron por recortar los sectores y servicios asociados al cuidado? Vivir bien, que debería ser el fin último de cualquier sistema económico, se vuelve la variable de ajuste para acrecentar una riqueza que nunca llega a quienes cedieron su bienestar en favor del aumento de la ganancia empresaria.

Como humanidad, necesitamos de manera urgente un proyecto emancipatorio que ponga a los cuidados en el centro de la vida y a la vida en el centro del desarrollo de la economía. Sin este ciclo, que para nosotras es un ciclo virtuoso, no vamos a poder nunca reducir estas brechas de desigualdad que nos han atravesado y marcado históricamente.

De cara a esos desafíos, es momento de asumir que la clase trabajadora está compuesta no solo por quienes trabajan en las fábricas, los transportes, las telecomunicaciones o en el sector público y cobran un salario, por aquellos sectores precarizados en el campo y en la ciudad y por los cada vez más numerosos contingentes de la economía popular, sobre todo en nuestro continente: la clase trabajadora está también constituida por todas esas mujeres y cuerpos feminizados que diariamente movemos el mundo, haciendo posible no solo el sostenimiento del sistema sino la vida misma, con cada hora que le dedicamos a esas tareas reproductivas y de cuidado que nadie nos paga.

Las mujeres y LGBTI+ llevamos demasiado tiempo separadas, condenadas a un trabajo de jornadas ilimitadas y privadas muchas veces de recursos básicos. Reconocer esto, tal como nos lo señala Nancy Fraser, es clave para comprender que hoy la lucha de clases incluye la lucha en torno a la reproducción social y, por ende, la liberación de las mujeres y LGBTI+, como parte de la emancipación de la clase trabajadora toda. ●





# Trabajo y crisis del neoliberalismo

**El lanzamiento del *smartphone* por parte de Apple en el año 2007 fue un verdadero hito, cuya trascendencia puede ser comparada con la implementación de la cinta de montaje de Ford. El mundo que surgió a partir de allí es muy diferente del mundo neoliberal que conocíamos pero, al mismo tiempo, sus rasgos aún no adquirieron una configuración definitiva.**

En diferentes ámbitos suele aparecer una sinécdoque que iguala neoliberalismo y capitalismo, cuando en realidad deberían diferenciarse. Comprender las características del neoliberalismo como etapa nos permite dar cuenta de su agotamiento y transformación. Entonces, ¿qué fue el neoliberalismo? Propongo pensar esta respuesta en cuatro ejes articulados. Sin embargo, antes de presentarlos, resulta relevante recordar que el neoliberalismo también es el producto de la crisis de una etapa previa —la del fordismo— y que los ejes que guiaron la acumulación neoliberal durante casi cuatro décadas no estaban predichos, sino que fueron el resultado de un proceso abierto pero no azaroso, una contingencia determinada. Esos cuatro ejes, que presentamos a continuación, emergen de hechos consumados: solo podemos figurarlos *a posteriori* y separarlos a los fines de la comprensión, aunque formen parte de una realidad indisoluble y ninguno de ellos sea una causa última.

Desde un punto de vista productivo, el neoliberalismo representó el fin de una etapa centrada en la línea de montaje y en la producción rígida, homogénea e indiferenciada de artículos con largos ciclos de vida y alta durabilidad. Como contracara, el salario dejó de ser concebido como factor de la demanda para enfati-

zar su contracara: un costo. El «five dollars day» con el que Henry Ford pretendía que sus obreros compraran sus autos cedió lugar frente a la presión competitiva: la casa y el auto dejaron su paso a los electrodomésticos y a las mercancías baratas llegadas desde Asia, símbolos de la austeridad del neoliberalismo.

Esta carrera por el descenso de los costos transformó una lógica productiva centrada en la reducción de los tiempos en la planta en un proceso de tercerización y deslocalización de la producción, que a su vez implicó mayor control y planificación sobre el conjunto de la cadena. Las entonces nacientes cadenas globales de valor requerían una mayor estandarización (normas y certificaciones), a la vez que una mayor flexibilidad para responder a la heterogénea demanda («Just in time»). Walmart quizás pueda considerarse uno de los emblemas, dado que sus «precios siempre bajos» se articularon con la deslocalización en China, los bajos salarios y mercancías de una calidad acorde a los presupuestos de austeridad. Asimismo, cabe destacar que la planificación intrafirma transcontinental de la producción requiere de infraestructura para el análisis y toma de decisiones. En eso jugaron un rol fundamental las telecomunicaciones y las primeras plataformas digitales.

Esto adelanta otra dimensión que caracterizó al neoliberalismo como etapa histórica. Representó el fin de la concertación de clases fordista, en la cual una «gimnasia» negociadora entre sindicatos y empresas acostumbró a intercambiar incrementos de salario por incrementos de productividad durante casi cuarenta años. Hacia mediados de la década de 1960, el menor ritmo de crecimiento de la productividad frente a los incrementos salariales impactó en los márgenes de ganancia y en la inversión. Finalmente, la producción flexible se orientó a contratos laborales flexibles, y las negociaciones colectivas, cuando perduraron, enfrentaron la presión competitiva (fundamentalmente por la incorporación de millones de trabajadores/as en Asia) que motorizó las reducciones salariales y la pérdida de participación de la masa salarial en el producto en el resto del mundo.

Esta articulación contó con un orden mundial dominado por Estados Unidos que le dio soporte. La arquitectura financiera internacional creada en Bretton Woods tras la Segunda Guerra Mundial se desmoronó en favor de planes de estabilización y de ajuste estructural, un fuerte monetarismo y políticas de liberalización y mercantilización que contrastaron con la planificación del desarrollo y la seguridad social de la etapa fordista. Contrario a lo que suele sostenerse, el Estado no desapareció, sino que puso sus capacidades al servicio del despliegue de los mercados.

Así presentados, estos ejes parecerían no tener fisuras. Sin embargo, el propio carácter expansivo del capitalismo —en general— y de la globalización —en particular— encontraron límites en los fundamentos mismos de la acumulación flexible. El costo de la tecnología impedía que la deslocalización y la tercerización se extendieran a capitales más pequeños, las plataformas eran privativas de los grandes capitales, no estaban dadas las condiciones para producir, almacenar y procesar los inputs necesarios para dichas plataformas y los salarios de austeridad impedían la expansión del consumo. Dicho de otro modo, la constricción de la acumulación flexible condujo a una crisis neoliberal que recorrió diferentes países hasta llegar al centro del sistema en 2001, con la crisis de las puntocom en Estados Unidos.

Al igual que en otras grandes crisis del capitalismo, la resiliencia del sistema depende de su capacidad de

transformación que, a su vez, se encuentra asentada tanto en las características de la etapa previa como en las nuevas disputas y acuerdos que emergen entre las clases y entre los países.

Hacia el año 2007 se produjo el hito, que hoy comprendemos como fundamental, que permitió dar una respuesta a la crisis de 2008 a partir de la configuración de una nueva etapa. El lanzamiento del *smartphone* por parte de Apple —y luego por las restantes empresas de telecomunicaciones— puede ser comparado con la trascendencia de la implementación de la cinta de montaje de Ford. El proceso productivo de los *smartphones* condensa las nuevas lógicas productivas que estos mismos aparatos expanden a lo largo y ancho del mundo, transformando industrias, servicios y comercios. El iPhone, de diseño estadounidense, depende de una producción en unos 30 países y más de 200 empresas vinculadas, con un ensamblado final en China, desde donde irradian las nuevas lógicas productivas: tanto el hardware como el software (lo mismo iOS que Android) están construidos bajo la lógica de la plataforma, cuyos bajos precios y fácil manejo permiten que hoy casi ninguna actividad comercial o productiva prescindiera de ellos.

Por lo tanto, uno de los rasgos característicos de la producción contemporánea es el acceso de capitales de todos los tamaños y de todos los sectores de la producción a las plataformas, tanto para la organización/planificación interna como para la participación en cadenas de valor. Las plataformas hoy juegan un rol fundamental incluso en aquellas industrias en las que la presencia física resulta insoslayable a la hora de la transformación concreta de la materia. La extensión de los algoritmos incorpora los procesos de automatización a un creciente número de sectores y, al mismo tiempo, impone escalas mínimas de producción aún más grandes para resultar eficiente. En este sentido, cabe destacar que, si bien en los 14 años transcurridos desde el lanzamiento de los teléfonos inteligentes, vivimos una verdadera revolución productiva, en materia de conectividad y capacidad de procesamiento «aún no hemos visto nada» y que el 5G será la verdadera clave del desarrollo de las plataformas a partir del llamado «Internet de las cosas», la industria y el agro 4.0.

No resulta sorprendente entonces que los/as trabajadores/as se vean expuestos a una doble tendencia con-



tradicoria. Por un lado, crece la competencia internacional en un mercado de trabajo más globalizado, que presiona los salarios a través de la competencia, y se extienden los trabajos precarios y flexibles (incluso en países europeos donde el Estado de bienestar no fue completamente desarticulado). Como resultado de la pandemia, numerosas empresas —sobre todo las vinculadas a prestación de servicios— decidieron trasladar sus actividades al interior de los hogares (Home Office), pero la industria se encuentra todavía muy rezagada en la aplicación del trabajo a distancia. Es probable que el 5G, cuya expansión va a representar un verdadero punto de inflexión de las capacidades productivas, abra puertas que aún forman parte de la ciencia ficción. Por otro lado, la propia participación de «usuarios/as» en las plataformas depende de la posibilidad de adquirir el hardware y el software que permiten participar en ellas, y requiere un piso salarial que se encuentra por encima del salario austero-neoliberal. Mientras el trabajo en el domicilio avanza, resulta esperable que crezcan las demandas por hogares más grandes y mayor tiempo libre, que implican, por supuesto, mayores salarios. De hecho, el salario en China se encuentra en franco ascenso. El automóvil jugó un rol clave en el traslado de la mano de obra hasta la fábrica durante el fordismo, el transporte público hizo lo propio durante el neoliberalismo y hoy el teléfono inteligente es el producto más consumido. Nick Srnicek sugiere denominar a esta etapa «capitalismo de plataformas».

Estas tendencias cristalizan en la nueva relación Estado-mercado en la que China, dado su exitoso desarrollo, marca la agenda: un gobierno central fuerte, con una planificación que cuenta quince planes quinquenales, con fomento de las empresas estatales, varios «campeones nacionales», inversión extranjera directa y asociación con el capital privado y libre empresa. Esta nueva articulación también puede observarse nítidamente en los países centrales que desde la crisis de 2008 vienen aplicando grandes paquetes económicos de reactivación, transformando el rol de los Estados y volviéndolos «más keynesianos». Trump, sin ir más lejos, aunque republicano (históricamente más liberales y proempresa que los demócratas), con su «America First» pretendió reconstruir el vínculo de la clase dominante norteamericana con los/as trabajadores/as, vínculo que el neoliberalismo había roto. Pandemia mediante, Joe Biden es considerado hoy el Presidente estadounidense más prosindical desde la presidencia de Truman en 1930.

En cuanto al plano internacional, no quedan dudas de que la capacidad de Estados Unidos de orquestar el orden mundial se encuentra, cuando menos, en jaque. 20 años después del atentado a las Torres Gemelas, fuimos testigos/as de la retirada estadounidense de Afganistán con una derrota militar a cuestas. Mientras tanto, China compite duramente contra Estados Unidos por el desarrollo de la infraestructura del 5G, cuestión clave en la configuración

que asumirá el capitalismo de plataformas. Si bien el predominio chino ya parece irrefrenable en la esfera productiva y sus capacidades están en boca de todos/as, muchas veces no se reconoce su capacidad financiera. Hoy cuatro de los cinco bancos más grandes del mundo son chinos —recién el sexto es estadounidense (J. P. Morgan)—, China aumentará dentro de poco su cuota (votos) en el FMI y lidera el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura, desde donde proyecta la integración global mediante la Ruta de la Seda, que financia proyectos en países en vías de desarrollo.

Estas cuatro dimensiones articuladas nos permiten señalar que el mundo actual es muy diferente del mundo neoliberal y que, al mismo tiempo, su configuración definitiva todavía no se definió.

### La realidad, entre la retropía y la utopía

En este punto —cuando ponemos en debate los emergentes tras el fin del neoliberalismo— se plantean algunas preguntas fundamentales. Ante la triple crisis que vive la sociedad contemporánea (económica, social, ecológica) emergen varias retropias. Algunas, que surgen en medio de una importante crisis de la credibilidad de la ciencia, están vinculadas al mundo religioso; otras, están vinculadas a un liberalismo fuertemente antiestatal; y luego están las que añoran las formas fordistas del mundo del trabajo —seguridad social y alto empleo—. Si pudiéramos encontrar un punto de contacto entre estas tres respuestas a la crisis, su convergencia residiría en que valoran un pasado perdido que debería recuperarse.

No cabe duda de que la seguridad social, los altos salarios y el pleno empleo dignificaron la vida de los/as trabajadores/as, pero muchas veces se olvida que esas

condiciones de vida no se produjeron en el vacío, sino que fueron parte de la reproducción de una sociedad con largas jornadas laborales, tareas repetitivas y muy estructuradas, «producida en serie», racista y machista. ¿Con quiénes dialogamos y qué estamos proponiendo al colocar a esas sociedades como modelo cuyo rechazo ya tuvo como hito internacional al Mayo francés?

En segundo lugar, resulta evidente que las nuevas tecnologías conllevan la intensificación del trabajo. Ahora, si echamos toda la culpa sobre la tecnología, ¿no caemos en un planteo ludista? ¿No es la tecnología eso que debemos conocer y controlar con el fin de producir más (responder a la crisis económica), garantizar los ingresos (responder a la crisis social) y utilizar menos y mejor los recursos (responder a la crisis ecológica)?

Debemos destacar, además, que si bien el capitalismo de plataformas muchas veces se convierte en un capitalismo de «tracción a sangre», esas tecnologías son las que permiten organizar enormes cadenas de valor a nivel transnacional. Es decir, son una potente herramienta de planificación económica. ¿Nos encontramos frente a la posibilidad de formular una nueva planificación donde convivan una estrategia centralizada y las libertades individuales para superar las experiencias de planificación del siglo XX?

¿Cómo construir una propuesta de futuro centrada en vivir bien, trabajar menos y gozar de más tiempo libre, en lugar de centrar todo en el trabajo asalariado y en la vida fabril? ¿Cómo construir dicha propuesta de futuro en una América Latina con altísimos niveles de pobreza y con una brecha de productividad creciente? En fin, ante esta realidad, ¿cómo movilizar y construir una nueva utopía? ●

# Medios de Deducción

---

A DESALAMBRAR



# ¿Los robots nos están quitando nuestros trabajos?

Jacobin conversó con el autor de *La automatización y el futuro del trabajo* (Traficantes de sueños, 2021) sobre el miedo infundado que nos produce el reemplazo tecnológico y los motivos por los que, en vez de eliminarlo, nuestra lucha debe apuntar a distribuir equitativamente el trabajo.

**ASTRID ZIMMERMANN** | En el debate actual sobre la automatización se enfrentan dos posiciones: una advierte el peligro del desempleo masivo y la otra anticipa la liberación del trabajo asalariado. Pero con tus intervenciones nos enteramos de que ninguna está en lo cierto...

**AARON BENANAV** | Correcto. Cuando se plantea el problema de la automatización, se tiende a aceptar acríticamente la publicidad que hacen las empresas de Silicon Valley de sus propios logros. Son ellas las que afirman que están haciendo descubrimientos sin precedentes en el campo de la robótica avanzada, el *machine learning* y otras formas de inteligencia artificial, y que esas tecnologías tienden a ponerle fin al trabajo tal como lo conocemos.

El único desacuerdo entre los contendientes que discuten el tema es si el fin del trabajo anunciado por

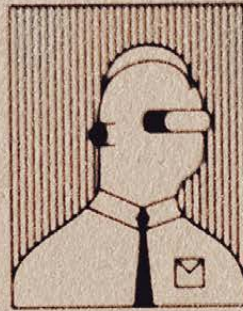
las nuevas tecnologías será un sueño agradable o una pesadilla.

Con todo, al menos en un punto, los teóricos de la automatización están en lo cierto: hoy es cada vez más difícil encontrar trabajo. Es evidente cuando se consideran, no solo las elevadas tasas de desempleo, sino también el crecimiento de formas de trabajo atípicas y el aumento de la desigualdad económica. Las teorías de la automatización merecen el crédito de haber dirigido nuestra atención hacia ese problema, que es muy real. Pero, por lo demás, no saben interpretar lo que está sucediendo.

Contra la creencia popular, la automatización avanza hoy a un ritmo mucho más lento que en épocas pasadas. Todas las estadísticas económicas disponibles evidencian esta tendencia. Si los robots realmente estuvieran reemplazando el trabajo humano a un rit-

# CV

01001010 01100001  
01101110

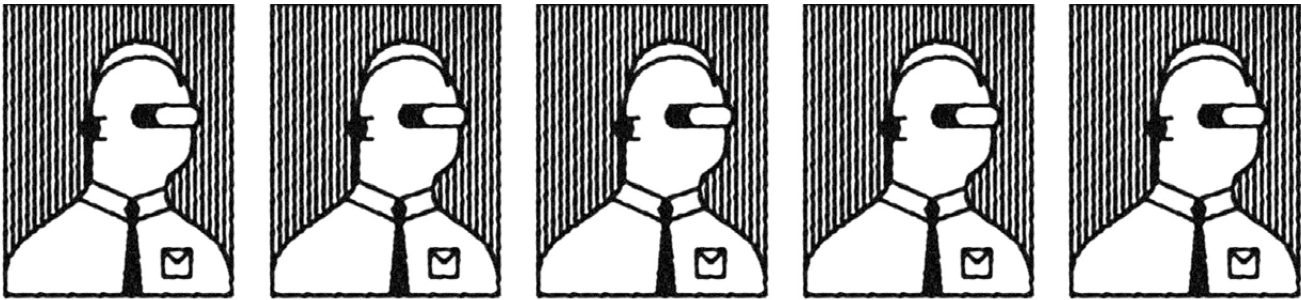


01101110 01100001 00100000  
01000011 01100101 01100001  
01101101 01110011 01101111  
01101110 00001010 00110001  
00110000 00110000  
00110001 00100000 01001110  
01101111 01110010 01110100  
01101000 01110111 01100101  
01110011 01110100 00100000  
01000001 01110110 01100101  
00101100 00100000  
01000001 01110000 01110100  
00100000 00110001  
00001010 01000010 01100101  
01110100 01101000 01100101  
01110011 01100100 01100001  
00101100 00100000 01001101

01000100 00100000  
00110010 00110000  
00111000 00110001  
00110000  
00001010

00001 01101110  
01101110  
01100000  
00101110





mo cada vez mayor, la productividad del trabajo estaría aumentando rápidamente. Los trabajadores no despedidos estarían produciendo más valor con cada hora de trabajo. Pero sucede todo lo contrario: el aumento de la productividad se está ralentizando.

Menciono solo un dato que apunta a una realidad mucho más profunda y esquiva al enfoque de los teóricos de la automatización. El problema hoy no es que la economía esté destruyendo el trabajo más rápido que antes, sino que el ritmo de creación de nuevos empleos es mucho más lento. Y no es porque las innovaciones tecnológicas estén convirtiendo al trabajo humano en algo innecesario. Es porque el estancamiento económico a nivel mundial es cada vez más grave.

**AZ | Entonces, ¿la situación que estamos viviendo no está causada por la innovación tecnológica, sino por una dinámica económica intrínseca al capitalismo?**

**AB |** Exactamente. En general, si se considera la historia del capitalismo, el trabajo tendió a ser precario. Después de la Segunda Guerra Mundial, de repente parecía que la economía capitalista era capaz de garantizarles seguridad y prosperidad a las masas. Por supuesto, debemos aclarar que, durante ese período de auge económico, el empleo estable fue una realidad efectiva solo para una pequeña porción de la población mundial. Pero, aunque tomara la forma de una promesa, existía la idea de que el capitalismo de pleno empleo era capaz de imponerse a nivel mundial.

Sin embargo, ese ciclo de rápido crecimiento económico terminó socavando los cimientos del sistema. Nunca antes tantos países habían desarrollado sus industrias como durante el período que abarca, más o menos, desde 1950 a 1973. Los economistas asumían que los países se especializarían en distintas líneas de

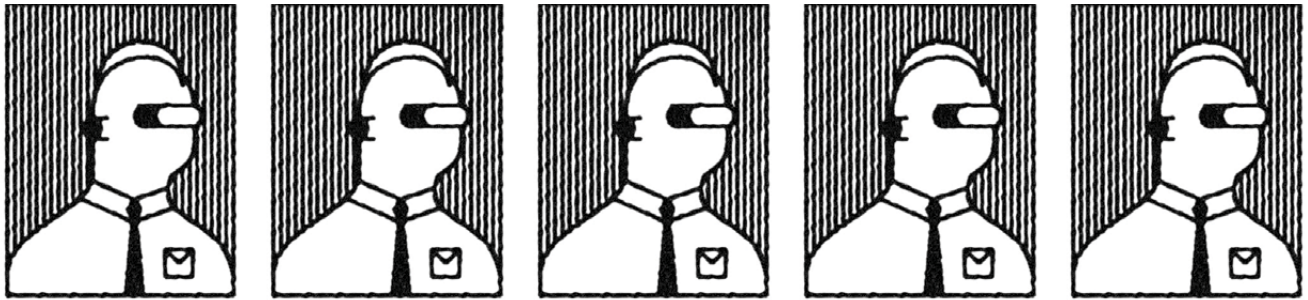
producción y con el tiempo todos llegarían a beneficiarse del desarrollo del comercio. Pero no fue eso lo que sucedió. Las empresas de los distintos países empezaron a producir los mismos bienes y a competir en mercados globales cada vez más abarrotados. Luego, las tasas de ganancia empezaron a caer y la economía global entró en un período de estancamiento.

Alguien podría objetar que, durante la misma época, China creció a un ritmo acelerado, y, de hecho, es verdad. Pero la expansión de China estuvo fundada en su capacidad para disputarles a otros países su participación en el mercado global de exportaciones. Por eso su desarrollo corrió en paralelo a la desindustrialización de América Latina, Oriente Medio y Sudáfrica. La única manera en que puede crecer una economía nacional en el marco de una economía global fundamentalmente estancada es mediante la conquista de una mejor posición en los mercados existentes. En cualquier caso, lo cierto es que hoy la economía China también está sufriendo un proceso de desindustrialización y su crecimiento es cada vez más lento.

**AZ | En una economía estancada y desindustrializada, el sector que parece crecer más es el de los servicios. ¿Por qué es inadecuado concebirlo como un motor de desarrollo económico?**

**AB |** Las actividades que tienden a permanecer en el sector de servicios son las que más resisten la industrialización. La mecanización, la computarización y la automatización son métodos fundamentales a la hora de favorecer un aumento consistente de la productividad —es decir, son el motor principal del crecimiento económico en general—, pero son difíciles de aplicar en los empleos del sector de servicios. En consecuencia, la productividad en los servicios crece a un ritmo muy lento.





En vez de ser absorbido por la industria, el sector de los servicios está acumulando cada vez más trabajadores. Pero eso significa que son cada vez más las personas obligadas a aceptar trabajos con bajas tasas de productividad, que no colaboran con el crecimiento económico y que, en ese sentido, contribuyen a enfriar la economía.

**AZ | Entonces, ¿es la baja productividad la que hace que los trabajadores del sector de servicios sean tan vulnerables a la sobreexplotación?**

**AB |** Exactamente. Una buena parte del precio de un servicio es el precio del trabajo realizado. Cuando no aumenta rápidamente el poder de compra de los consumidores, el único modo de ampliar el mercado de esos trabajos es reclutar gente dispuesta a realizarlos por menos dinero. Esta tendencia se observa en todo el mundo: las empresas que presionan los salarios a la baja suelen ser a la vez las más exitosas.

Las sociedades que logran mantener una legislación laboral más estricta y salarios más altos tienden a convivir con altas tasas de desempleo. Por ejemplo, es el caso de países como Italia y Francia, donde las protecciones contra el trabajo precario y flexible son más robustas, pero el desempleo sigue siendo sistemáticamente elevado.

Sin embargo, sucede que en casi todo el mundo los Estados adoptaron las denominadas reformas neoliberales del mercado de trabajo, es decir, debilitaron el poder de negociación colectiva de los trabajadores mediante restricciones de la legislación laboral y el entorpecimiento de los modos de acceso a los planes sociales. El resultado es la expansión de los sectores de bajos salarios. Por supuesto, la mayoría de esos trabajadores terminan en el sector de servicios.

Pero si consideramos la situación a nivel mundial, tenemos que reconocer que, en realidad, son muy pocos los trabajadores que alguna vez tuvieron acceso a cualquier tipo de seguridad laboral. Cuando alguien pierde su empleo, debe intentar volver a trabajar tan rápido como sea posible, aun si eso implica aceptar puestos peor remunerados, menos horas de trabajo y tareas que precinden de las calificaciones laborales adquiridas o que son más peligrosas. El resultado es que, en todo el mundo, en vez de desempleados, los trabajadores tienden a estar subempleados y sometidos a ritmos de superexplotación.

Lo mismo sucede en el sector de la economía informal, donde los trabajadores trabajan sin patrones. En este caso, las posibilidades de encontrar un lugar en el mercado dependen de la capacidad para exacerbar la propia explotación y limitar el consumo. En fin, ambas tendencias agravan la desigualdad.

**AZ | Aun si la tecnología no está reemplazando al trabajo, no deja de ejercer cierta influencia sobre él. Una buena parte del progreso tecnológico parece apuntar a monitorear de cerca los flujos de trabajo con el fin exprimir más a cada trabajador individual y volverlo más productivo.**

**AB |** Por supuesto. No deberíamos descartar que ciertas innovaciones tecnológicas, como el *machine learning* y la gestión algorítmica, puedan contribuir a mejorar algunos trabajos, pero en general, observamos que estas tecnologías son utilizadas para controlar a los trabajadores y supervisar su trabajo de formas más opacas.

En el caso de muchos empleados del sector de servicios, una de las peores cosas de sus empleos es que suelen sufrir la escasez de personal y el acoso de los gerentes, que les respiran en la nuca y los fuerzan a

trabajar más duro. No es sorpresa que a veces terminen encontrando cierto alivio en Uber o en plataformas semejantes.

En cualquier caso, la verdad es que la gestión algorítmica está siendo peor que la gestión humana. Al ejercer un monitoreo casi permanente, no solo hace que la gente trabaje más duro, sino que también controla que se remuneren únicamente los minutos o segundos efectivamente trabajados en función de las ganancias de la patronal.

**AZ | Con tanta inestabilidad laboral y miseria, la propuesta de un Ingreso Básico Universal (IBU) está ganando cada vez más fuerza. Pero en otra parte argumentaste que el problema con el IBU —tanto en sus versiones de izquierda como de derecha— es que toma como punto de partida el relato del determinismo tecnológico y asume que basta poner dinero en los bolsillos de la gente para solucionar todos nuestros problemas.**

**AB | Los defensores del IBU creen que existe un mínimo de confort por debajo del cual nadie debería caer y que nadie debería estar obligado a justificar su deseo de vivir una vida mínimamente decente. Aunque es un objetivo loable, el ingreso básico no conduce a ese ideal.**

Durante los últimos cuarenta años, observamos que el crecimiento económico es cada vez más lento, la magnitud de la inversión privada en la expansión económica es cada vez menor y se generalizan la austeridad y el recorte de las políticas de bienestar. El ingreso básico no solucionará ninguno de esos problemas. De hecho, la financiación del ingreso estará sujeta a las mismas medidas de austeridad de las que dependen otros planes sociales. En consecuencia, es

probable que el IBU se mantenga en niveles demasiado bajos como para garantizar una vida saludable para todos, o para empoderar a los trabajadores en sus luchas.

Los defensores del ingreso básico tendrían razón si viviéramos en una economía cada vez más automatizada. En ese caso, la sociedad estaría produciendo más bienes y contratando menos trabajadores, y el problema pasaría por distribuir los bienes producidos por las máquinas entre las personas desempleadas.

En realidad, el proceso de transformación hacia una economía automatizada fracasó. El problema que enfrentamos hoy no es de distribución, sino de producción. El motor del crecimiento económico está empezando a detenerse. No necesitamos un Estado de bienestar mejor ni uno distinto, sino que necesitamos transformar la estructura de la economía.

Es verdad que la seguridad económica básica de las personas no debería depender de sus salarios. Pero más importante todavía es comprender que las decisiones de qué y cómo producir no deberían estar fundadas en las ganancias.

**AZ | Entonces, está claro que el IBU no es una respuesta. Pero el Estado de bienestar keynesiano, defendido aún hoy por amplios sectores de la población, tampoco es una solución.**

**AB | Muchos creen que la época keynesiana se terminó en algún punto de los años 1970 y fue reemplazada por el neoliberalismo. Pero las estadísticas muestran que desde entonces, con el objetivo de protegerse durante tiempos de estancamiento, los países acumularon una magnitud creciente de deuda estatal que no es proporcional al tamaño de sus economías. La paradoja es que, durante la época neoliberal, aunque no sirvió para detener el enfriamiento de la economía, hubo muchísimo gasto keynesiano. El mundo en el que vivimos, definido por el libre comercio y la falta de controles sobre el capital, implica que el keynesianismo está obligado a enfrentar obstáculos más complejos.**

Pero son cada vez más los economistas que reconocen que, frente a un contexto de estancamiento,

no basta con estimular la inversión privada. El Estado debe intervenir al punto de realizar por sí mismo las inversiones. Por lo tanto, esos economistas están planteando que necesitamos inversiones estatales, no inversiones privadas.

Si efectivamente se produce un giro hacia un keynesianismo más radical, eso abrirá nuevas posibilidades para la política de izquierda. La tesis keynesiana, que afirma que debemos utilizar nuestros recursos colectivos para mejorar la vida de la gente, es correcta. Pero debemos criticar la despolitización y la gestión tecnocrática de las prioridades de inversión, que también son rasgos inherentes al keynesianismo. Después de todo, la meta es satisfacer nuestras necesidades de una forma verdaderamente democrática. El keynesianismo histórico —es decir, el incremento del gasto estatal con el fin de estimular la inversión privada— no condujo a otra cosa que una deuda cada vez más grande y una economía cada vez más estancada.

**AZ | En cualquier caso, debemos aceptar que las versiones de izquierda de la teoría de la automatización al menos intentan imaginar un mundo poscapitalista y posescaez...**

**AB |** Absolutamente. Sin embargo, aunque pienso que no debemos abandonar el sueño de una sociedad de ese tipo, no creo en la posibilidad de un futuro completamente automatizado y sin escasez. Lo que sí considero es que debemos pensar la escasez en otros términos. El capitalismo nos dice que el problema principal es que los recursos son limitados, mientras que nuestros deseos no tienen límites. En cambio, las teorías de la automatización consideran que la aceleración del progreso tecnológico hará que nuestros recursos sean tan inagotables como nuestros deseos.

Cabe mencionar que, no hace tanto tiempo, los psicólogos empezaron a criticar esa noción de escasez. Dicen que las personas experimentan escasez cuando carecen de cosas esenciales que perciben como necesarias (que no es lo mismo que deseadas) y son forzadas a concentrar toda su energía en garantizar su supervivencia. Esta trampa de la escasez termina estrechando sus mundos y evita que interactúen con

la sociedad en un sentido más amplio.

La tesis psicológica continúa una tradición mucho más antigua, que se retrotrae a Marx, e incluso antes, a Thomas More, François Noël Babeuf y Étienne Cabet. Esta tradición de pensamiento argumentaba que era necesario reorganizar la producción con el fin de que, tanto el trabajo necesario como el acceso a los bienes y servicios que todo el mundo necesita, fueran distribuidos equitativamente. Entonces, las personas serían capaces de concebir sus vidas como un espacio de oportunidades y no como una lucha espantosa para ganarse el sustento.

**AZ | ¿Cómo hacemos para llegar a ese mundo?**

**AB |** Hoy, más que nunca, disponemos de la tecnología necesaria para acercarnos a ese objetivo. Podemos redistribuir y reducir el tiempo de trabajo (incluso aquel que hoy no forma parte de la economía, como el trabajo doméstico y de cuidados). Tenemos la oportunidad de liberar muchos de los bienes y servicios que la gente necesita para sobrevivir. Esto expandiría el reino de la libertad y permitiría que las personas eligieran qué hacer con sus vidas.

Pero esa posibilidad no equivale a la automatización total. Hay quienes conciben el mundo posescaez como una época de pura paz y ocio. Yo no creo en eso. Naturalmente, las personas que hayan trabajado mucho durante toda su vida buscarán descansar, pero lo que todos queremos, en realidad, es seguir nuestros deseos, obedecer a las ideas y a las cosas que nos mueven. Y podemos llegar a una sociedad de ese tipo si garantizamos que todo el mundo se sienta seguro y distribuimos el trabajo con criterios justos, sin necesidad de eliminarlo por completo. ●



# Precarización 2.0

**En América Latina, el trabajo informal no es la expresión de relaciones sociales arcaicas que serán superadas con el desarrollo capitalista. Es una forma de trabajo funcional al proceso de valorización del capital, llamada a coexistir con otros modelos de trabajo asalariado.**

El COVID-19 impactó significativamente en las relaciones laborales a nivel mundial: la OIT estima que la pandemia causó la pérdida de 255 millones de empleos en el año 2020, número cuatro veces más grande que el registrado durante la crisis financiera de 2008-2009. Esa masa de trabajadores, despojada de sus empleos o sometida a una reducción considerable de sus ingresos y a buscar formas de garantizar el sustento de sus familias, ensanchó las filas del mercado de trabajo informal y colaboró con la multiplicación de los contratos precarios.

Lejos de ser un movimiento inédito, la crisis desencadenada por la pandemia aceleró un proceso previo de precarización de las relaciones laborales. En el Norte Global, especialmente luego de la crisis financiera de 2008, se generalizaron la adopción de contratos de trabajo por tiempo parcial, el trabajo intermitente y las reformas que apuntan a reducir los derechos laborales y la protección social de los trabajadores.

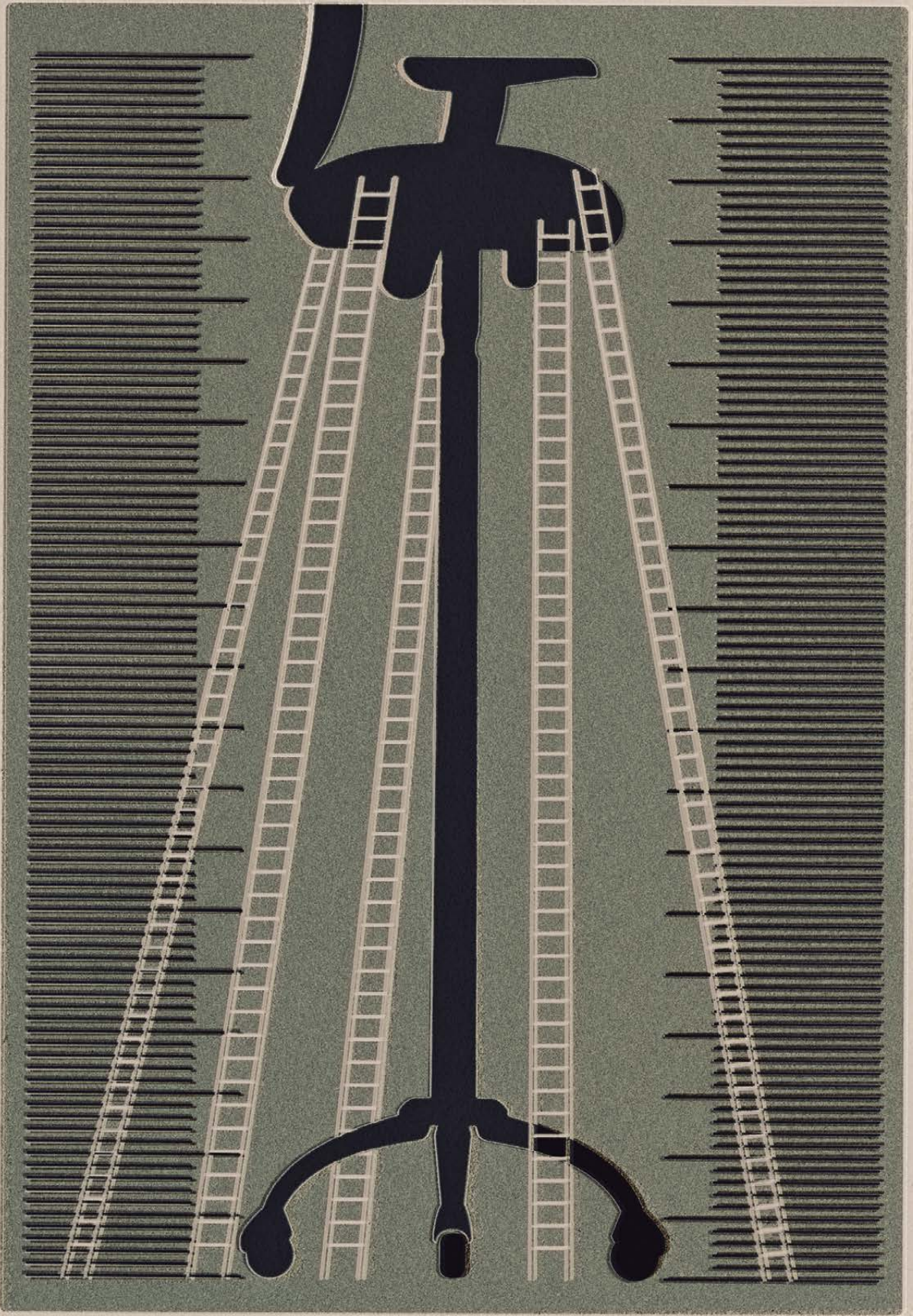
Esa realidad asume contornos todavía más dramáticos en los países periféricos. En ese caso, durante la pandemia, el aumento del desempleo y la adopción de formas contractuales precarias se toparon con un mercado de trabajo estructuralmente informal, con salarios bajos y deteriorados por las reformas neoliberales que habían socavado previamente las redes de protección

social. No es casualidad que América Latina fuera considerada por la OIT como la región más afectada del mundo en términos de pérdida de horas de trabajo y de ingresos laborales durante la pandemia.

Entonces, aun cuando ningún país está logrando salir indemne de la crisis que surca el mundo del trabajo, debe notarse que esta no afecta a todos de la misma manera ni con la misma intensidad. ¿Por qué el trabajo en América Latina es estructuralmente informal? El crecimiento de los contratos intermitentes y precarios, ¿significa que estamos asistiendo a una «latinoamericanización» del Norte Global? Comprender las especificidades históricas de la constitución del mercado de trabajo de la región es fundamental para responder a estas preguntas.

## **La informalidad y la precarización de los contratos de trabajo en América Latina**

El trabajo en América Latina lleva el signo histórico de la informalidad: más de la mitad de la fuerza de trabajo de la región —es decir, cerca de 158 millones de personas, según las estimaciones de la OIT publicadas en 2020— es contratada al margen de la legislación laboral o desempeña algún tipo de autoempleo para garantizar su reproducción social de manera independiente. Aunque no deje de ser una catego-



ría bastante heterogénea, la característica principal del trabajo informal en la región es la precariedad, especialmente si se tiene en cuenta el bajo valor que se paga por la hora de trabajo, la no inserción en los sistemas de protección laboral y la falta de acceso a la seguridad social.

Son múltiples los enfoques con los que se abordaron las causas de la persistencia de la informalidad y de la precariedad del trabajo en América Latina. Entre ellos está el del sociólogo brasileño Francisco de Oliveira, que definía al trabajo informal como un elemento complementario al proceso de acumulación de capital de la región, pues posibilitaba la instauración de un modelo de acumulación fundado en el bajo valor del salario mínimo y en las altas tasas de ganancia. En ese caso, el trabajo informal no sería una mera expresión de relaciones sociales arcaicas susceptibles de ser superadas con el desarrollo de la modernización capitalista, sino una forma de trabajo funcional al proceso de valorización del capital, llamada a coexistir con otros modelos de trabajo asalariado.

Más allá de las importantes diferencias que existen entre los países latinoamericanos, en el curso de la formación del capitalismo en el continente, el desarrollo de las relaciones de producción amalgamó formas sociales arcaicas y contemporáneas. Las relaciones laborales precarias fueron constitutivas de este proceso y estructuraron los mercados de trabajo de los distintos países. Por lo tanto, la informalidad representa la expansión de un excedente estructural de oferta de mano de obra, que permite abaratar los costos de la fuerza de trabajo.

En el caso brasileño, por ejemplo, desde que se generalizó el trabajo asalariado, la población negra, luego de haber sufrido casi cuatro siglos de esclavitud, tuvo muchas dificultades para insertarse en el nuevo mercado laboral a causa del trato preferencial que recibían los inmigrantes europeos. Entonces se generó un enorme contingente poblacional que tuvo que buscar formas

alternativas de garantizar su reproducción social. El proceso se acentuó durante el período de expansión de la industrialización, pues el número de vacantes creadas en las industrias fue insuficiente para albergar a la totalidad de los trabajadores que abandonaban las plantaciones y migraban a los centros urbanos.

En el caso de los países de colonización española, el período estuvo signado por el sistema de la encomienda, modelo en el que los colonos se comprometían a garantizar la subsistencia de las poblaciones indígenas y su cristianización mientras explotaban su trabajo, generalmente en minas de oro y plata o en la producción agrícola. A pesar de no ser una forma de trabajo transmitida hereditariamente, como la esclavitud negra brasileña, la encomienda también se caracterizaba por ser un trabajo forzado, intensivo e insalubre. Por lo tanto, en esos países, las condiciones precarias de trabajo se generalizaron entre las poblaciones originarias, y, hasta cierto punto, habituaron a la totalidad de la clase trabajadora a convivir con condiciones de empleo deterioradas.

Por su parte, las regiones en las que hubo desarrollo industrial a comienzos del siglo XX vieron coexistir en paralelo el dinamismo del capitalismo industrial y la permanencia de las relaciones no capitalistas en el campo, es decir, trabajadores que formaban parte del proletariado urbano y una gran masa de trabajadores agrarios. Hasta el día de hoy, los últimos son víctimas preferenciales de la informalidad.

Cabe destacar que el reconocimiento de que la estructura del mercado laboral de América Latina se desarrolló en función del trabajo informal, no es un obstáculo para analizar las distintas formas en las que se manifiesta la precarización en distintos momentos históricos. Las acciones políticas de la burguesía y las formas de resistencia de la clase trabajadora inciden sobre esa base informal persistente y aumentan o disminuyen el grado de precarización del trabajo. Las diferentes coyunturas políticas afectan la manera en

que se expresa la informalidad en cada país y acentúan o atenúan sus rasgos.

A partir de la década de 1990, se observa una importante transformación que muchos autores denominan «nueva informalidad». Aun cuando afectaba aproximadamente al 50% de la población, la informalidad recaía hasta entonces sobre los trabajadores no incorporados al sector industrial urbano, es decir, trabajadores ocupados sobre todo en el comercio y fuera de la relación salarial. Con todo, la reestructuración productiva implementada durante el período hizo que la dicotomía formal versus informal se volviera todavía más difusa, pues las prácticas de subcontratación llevaron a que las dos formas de trabajo empezaran a coexistir en la misma cadena productiva. Aumentó entonces la influencia del trabajo que, aunque contribuía a la producción capitalista y, consecuentemente, al proceso de valoración del capital, quedaba al margen de toda legislación laboral. Este nuevo modelo de informalidad está bastante presente, por ejemplo, en la industria textil, donde las casas de alta costura son denunciadas constantemente por hacer un uso de la fuerza de trabajo análogo a la esclavitud, especialmente en el caso de los trabajadores migrantes.

Sin embargo, la informalidad no es la única manera en que se expresa la degradación de las condiciones laborales. Otros procesos fundamentales, que cobraron impulso durante las últimas décadas, son el desmantelamiento de la legislación laboral y el aumento de los contratos precarios. En consonancia con los preceptos neoliberales, que sostienen que la organización natural del mercado es el único factor capaz de garantizar la libertad, las contrataciones flexibles promueven, igual que el trabajo informal, relaciones laborales individualizadas. Según sus defensores, sería necesario disminuir (cuando no eliminar completamente) la influencia de la planificación estatal sobre la economía y los convenios colectivos de trabajo, pues en el caso contrario pueden distorsionar la forma en que los individuos son recompensados por sus acciones.

El advenimiento y la generalización del neoliberalismo forzaron a América Latina a implementar múltiples políticas que apuntaron sobre todo a flexibilizar los contratos de trabajo. Sus defensores argumentan que la legislación laboral existente, al establecer límites a la explotación del trabajo, impone a los contratos una rigidez que no se adecúa a las demandas de un capitalismo flexible, marcado por la fluidez y por las transformaciones de corto plazo. Como sea, se observa una tendencia consistente que apunta al debilitamiento de las regulaciones públicas, es decir, a reducir los límites que enfrenta el capital cuando dispone de la fuerza de trabajo, en pos de la regulación privada, que propone negociar directamente los límites de la explotación entre empleadores y empleados en función de un supuesto mercado autorregulado.

No es otro el motivo detrás de la dirección general que adoptaron las propuestas y modificaciones legislativas aplicadas por la burguesía durante las últimas décadas: la desregulación y flexibilización laborales tienen por fin atacar la estabilidad laboral, reducir las remuneraciones, restringir la organización sindical, aumentar el poder del empleador a la hora de alterar las condiciones de trabajo conforme a las exigencias del mercado y socavar el sistema de seguridad social (mediante la desfinanciación y la privatización).

A fines de los años 1970, durante la dictadura pinochetista, Chile, laboratorio de la experiencia neoliberal, sufrió las consecuencias de una serie de reformas resumidas en el «Plan Laboral» que allanó el camino a la flexibilización, atacó la estabilidad de los empleos y permitió los despidos sin causa. Durante los años siguientes se aplicaron otros decretos que avanzaron en la misma dirección. En 1986, Panamá siguió el mismo camino y aplicó una reforma tendiente a la precarización (redujo el adicional cobrado por horas extra y habilitó las subcontrataciones), utilizada posteriormente como modelo en otros países de la región.

Sin embargo, fue sobre todo a comienzos de los años

1990 que los países latinoamericanos se convirtieron en víctimas de una ofensiva más violenta. El Consenso de Washington, conjunto de medidas adoptadas en 1989 como política oficial del Fondo Monetario Internacional (FMI) y aplicadas enfáticamente en los países periféricos, estableció una serie de reformas estructurales en función de favorecer una supuesta recuperación económica. La desregulación de la legislación laboral fue uno de sus objetivos principales.

Durante ese período se aplicaron reformas en Colombia mediante la habilitación de empresas de trabajo temporario, la facilitación de los despidos y la rebaja de la remuneración por horas extra. En Ecuador se generalizó el uso de contratos por tiempo determinado, se limitó el derecho a huelga y también se facilitaron los despidos. En Argentina se crearon formas de contratación precarias mediante convenios colectivos y se flexibilizó la jornada laboral. En fin, en Perú, la dictadura fujimorista implementó, a través de decretos legislativos, modificaciones que facilitaron la adopción de contratos temporarios, facilitaron los despidos y restringieron la acción sindical.

Es necesario resaltar que, al igual que en el caso de la informalidad, las coyunturas locales influenciaron los períodos y la forma en que las medidas neoliberales fueron o no fueron aplicadas. En Brasil, contra la tendencia hacia la precarización, la Constitución de 1988 incorporó importantes derechos laborales. En el caso de Venezuela, en 1991 entró en vigor la Ley Orgánica del Trabajo.

Más recientemente, en el caso de Argentina, la reforma previsional aprobada por Macri en 2017, sumada a los proyectos para reducir los litigios laborales y debilitar a los sindicatos, expresaron una nueva ola de políticas de austeridad. Dicha ola se manifestó también en Brasil, luego del golpe parlamentario que destituyó a la presidenta Dilma Rousseff, en la aprobación de la reforma laboral de 2017, el bloqueo del acceso de los trabajadores al Poder Judicial, la creación de modalidades de trabajo flexible y la eliminación de innumerables derechos de negociación individual y colectiva.

Aunque durante los años 1990 el Norte Global también se convirtió en el escenario de algunas reformas importantes que apuntaron a mitigar los derechos

laborales en varios países, fue recién durante la crisis de 2008-2009 cuando la ofensiva adquirió otra magnitud en esa región. En el centro estuvo la Troika, compuesta por el Banco Central, la Comisión Europea y el FMI, que impuso políticas de austeridad en distintos ámbitos, notablemente en el derecho laboral, en países como Grecia, España, Italia y Portugal. La orientación general de las reformas en esos países apuntó a reducir los costos y facilitar el procedimiento de despido de los empleados, como así también a aumentar el poder del empleador para modificar los contratos de trabajo unilateralmente. Sin embargo, cabe destacar que el proceso encontró una fuerte resistencia por parte de la población y de los movimientos sociales.

Con todo, el fortalecimiento de la regulación laboral privada que promovió el neoliberalismo en las regiones del Norte se encontró con mercados de trabajo más formales y mejor remunerados que los de los países periféricos. Aun cuando el neoliberalismo es el mismo, los sistemas de protección social, las jubilaciones y la legislación laboral vigentes en los países centrales hacen que sea imposible medir el proceso con la misma vara que en los países periféricos.

Durante los años siguientes observamos el surgimiento de lo que suele denominarse «nuevas» relaciones de empleo, marco de una «novísima informalidad» que busca profundizar la inserción de las modalidades de trabajo no reguladas por el poder público en las cadenas de producción de valor. El proceso se conoce comúnmente como «uberización» o «plataformización» del trabajo y está signado por el surgimiento de plataformas que median la cadena entre la oferta y la compra de trabajo, determinando así la distribución y la apropiación de un trabajo que en apariencia se realiza de forma autónoma.

Esa forma de explotación del trabajo intensifica los rasgos preferidos por las patronales, como el no pago del tiempo de trabajo muerto, la ausencia de limitación explícita de la jornada laboral, la remuneración basada exclusivamente en la productividad y la transferencia de los riesgos de la actividad empresarial y las contingencias financieras al trabajador. La eliminación de la mediación contractual, que deja a los empleados fuera de las normas de protección laboral, y la gestión algorítmica, representan una profundización del proceso de precarización.

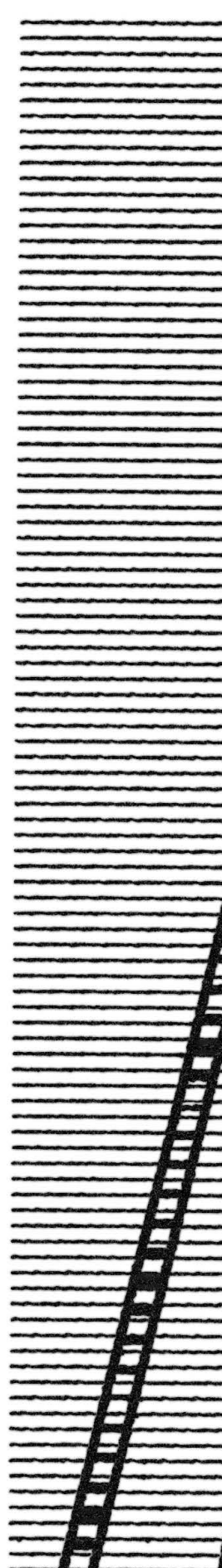


## Medidas semejantes, impactos diferentes

El breve análisis de los trazos comunes que marcan la constitución del mercado de trabajo en América Latina nos permite observar que las políticas de austeridad impuestas bajo el yugo neoliberal profundizan rasgos estructurales y permanentes. Las altas tasas de informalidad, el bajo costo de la fuerza de trabajo, los frágiles derechos laborales y la limitada capacidad de control y penalización de las empresas fraudulentas, son características que afectan especialmente a los países periféricos. Refuerzan la inserción subordinada de la región en las cadenas de valor y su posición en la división internacional del trabajo a partir del uso intensivo de una fuerza de trabajo barata.

Aunque creemos que no es posible hablar de una generalización del modo de vida latinoamericano en el Norte Global, eso no significa en absoluto que relativicemos el progreso de la precarización del trabajo en esa región. Con todo, trazar un paralelo sin mediaciones entre ambos movimientos implica dejar de lado una miríada de determinaciones propias de los países periféricos que, si se pretende comprender con precisión la realidad de las transformaciones de sus mercados de trabajo, requieren una atención específica. Si bien en ambas regiones existen procesos concomitantes de flexibilización de las relaciones de trabajo, las transformaciones afectan a relaciones sociales que no dejan de ser estructuralmente distintas en cada continente. De esta forma, en el Norte Global, si se deja de lado el caso de los inmigrantes indocumentados, los contratos de trabajo flexibles afectan a una población todavía protegida por diversos programas sociales, mientras que en América Latina observamos un movimiento de profundización de las rebajas salariales y de crecimiento de la pobreza extrema.

No es menos importante —de hecho, es esencial— recordar que, aun en un estado de implementación muy avanzado, ese ímpetu hacia la destrucción del trabajo se topa con una fuerte resistencia. En mayor o menor medida, dependiendo del país latinoamericano del que se trate, observamos manifestaciones organizadas por sindicatos y movimientos sociales que ensanchan sus filas con una base difusa de agentes convocados por las redes sociales —activistas jóvenes, sobre todo— y que cuestionan la agenda neoliberal y el ataque a los derechos laborales. En el reverso del cuadro que representa la pérdida de derechos sociales se abre el horizonte de un futuro no preestablecido, bosquejado por la lucha cotidiana entre las clases.●



# Trabajo y emancipación social

## Liberar el trabajo y liberarse del trabajo.

En 1875 se celebra en Gotha, Alemania, el congreso de unificación de dos organizaciones obreras, con el fin de crear el SAPD (Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands), punto de partida de la socialdemocracia alemana que, como se sabe, jugó un rol central en el movimiento obrero europeo y estructuró la ortodoxia marxista que, bajo ciertos aspectos, definió a la Internacional Comunista.

Marx, que se encuentra en Londres trabajando en la edición internacional del Tomo I de *El capital*, juzga necesario escribir unas notas en las que sintetiza su dura crítica contra el proyecto de programa. Ese breve texto termina siendo su testamento político.

La primera frase del proyecto afirma: «El trabajo es la fuente de toda riqueza», fórmula de apariencia banal, pues expresa, no solo el orgullo típicamente obrero por el «trabajo bien hecho», sino la valoración político-programática del trabajo, que marca al movimiento obrero de esa época y marcará al del siglo veinte.

### «El trabajo no es la fuente de toda riqueza»

Marx dedica sus primeras palabras a rechazar esa tesis:

El trabajo *no es la fuente* de toda riqueza. La *naturaleza* es la fuente de los valores de uso (¡Que son los que verdaderamente integran la riqueza material!) [...]. Esa frase se encuentra en todos los silabarios y solo es cierta si se sobreentiende que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos y medios. Pero un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas *condiciones* sin las cuales no tienen ningún sentido.

\* Este artículo es un fragmento de *Le Travail et l'émancipation, Textes choisis, présentés et commentés par Antoine Artous*, Éditions sociales, 2016.

1. Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, en *Antología*, Siglo XXI, 2014, p. 340.

Más adelante, insiste:

Los burgueses tienen razones muy fundadas para atribuir al trabajo una *fuerza creadora sobrenatural*.<sup>1</sup>





Independientemente del objetivo inmediato de la crítica, esta frase se hace eco del «método de la economía política», abordado por Marx en la «Introducción» (denominada «de 1857») a los *Grundrisse*. Conciérne a las condiciones de emergencia histórica y teórica de las categorías generales de análisis y a su funcionamiento. La categoría de trabajo es un buen ejemplo. El trabajo en tanto tal, concebido como «trabajo general», toma forma con el desarrollo histórico de la producción capitalista, es decir, con la relación salarial que define a la sociedad burguesa moderna.

Marx se rehúsa a naturalizar las relaciones capitalistas, pero además no trata las categorías surgidas de esa sociedad como si fueran categorías transhistóricas. La categoría de «trabajo en general» no es un instrumento de análisis social transhistórico. Afirmar lo contrario sería olvidar un punto, ignorado con frecuencia por el marxismo, pero decisivo para Marx: las formas de objetividad de lo social de la sociedad burguesa moderna suponen una ruptura total frente a aquellas que definen las formas precapitalistas de producción. No existe ningún orden conceptual, ni tampoco existe ningún problema analítico, susceptibles de articularse fuera de la historia. Las categorías deben especificarse históricamente desde el primer momento.

El trabajo no existe «en sí»: es la forma específica que toman en el capitalismo las actividades de producción de bienes y servicios, presentes sin duda en todas las sociedades, pero bajo formas sociales distintas. En muchas sociedades precapitalistas no existe ninguna palabra equivalente a la categoría moderna de trabajo. De hecho, es precisamente con el objetivo de dar cuenta de la especificidad de la relación capital/trabajo asalariado que Marx pone en marcha su «crítica de la economía política».

Evidentemente, esto tiene efectos programáticos. Aunque Marx no dice nada en sus notas, cabe mencionar que el programa de Gotha habla de «la emancipación del trabajo» (y no de los trabajadores). Esa fórmula, a pesar de ser muy común en aquella época, no aparece en los textos programáticos de Marx. El *Manifiesto del Partido Comunista* habla de la abolición del trabajo asalariado y del advenimiento de una «asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos». Y en la *Crítica al Programa de Gotha*, Marx habla de una «sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción».<sup>2</sup> Las diferencias son evidentes.

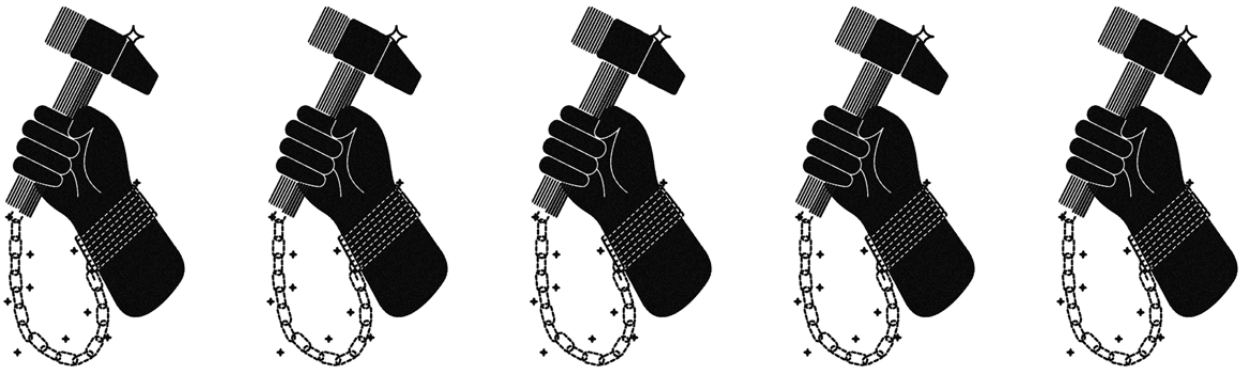
Dicho esto, el texto presenta un equívoco que reaparece sin cesar en la obra de Marx. Distingue dos fases de la futura sociedad comunista: la primera, todavía marcada por la herencia de la sociedad capitalista; la segunda, denominada «superior». La distinción dio lugar a numerosos debates que aquí dejamos de lado. Cito simplemente lo que dice Marx sobre el futuro del trabajo:

En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo [...]; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva [...].<sup>3</sup>

Si se presta atención, se nota que Marx no solo dice que el trabajo, como medio de producción de bienes y servicios, dejará de estar

2. *Ibid.*, p. 345.

3. *Ibid.*, p. 346.



dominado por el capital para pasar a las manos de los productores asociados. También afirma que dejará de ser una forma específica de la actividad social para convertirse en la expresión de la «primera necesidad vital», el arquetipo de una actividad libre. En el período de *El capital* (de la «crítica de la economía política»), el tema ocupa un lugar marginal, en el sentido de que no estructura una problemática de análisis centrada, no en el trabajo en general, sino en sus condiciones, que son las únicas capaces de dotarlo de sentido. En este caso, se trata de la relación capital/trabajo asalariado concebida como una relación de producción específica.

Por el contrario, el tema es frecuente en los textos de juventud, muy marcados por la referencia al hombre «genérico», es decir, a la esencia del hombre, cuestión «constitutiva de la antropología [que] es tan vieja como la filosofía». <sup>4</sup> Lógicamente, este es el caso de los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. El trabajo es la esencia del hombre, expresada de manera alienada en el trabajo asalariado, vinculado a su vez con el desarrollo de la propiedad privada. Eliminar esta última es, de algún modo, restituirle al hombre su esencia, hacer del trabajo la «primera necesidad vital»: el trabajo no alienado será una manifestación libre de la vida, una forma de goce.

Ese es el motivo por el que, en esa época, Marx se refiere con frecuencia a la abolición del trabajo. Así lo hace en un texto de 1845 sobre Friedrich List, economista alemán:

La propiedad privada no es más que trabajo *materializado*. Si uno desea asestarle un golpe fatal, debe atacar la propiedad privada, no solo como *estado objetivo*, sino como *actividad*, como *trabajo*. <sup>5</sup>

El enfoque es enunciado explícitamente. Este tipo de argumentos, que condensan en la fórmula de la abolición del trabajo, vuelven aparecer en muchos fragmentos de *La ideología alemana*, obra que suele ser considerada como el texto fundante del «materialismo histórico».

### Liberar el trabajo y liberarse del trabajo

En un pasaje del Tomo III de *El capital*, Marx bosqueja una problemática sobre las relaciones entre trabajo y emancipación que considero sumamente pertinente.

De hecho, el reino de la libertad sólo comienza allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores; con arreglo a la naturaleza de las cosas, por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha. Así como el salvaje debe bregar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para conservar y reproducir su vida, también debe hacerlo el civilizado, y lo debe hacer en todas las formas de sociedad y bajo todos los modos de producción posibles.

4. Cfr. Etienne Balibar, *La filosofía de Marx*, Nueva Visión, 2011. El autor muestra bien que, a partir de las *Tesis sobre Feuerbach*, Marx cambia de terreno para orientarse hacia un enfoque relacional de los individuos y rechaza, tanto el individualismo (que parte del individuo aislado), como el holismo (primado del todo), para pensar la humanidad como una realidad transindividual.

5. Karl Marx, «A propos du système national de l'économie politique de Friedrich List», en *Œuvres III, La Pléiade*, Gallimard, 1982, p. 1433.

Con su desarrollo se amplía este reino de la necesidad natural, porque se amplían sus necesidades; pero al propio tiempo se amplían las fuerzas productivas que las satisfacen. La libertad en este terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo,

en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero éste siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base. La reducción de la jornada laboral es la condición básica.<sup>6</sup>

Es interesante notar también que Marx, en el Tomo I de *El capital*, se había referido a la reducción del tiempo de trabajo, no solo en función de una problemática general de la emancipación, sino como una posibilidad real, que permite luchar contra el desempleo y mejorar, al mismo tiempo, las condiciones de trabajo.

Allí afirma que el desarrollo de un «ejército industrial de reserva» es un dato estructural de la acumulación capitalista:

La condena de una parte de la clase obrera al ocio forzoso mediante el exceso de trabajo impuesto a la otra parte, y viceversa, se convierte en medio de enriquecimiento del capitalista singular.

Y, en referencia a Inglaterra, agrega:

Sin embargo, si mañana se redujera el trabajo, *de manera general*, a una medida racional y se lo graduara conforme a las diversas capas de la clase obrera, según edad y sexo, la población trabajadora resultaría absolutamente insuficiente para llevar adelante la producción nacional en la escala actual. Sería necesario transformar en «productivos» la gran mayoría de los trabajadores hoy «improductivos».<sup>7</sup>

Este enfoque, centrado en el desarrollo del tiempo libre, está muy presente en los *Grundrisse*. De hecho, ¡Marx llega a escribir que la verdadera riqueza social no se mide en tiempo, sino en tiempo libre!

En cualquier caso, insiste en tres cuestiones esenciales. En primer lugar, el capital, al reducir sin cesar el tiempo de trabajo necesario, permite crear tiempo social disponible al servicio de todos y para el disfrute

de cada uno. Luego, a diferencia de lo que sucede en la sociedad burguesa, el tiempo de trabajo y el tiempo libre, que es a la vez ocio y actividad superior, no se oponen necesariamente en términos abstractos. En fin, el incremento del tiempo libre permite transformar a los individuos, que entran en el proceso de producción inmediato con otra disposición.

Por lo tanto, la emancipación se piensa aquí como una dialéctica del tiempo de trabajo y del tiempo libre. Debe destacarse también que, cuando se trata de la gestión de la producción y de la confrontación entre los productores asociados y la naturaleza, las fórmulas de Marx son más bien moderadas. Estamos lejos del productivismo desenfrenado que suele achársele. Se trata solo de regular «racionalmente» los intercambios con la naturaleza.

Hay que liberar el trabajo y liberarse del trabajo. Y, de este modo, romper con una línea de lectura, vigorosa en la tradición marxista, que ontologiza la producción, es decir, que supone que la emancipación del trabajo, por el mero hecho de colocar la producción, por fin emancipada, en el centro de la vida y de las relaciones sociales, permitiría reconciliar a la sociedad consigo misma. El pasaje de Marx que comentamos invierte la situación: es más allá de la producción que el individuo puede desarrollar actividades verdaderamente libres. La conclusión se presenta entonces con más claridad que en los *Grundrisse*: la esfera del trabajo no desaparece. Estamos lejos de las fórmulas de

*La ideología alemana*, que invocaban una supuesta «transformación del trabajo en actividad libre».

6. Karl Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 8, Siglo XXI, p. 1044.

7. Karl Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 3, Siglo XXI, pp. 791-793.



Esta problemática de la emancipación a través de una dialéctica del tiempo de trabajo y del tiempo libre plantea toda una serie de problemas en relación con la organización de una sociedad «socialista». El pasaje del Tomo III de *El capital* define a esta última como una sociedad de «productores asociados». Es posible recuperar esta fórmula bajo condición, no solo de concebir como productores al conjunto de los trabajadores —produzcan bienes materiales o servicios—, sino también de indagar en la naturaleza del «poder estatal» [*Staatsgewalt*], según la fórmula del *Manifiesto del Partido Comunista*, que se articula con (al menos) dos esferas de prácticas sociales: el tiempo de trabajo y el tiempo libre. Ese poder no está encastrado en la producción, aun suponiendo el caso de que esta se viera emancipada de la dominación del capital, sino que continúa existiendo como esfera política separada. Con todo, desde la consigna planteada por los sindicalistas revolucionarios, que identificaban al gobierno con la fábrica, hasta la democracia de los consejos obreros de los años 1920, la tendencia fue pensar lo contrario.

Por lo demás, sería vano intentar restituir una «verdad» marxiana sobre estas cuestiones o plantear que se trata de problemáticas abiertamente contradictorias. Son tensiones que atraviesan el conjunto de la obra que nos legaron Marx y Engels. Así, en el *Anti-Dühring*, obra revisada por Marx y que tuvo gran influencia en la tradición marxista, Engels expone una problemática completamente centrada en la emancipación mediante la producción, de la que surgiría en última instancia el reino de la libertad.

El primer acto en el cual el Estado aparece realmente como representante de la sociedad

entera —la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad— es al mismo tiempo su último acto independiente como Estado. [...] En lugar del gobierno sobre personas aparece la administración de cosas y la dirección de procesos de producción. [...] Con la toma de posesión de los medios de producción por la sociedad se elimina la producción mercantil y, con ella, el dominio del producto sobre el productor. La anarquía en el seno de la producción social se sustituye por la organización consciente y planeada. [...] La propia asociación de los hombres, que antes parecía impuesta y concedida por la naturaleza y la historia, se hace ahora acción libre y propia. [...] Es el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad.<sup>8</sup>

En las páginas precedentes, Engels explica que, si el Estado puede desaparecer de este modo, en el momento mismo en que se apropia de los medios de producción, es porque el desarrollo de las fuerzas productivas generadas por el capitalismo presiona en pos «de su propia liberación de su condición de capital, en favor del efectivo reconocimiento de su carácter de fuerzas productivas sociales».<sup>9</sup>

Dicha contradicción entre producción social y propiedad privada se expresa bajo la forma del antagonismo entre burguesía y proletariado y este último es portador de una dinámica de socialización inmanente de los individuos y de la producción. *Mutatis mutandis*, el proletariado ocupa el mismo lugar que el hombre genérico de los *Manuscritos* de 1844.●

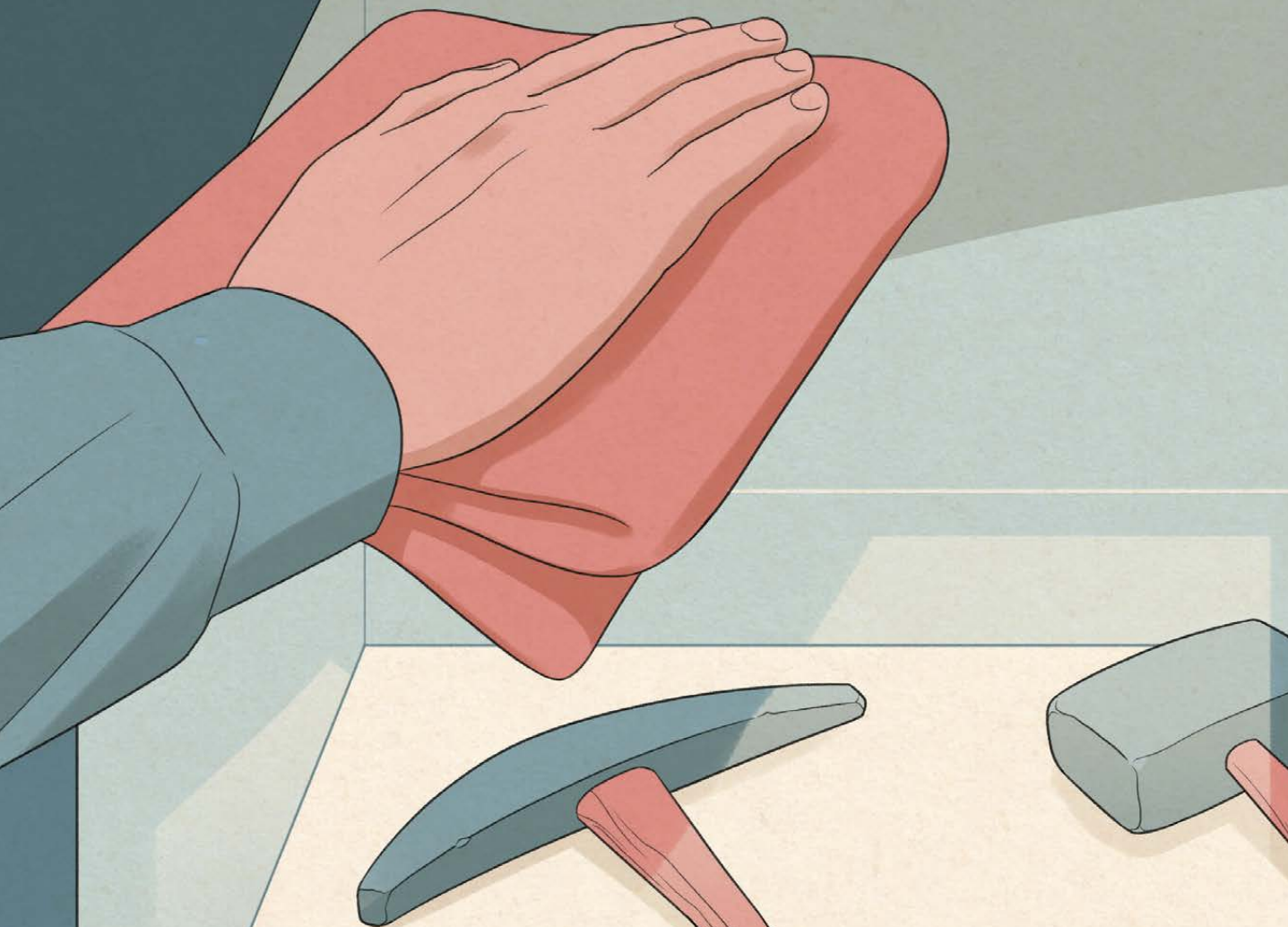
8. Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, Instituto del Marxismo-Leninismo y Editorial Progreso, Moscú, 1968, pp. 278-279.

9. *Ibid.*, p. 274.

TEXTO  
DAVID BRODER

TRADUCCIÓN  
VALENTÍN HUARTE

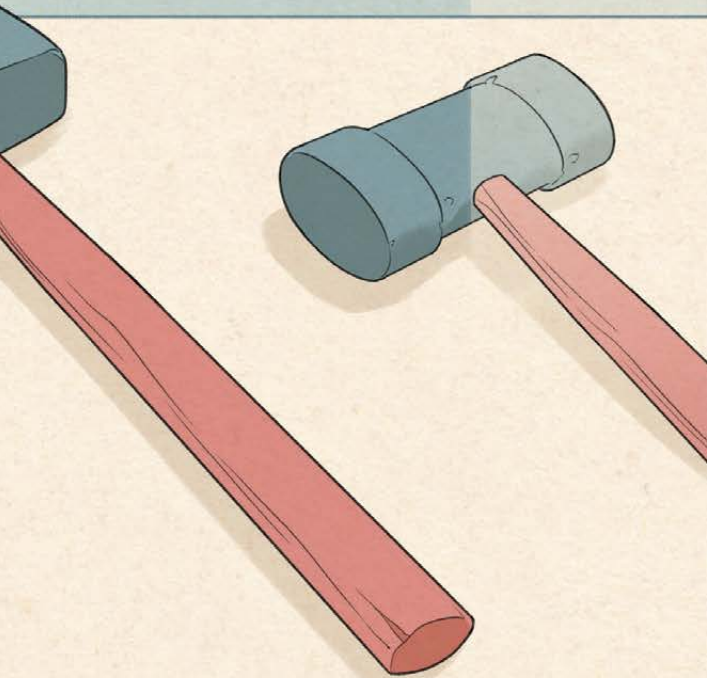
ILUSTRACIONES  
ANUJ SHRESTHA



# LOS MÚLTIPLES ADIOSSES AL PROLETARIADO



El trabajo no está desapareciendo, pero las organizaciones construidas a su alrededor fueron sepultadas. Mientras que los antiguos partidos obreros rompen amarras, incluso a nivel retórico, con los intereses de los trabajadores, la derecha moviliza partes cada vez más grandes de la clase.



Frente a las crisis permanentes y la desigualdad social agobiante que definen nuestro presente, es fácil idealizar las décadas de la posguerra como si hubiesen sido una época de «consenso social-demócrata». De hecho, al menos en muchos países de Europa occidental, el período fue bautizado como los Treinta Gloriosos: el trabajo y el capital compartían las ganancias y hasta los gobiernos de centroderecha supervisaban y aplicaban importantes políticas de bienestar. Sin embargo, el relato de una época dorada fordista suele pasar por alto las carencias, persistentes incluso en el corazón de los países europeos, y las luchas en las que se embarcaron los partidos obreros con el fin de apropiarse de una porción del crecimiento económico.

Una de las economías que más rápido creció fue la de Italia, cuyo centro industrial norteño atrajo, durante las décadas de 1950 y 1960, a millones de migrantes de las regiones más pobres. Los trabajadores que no habitaban las fábricas también se organizaban. Los desempleados y los peones llegaron a inventar una nueva táctica, la «huelga en reversa»: arreglaban las calles, reparaban las vías del tren y mejoraban las escuelas. Con esas protestas mostraban que había muchos trabajos socialmente útiles vacantes y que los gobiernos de la Democracia Cristiana habían decidido desfinanciarlos y vaciarlos.

Una de esas huelgas fue inmortalizada por Aldous Huxley, célebre autor de *Un mundo feliz*, que escribió un texto sobre Danilo Dolci, educador popular siciliano. El 30 de enero de 1956, en una región marcada por el analfabetismo y el desempleo, Dolci reunió a cientos de desempleados y juntos empezaron a arreglar un camino. Pero, como habían hecho frente a otras huelgas en reversa, las autoridades reaccionaron y, durante los días siguientes, la policía reprimió violentamente las asambleas. Dolci fue condenado por ocupar la vía pública en el marco de un juicio ampliamente difundido por los medios, que logró movilizar a intelectuales y artistas detrás de las reivindicaciones obreras.

Las huelgas en reversa, que a fines de los años 1940 y a lo largo de la década de 1950 se expandieron desde las zonas rurales hacia los suburbios romanos, sirvie-

ron para que el Partido Comunista formara ramas locales en áreas habitadas por sectores marginados de la población, que eran prácticamente analfabetos y carecían de toda experiencia de organización política. Filmadas por Gillo Pontecorvo, director neorrealista, las huelgas en reversa fueron el método con el que este partido de 2 millones de miembros elaboró una política de clase que rompió el límite de las puertas fabriles y planteó una perspectiva de progreso social amplia entre los grupos más marginados.

La historia suena hoy como una ficción de otro mundo. Durante las últimas décadas, el vínculo entre la desigualdad social y el compromiso político parece haberse deshilachado por completo, y la tradicional base obrera de la izquierda se está achicando en todo el mundo. Como señalan los economistas Amory Geithin, Clara Martínez-Toledano y Thomas Piketty en su nueva colección, *Political Cleavages and Social Inequalities*, mientras que la desigualdad social no deja de crecer en todo el mundo desde los años 1970, la izquierda pierde terreno y la definición de su identidad depende cada vez menos de las problemáticas del ingreso y del trabajo.

Desde los países nórdicos hasta América Latina, los partidos socialdemócratas se debilitan y parecen avanzar hacia un colapso equivalente al que sufrieron los Partidos Comunistas occidentales luego de la caída de la Unión Soviética. No se trata solo de un problema de número de afiliados o simpatizantes. En casi todos los países, la base social de las izquierdas se apartó de esos obreros que estaban llamados a representar los «partidos de trabajadores». Piketty llega a una conclusión tajante: los partidos de trabajadores están siendo reemplazados por partidos que representan a una clase media «ilustrada».

Los datos de *Political Cleavages and Social Inequalities* se encuadran en un argumento expuesto antes en *Capital e ideología*, de Piketty. Nos muestran que las coaliciones están construyéndose alrededor de dos tipos de élites: una «izquierda bráhmica», liberal en términos culturales, que aprecia los valores cosmopolitas y la educación por sí mismos, y una «derecha mercantil», que defiende a los ricos y a aquellos que están mejor posicionados a la hora de monetizar su educación. Según esta interpretación, el voto de los partidos conservadores y proempresarios está cohesionado por intereses materiales, mientras que el de

la izquierda se organiza alrededor de valores culturales esencialmente minoritarios.

Sin representación y fragmentada por cuestiones de identidad, una buena parte de la izquierda obrera cae en el abstencionismo o gira a favor de los partidos de derecha dura que dicen hablar en nombre de los «perdedores de la globalización». En muchos países, los sectores menos educados, que solían votar a los partidos de izquierda, son cada vez menos proclives a hacerlo. En *Bullshit Jobs*, David Graeber dejó algunas pistas para descifrar la simpatía que despiertan en esta gente los multimillonarios como Donald Trump: prefieren soñar con hacerse ricos en vez de siquiera llegar a considerar, por ejemplo, el trabajo docente.

## Un capuchino doble

Para algunos partidos socialdemócratas, la respuesta radica en volver a conectar con los «valores de la clase obrera», sintagma que suele remitir a los valores culturales de una generación que hoy se está jubilando. En Gran Bretaña, incluso los diputados que apoyaron las privatizaciones, la desregulación del mercado de trabajo y los presupuestos de austeridad pretenden estar dando muestras de su buena fe proletaria cuando exaltan su amor por la bandera y por la familia, o —es el caso de uno de los últimos candidatos a la dirección del laborismo— cuando niegan conocer el sabor de un buen capuchino doble.

Esta política cultural venera el trabajo duro y la autosuficiencia como si fueran valores en sí mismos: hace poco, el actual canciller en las sombras les dijo explícitamente a los beneficiarios de planes sociales que el Partido Laborista no era su organización (aun cuando cerca de un tercio de la población en edad laboral recibe algún tipo de asistencia). Mientras tanto, Keir Starmer, autoridad máxima del partido, alardea con que su padre se ensuciaba las manos haciendo herramientas, cuando en realidad el tipo era el dueño de la fábrica. En los medios británicos, «clase trabajadora» se convirtió prácticamente en una expresión que remite a la generación que vivió el proceso de desindustrialización de los años 1980.

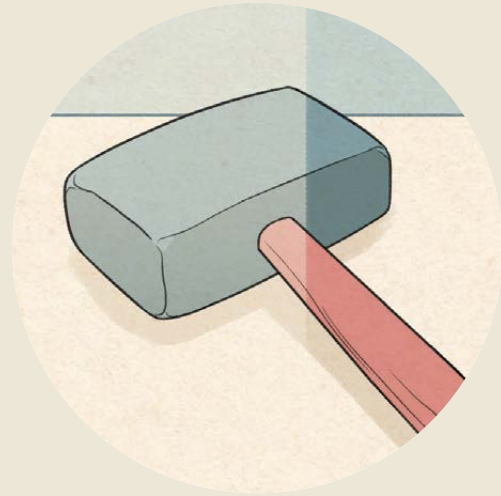
Frente a esta táctica, que pretende fundir los «valores obreros» con los prejuicios de los votantes viejos, en la izquierda liberal está empezando a cobrar fuerza otro enfoque, situado en las antípodas de esta guerra

cultural. Por ejemplo, el periodista Paul Mason insiste en que, contra los elementos de la clase trabajadora que se aferran a la nostalgia por las antiguas industrias mineras y manufactureras, la izquierda debe reconocer que su futuro está del lado de los valores cosmopolitas y ecologistas de los jóvenes bien educados y precarizados.

Según Mason, no solo sucede que las industrias generadoras de CO<sub>2</sub> en las que sudaban estos trabajadores son vestigios del pasado, sino que la idea misma de fundar una identidad política en el trabajo es anacrónica. Las redes sociales, la expansión de las comunicaciones y el desarrollo del «individuo interconectado», con múltiples identidades superpuestas, debilitaron el lugar central que alguna vez ocupó el trabajo en la definición de los compromisos políticos. ¿Por qué la izquierda debería encapricharse contra la corriente?

Entonces, ambos enfoques retratan a la clase obrera como si fuera el remanente de un pasado fordista condenado a desaparecer. Consideran que su ocaso es el resultado inevitable de tendencias históricas (el avance de la tecnología y de la globalización). Conclusión: las necesidades del *marketing* político deberían adaptarse a una nueva base de votantes consumidores. Como sea, esta orientación refleja un enfoque apolítico, especialmente palpable en su negación a considerar que son las políticas y las movilizaciones las que moldean a las clases y modifican la percepción que estas tienen de sus propios intereses.

En este sentido, los proyectos de derecha de las últimas décadas trabajaron conscientemente para remodelar el terreno de la guerra de clases, sea mediante la transformación de una sección de la clase trabajadora en pequeños propietarios y accionistas (es el caso del *thatcherismo* británico), o sea mediante el camuflaje de una «coalición obrera multirracial» de «americanos trabajadores» (según las palabras del senador republicano Marco Rubio). A lo largo de cuatro décadas de neoliberalismo, la derecha no solo aplastó al movimiento obrero, sino que reorganizó fragmentos de su identidad y hasta logró integrar algunos de sus intereses materiales en su propio proyecto. Pero entonces, si la derecha está teniendo éxito gracias a la instrumentación del *lenguaje* de las políticas obreras, ¿por qué la izquierda no es capaz de hacer lo mismo?



**A lo largo de cuatro décadas de neoliberalismo, la derecha no solo aplastó al movimiento obrero, sino que reorganizó fragmentos de su identidad y hasta logró integrar algunos de sus intereses materiales en su propio proyecto.**

## Aun si hoy la estabilidad de los empleos es menor que la de las décadas de posguerra, la mayoría de nosotros todavía vive mediante la venta de su capacidad para trabajar.

### ¿El trabajo desapareció?

André Gorz, sociólogo francés, abordó este problema en su conocido libro, *Adiós al proletariado*. Según su lectura, el movimiento obrero del siglo XIX hundía sus raíces en la protección de los oficios calificados que estaban siendo absorbidos por el sistema fabril: los trabajadores tenían una experiencia de la que carecían sus patrones y utilizaban ese poder para ejercer presión y plantear sus reivindicaciones. Gorz argumenta que el marxismo consideraba que este conocimiento de los de abajo —el trabajador polivalente capaz de supervisar todo el proceso de producción— era el fundamento que haría posible que los trabajadores se hicieran cargo de la economía, es decir, la «utopía marxista». Sin embargo, la introducción de una fuerza de trabajo fordista ejerció presión en la dirección inversa: la nueva clase trabajadora no se identificaba con el trabajo, sino que se resistía a él y manifestaba su descontento en términos negativos.

Hoy —sigue el argumento— la automatización no solo devalúa el trabajo calificado y convierte a los humanos en apéndices de la máquina, sino que es capaz de prescindir completamente de ellos y de convertir a porciones cada vez más grandes de las masas en población sobrante.

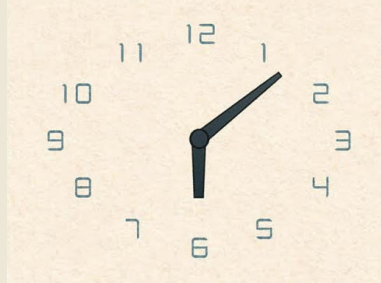
Gorz explicó que la expulsión de los trabajadores de sus lugares de trabajo (identificados aquí con la fábrica) iba de la mano de la falta de interés que mostraban los trabajadores por apropiarse de ellos. Las masas trabajadoras no actuaban en función de la utopía del «poder obrero», sino que su horizonte era dejar de trabajar: el énfasis estaba menos puesto en liberar *el* trabajo que en liberarse *del* trabajo. De ahí surgían toda una serie de reivindicaciones centradas en la autonomía individual, que se hacían eco de la crítica *sesentaiochista* de las jerarquías y de las instituciones, y en la exigencia de un ingreso universal garantizado. Para

Gorz, limitar la lucha a los muros de la fábrica implicaba perder de vista la realidad concreta de las demandas populares, que no se dirigían tanto a desplazar a los patrones y tomar el control de la producción, sino más bien a reivindicar la autonomía. La automatización de la producción finalmente estaba convirtiendo esa reivindicación en una posibilidad real: aun si una autoridad central supervisaría la satisfacción automatizada de las necesidades humanas, las masas serían capaces de dedicarse al ocio y al esfuerzo voluntarios.

No deja de ser una buena idea y una sociedad socialista seguramente limitaría el trabajo obligatorio. Pero la identificación del progreso tecnológico con la formación de una nueva subjetividad posobrero apunta a un problema más amplio del que esta escuela de análisis no está exenta. En esencia, Gorz observó que cierto tipo de trabajadores se habían vuelto o se estaban volviendo obsoletos (los trabajadores calificados de la producción industrial) y luego los tomó como representantes del sujeto proletario a nivel histórico, dejando de lado ejemplos como el que consideramos al comienzo de este artículo. En términos específicos, la lectura de Gorz lleva la marca del fin de la época fordista, caracterizada por derrotas como el cierre de las acerías de Longwy en el noreste de Francia (1979-1980) y la ruptura entre los sindicatos de cuello blanco y los de cuello azul en la fábrica de Fiat de Turín (1980). La confirmación del proceso llegó con la huelga de los mineros británicos (1984-1985).

Sin duda, tanto la automatización como la subcontratación atentaron contra el poder que tenían los trabajadores de detener ramas enteras de la producción. Pero, aun si hoy la estabilidad de los empleos es menor que la de las décadas de posguerra, la mayoría de nosotros todavía vive mediante la venta de su capacidad para trabajar. Esto hace que el trabajo se convierta en una cuestión que tiene importantes consecuencias políticas y que probablemente será el





fundamento de todas nuestras decisiones y oportunidades vitales.

En cualquier caso, cabe notar que las predicciones del fin del trabajo son antiguas. En los años 1920 se suponía que los electrodomésticos llevarían al despido de las 1,5 millones de empleadas domésticas de Gran Bretaña, que superaban en términos cuantitativos a los trabajadores de cualquier otro rubro. Sin embargo, hubo que esperar al reordenamiento económico de la Segunda Guerra Mundial para que la masa de trabajadoras domésticas mermara realmente y muchas se reciclaron como niñeras y camareras.

En cuanto a la manufactura, en 1955 el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO, por sus siglas en inglés) celebró una conferencia nacional sobre automatización y en 1964 publicó un informe sobre la «triple revolución», que contó con la firma de socialistas como Irving Howe y Michael Harrington. Además de las revoluciones en los rubros armamento y derechos humanos, proclamó el potencial de la «revolución cibernética» para liberar a la humanidad de los «trabajos repetitivos y carentes de sentido» que se estaban volviendo innecesarios. El problema era que, librada a la anarquía del mercado, esta tendencia amenazaba con crear una masa permanente de desocupados, sobre todo en las ciudades periféricas construidas alrededor de las industrias que estaban desapareciendo. Por lo demás, el eje del informe estaba puesto en la inevitabilidad de las consecuencias: se suponía que el Estado debería gestionar los «costos de la transición» mediante planes sociales contra el desempleo, inversiones en viviendas accesibles y transporte público y la oferta de cursos de capacitación para los obreros cuyos empleos quedarán obsoletos.

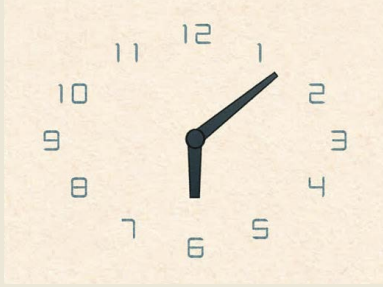
Un matiz importante es la distinción entre la automatización completa y la tecnología que ahorra trabajo pero todavía requiere supervisión humana. De hecho, el informe sobre la «triple revolución» señalaba el riesgo que planteaba la diferencia entre los afortunados que conservaban de alguna forma sus empleos y los perdedores a los que se expulsaba completamente del mercado de trabajo. Como sea, muchos investi-

gadores, David Spencer entre ellos, mostraron que la evidencia de una tendencia general hacia la falta absoluta de empleo es contradictoria. Aunque ciertas tareas industriales y agrarias lograron una automatización completa, la esfera siempre creciente de las necesidades humanas, la fuerza de trabajo barata y sin derechos y la monopolización capitalista de las mejoras de productividad resultaron en que, si se toman los años 1970 como parámetro, el promedio de horas que trabaja cualquier empleado estadounidense, en vez de mermar, incrementó.

En sociedades económicamente estancadas, la baja tasa de inversiones en infraestructura implica que los patrones recurren cada vez más a la presión sobre los salarios en vez de al incremento de la productividad. En los sectores con bajos índices de inversión, gracias al efecto de un mercado de trabajo precario y de las altas rentas, ni siquiera hay ganancias por las que pelear. Un panorama completo del fenómeno debe incluir las extraordinarias variaciones que se registran entre diferentes sectores y que condenan a una parte de los trabajadores a tener múltiples empleos y a otra al desempleo absoluto.

Los teóricos del postrabajo señalan con justeza la necesidad de repartir equitativamente las tareas necesarias. Ese sería un medio para superar las consecuencias sociales que tiene la obsolescencia de ciertas industrias. Con todo, esta perspectiva tampoco es nueva. De hecho, el movimiento obrero histórico —acusado con frecuencia por los analistas del postrabajo de ser un defensor «productivista» de las chimeneas industriales— cuenta con una larga trayectoria de lucha por la reducción de la jornada laboral.

En 1889, la jornada laboral de ocho horas fue la reivindicación más importante de la recién formada Internacional Socialista. En los años 1930, los partidos obreros franceses, respaldados por un movimiento de huelgas masivas, impusieron un límite máximo a la semana laboral y las vacaciones pagas obligatorias y luego se lanzaron a la lucha para conseguir la licencia por maternidad.



## Fragmentación

En otras palabras, el trabajo llegó para quedarse, aunque las organizaciones construidas a su alrededor fueron sepultadas y los partidos de centroizquierda liberalizados están abandonando hasta el compromiso retórico con los intereses específicamente obreros. Peor todavía es notar que, en muchos países, los partidos proempresarios logran movilizar con su agenda a partes cada vez más grandes de la clase obrera.

Comenzamos notando la tendencia de los patrones electorales a orientarse cada vez más en función de los logros educativos en vez de por los ingresos o la autopercepción de la clase social. Lejos de una «guerra cultural», la verdadera explicación depende de un proceso material: los votantes viejos, menos propensos a tener un título universitario, que trabajaron probablemente en empleos con menos requisitos de calificación, son también los que generalmente lograron comprar una casa y sacar provecho de los ingresos financierizados que promovieron muchos gobiernos, incluso durante los años de crisis.

La expansión de la propiedad inmobiliaria en la Gran Bretaña de Thatcher, conquistada mediante la venta de viviendas sociales a bajo costo, fue diseñada en vistas a este objetivo y utilizó los recursos públicos para amortiguar los efectos de la desindustrialización. Sin embargo, el credo del nuevo laborismo de Tony Blair, resumido en la consigna «Educación, educación, educación», terminó siendo un enfoque individualista frente a la decadencia de los empleos estables y bien remunerados. Los antiguos partidos de trabajadores de Occidente, ahora social liberales, buscan articular una perspectiva de ascenso social centrada alrededor de la «economía del conocimiento» y la capacidad de la fuerza de trabajo de competir a nivel internacional. Con todo, la experiencia de las décadas recientes

**El orgullo de clase y los valores solidarios, que llevaban a los obreros a hacer huelgas por sus compañeros en vez de matarse por el salario de un día, fueron el resultado de largas décadas de organización.**

muestra que este discurso es una quimera: básicamente, cada vez gastamos más en garantizar nuestro potencial futuro de trabajadores, pero cuando llega el momento de poner manos a la obra nos topamos con que las posibilidades de materializar nuestra «inversión» son nulas.

En realidad, la sugerencia de Gorz de que la automatización estaba destruyendo a la clase obrera resuena hoy porque el momento en que él escribió está íntimamente conectado con el presente: los trabajadores más viejos, al igual que las amplias masas de jubilados, experimentaron en carne propia la desindustrialización de la que él hablaba y su legado cultural sigue gravitando sobre nuestras sociedades. En algunos casos, sigue fresco en la memoria el historial de los partidos que no defendieron a esos trabajadores cuando debieron hacerlo.

Luego de que los partidos de izquierda se apartaron de la clase trabajadora, argumentando en muchos casos que se trataba de una cuestión obsoleta, los partidos de la derecha interpelaron a esos mismos sectores para convencerlos de que eran importantes en su calidad de «ciudadanos» o de pequeños propietarios.

Hoy, alguien que empezó a trabajar en los años 1970 y está cerca de jubilarse, solo llegó a vivir el último coletazo de la poderosa militancia obrera del pasado. Sus condiciones laborales lo dejan con una salud frágil y altas probabilidades de morir prematuramente. El fin de sus años de actividad no conlleva ningún tipo de alivio y, en muchos casos, solo trae una larga serie de enfermedades vinculadas con el estrés y distintas formas de drogadicción.

Una humillación tan profunda solo sirve para romper los lazos de solidaridad, incluso —y tal vez especialmente— entre quienes lograron evitar las peores consecuencias a nivel personal. Esto permite que otras fuerzas reúnan a los elementos fragmentados de la

clase obrera, o bien manipulen su participación electoral para lograr que los intereses de una clase minoritaria lleguen al poder con apenas un cuarto o un tercio del voto popular total. Es una conquista considerable, aunque los resultados son más bien volátiles.

Esto nos conduce a uno de los puntos más débiles del enfoque de Gorz y de los análisis que retoman su lectura, como *Postcapitalismo: hacia un nuevo futuro*, de Paul Mason, y *El precariado. Una nueva clase social*, de Guy Standing. Cuando proclama el desarrollo de nuevos sujetos, cada una de estas obras tiende a naturalizar y uniformizar lo que hubo antes, como si la vieja clase obrera y sus expectativas hubieran surgido unilateralmente de los procesos industriales y hubieran desaparecido con su destrucción. Por este motivo, su concepción estática de la clase trabajadora «protegida» del período posfordista, beneficiaria del pleno empleo y de los altos salarios, no solo sirve como un espejo sobre el que pretenden proyectar el futuro, sino que reemplaza la historia real de la organización obrera por su interés exclusivo en el impulso tecnológico como factor de cambio social. En su apuro por dejar atrás las derrotas de las últimas décadas, pasan por alto la realidad histórica del trabajo que antecedió a la era fordista y la acción política que permitió que los trabajadores la superaran.

Estas perspectivas pierden de vista la existencia de instituciones orgánicas que moldearon la vida y la concepción del mundo de los trabajadores a distancia y en oposición a las de la sociedad burguesa. Entre otras, deben mencionarse los partidos, los sindicatos, los centros de educación y las cooperativas de consumidores: toda la plataforma sobre la que los trabajadores fueron capaces de acumular ese poder social que el capitalismo industrial les negaba. Este proceso, que comenzó a fines del siglo diecinueve, fue concomitante a la construcción de las organizaciones que definieron la asistencia social de la etapa fordista. De hecho, algunos de los sectores industriales más icónicos, como los de estibadores y mineros, eran infames por sus contrataciones de un día y por fomentar la contienda entre los trabajadores desesperados por conseguir un turno.

El orgullo de clase y los valores solidarios, que llevaban a los obreros a hacer huelgas por sus compañeros

en vez de matarse por el salario de un día, fueron el resultado de largas décadas de organización. El retrato de Gorz de una clase obrera que rechaza la «ética» del trabajo es demasiado optimista. Como observó Richard Hyman en una reseña de *Adiós al proletariado*, los desempleados están lejos de orientarse espontáneamente hacia el rechazo de las jerarquías y de la autoridad. En cambio, la mejor forma de contribuir a la resistencia frente a los patrones y al fortalecimiento de la solidaridad, son las plataformas que conceden derechos y garantías laborales.

La creencia posmarxista de que un futuro automatizado y tecnológicamente avanzado producirá una «subjetividad interconectada» igualitaria, se funda en la ilusión de que el movimiento socialista histórico brotó del repollo de la explotación fabril. Como mucho, la industria moderna fue un terreno potencial para la movilización, pero aun frente a la injusticia y a la desigualdad, el sentimiento de clase surgió de una construcción activa, capaz de unir a los peones rurales, los sastres, el personal de servicio doméstico y los electricistas. El hecho de que los trabajadores no estuvieran en las mismas condiciones —divididos en función de la industria, la calificación y la competencia— planteaba dificultades reales para la organización, y muchos de los debates del movimiento obrero histórico giraron en torno a las formas de superar esa fragmentación sectorial.

Hoy la derecha se deleita con la autoinmolación de los partidos que alguna vez buscaron unir a los trabajadores dejando de lado todas las diferencias. Además de reformular el trabajo y las carreras en función del mérito personal, la derecha está movilizando algunos elementos de la retórica tradicional del movimiento obrero. Hoy la reivindicación de un «Salario justo por una jornada laboral justa» —que alguna vez representó un desafío ético a la explotación— es retomada como una forma de ensalzar el «esfuerzo» como un valor en sí mismo. De esta manera, se despoja a la identidad de las «familias trabajadoras» de la solidaridad, cada vez más escasa en términos prácticos y reformulada en el lenguaje del espíritu empresarial y la autosuficiencia. La división política generacional del presente refleja distintas variantes de esa respuesta individualista frente a la derrota de la clase, sea bajo la confianza en los



activos financieros, sea bajo la intención de obtener un beneficio del gasto en educación.

En este último caso, la decepción contribuyó al impulso político que definió la última década y está vinculada más explícitamente a la crisis de 2008 que a la larga desindustrialización de las economías de Occidente. Hoy, esos estratos que acceden a la educación pero aun así viven una espiral descendente en términos de la escala social, están mucho más presentes entre los activistas de izquierda que aquellos sectores que son veinte o cuarenta años más viejos.

Hasta aquí nos referimos únicamente a experiencias del primer mundo, pero está claro que las realidades electorales de esos corazones históricos de la socialdemocracia que fueron Alemania y Gran Bretaña, difícilmente pueden

tomarse como índices exhaustivos del desarrollo de la política de clases en todo el mundo. Esto es especialmente

evidente cuando se consideran los ejemplos de América Latina incluidos en *Political Cleavages and Social Inequalities*, ese «estudio de cincuenta democracias desde 1948 hasta 2020», que contiene datos sobre una pequeña parte de la región. Solo dos de sus diecinueve capítulos están dedicados al continente, y uno de ellos pretende abarcar experiencias tan distintas como las de Argentina, Chile, Costa Rica, Colombia, México y Perú.

Además de los ejemplos que ilustran la tesis principal del libro, a saber, la importancia creciente de las cualificaciones educativas en la definición de las preferencias políticas —notable sobre todo en la base social de clase media y en el desarrollo derechista del PLN de Costa Rica—, el enfoque de los autores también apunta a ciertas reconfiguraciones paralelas del mapa político, irreductibles a los ingresos, considerados, por cierto, como un (vulgar) sustituto de la pertenencia de clase. Se destaca el fortalecimiento de las divisiones entre el mundo rural y el mundo urbano, evidenciadas en el apoyo de los sectores campesinos de México a Morena y en la victoria reciente de

Pedro Castillo en Perú. En esos casos, se verificaron repentinas conquistas políticas, aun cuando los niveles de sindicalización y de movilización obrera eran relativamente bajos en términos históricos.

Otros ejemplos del continente apuntan a la posibilidad de invertir la tendencia resaltada por Piketty, especialmente el de América del Sur, que muestra que los partidos socialistas son capaces de reconstruir sus bases sociales alrededor de un discurso clasista y que apunta a la redistribución social, además de integrar las reivindicaciones de las minorías raciales oprimidas. El caso más ilustrativo es el origen del PT de Brasil, que muestra que la construcción de partidos obreros capaces de alumbrar los intereses colectivos de la clase, más allá de la atomización que fomenta la vida cotidiana bajo el capitalismo, sigue siendo una tarea central.

### **La construcción de una alternativa común no resultará automáticamente de ningún proceso general de proletarización.**

En cualquier caso, lo que está claro es que la construcción de una alternativa común no resultará

automáticamente de ningún proceso general de proletarización. En cambio, nos plantea la tarea de organizar partidos capaces de conectar las adversidades materiales que enfrentan las personas en sus vidas cotidianas con una perspectiva realista de acción política capaz de transformarlas. Afirmar que la experiencia de la clase obrera es plural y que está afectada por múltiples factores, o insistir en que debemos dejar de brindar «soluciones analógicas para una época digital», no son verdaderas respuestas al único problema real: ¿cómo movilizar una mayoría social para tomar el poder?

La organización en los lugares de trabajo sigue siendo un aspecto fundamental a la hora de fomentar la solidaridad social. Pero también necesitamos reivindicaciones capaces de movilizar a aquellos que están luchando para sindicalizarse, sea porque tienen tres trabajos, sea porque no encuentran ni siquiera uno. En fin, el camino más certero hacia una sociedad donde trabajemos menos pasa por la clase trabajadora y por la reconstrucción de partidos capaces de hacer que sienta su propio poder. ●

# UN CÍRCULO VICIOSO QUE NO SE AGUANTA MÁS

El hogar ocupa un lugar central  
en el capitalismo pero,  
a diferencia del trabajo,  
sigue siendo un sitio en el que  
la desigualdad de género  
galopa sin estribos.



La pandemia nos recordó muchas cosas, tal vez ninguna con tanta agudeza como la importancia que tiene —no solo para nuestra vida cotidiana, sino para el capitalismo— todo lo que sucede en nuestros hogares. No está de más recordar que la etimología de la palabra «economía» nos remonta al griego antiguo: el término *oikonomía*, formado por la combinación de *oikos* (hogar) y *nómos* («ley»), significa «administración doméstica». Pero los socialistas suelen pensar que la economía es algo que sucede exclusivamente en los lugares de trabajo, donde los obreros se empeñan en producir valor para los capitalistas y se organizan con el fin de recuperar una parte de ese valor bajo la forma de salarios. El hogar, en cambio, es concebido como un lugar de descanso y ocio, un refugio en el que los trabajadores pueden relajarse y recuperarse del desgaste que produce aquel ambiente hostil.

Sin embargo, como dicen hace más de un siglo las feministas, el tiempo «libre» del hogar suele ser todo menos «libre». Sucede en general que dicho tiempo se consume en actividades necesarias —y muchas veces penosas— cuyo fin es sostener a los trabajadores y a sus familias, cuidar a las personas que dependen de otros, limpiar la casa, lavar la ropa, hacer las compras, cocinar —en fin—, mantener y mejorar el hogar.

El hogar es también, al menos en las sociedades capitalistas, el lugar donde se efectúa la mayor parte del consumo y se realiza el valor del trabajo. Además, se trate de instrumentos financieros (como las hipotecas y los seguros), de servicios (como internet, las plataformas de video, la electricidad o el agua) o del mero uso de la propiedad, el hogar es un sitio donde se pagan cuentas y del que se extrae una renta.

En síntesis, lejos de representar una línea de fuga, el hogar ocupa el centro del capitalismo. Pero sucede que, a diferencia del trabajo, donde después de legislar medio siglo a favor de la igualdad de oportunidades, se establecieron ciertos límites —sin duda insuficientes— al trato diferencial de hombres y mujeres, el hogar sigue siendo un sitio en el que la desigualdad de género galopa sin estribos.

Por eso es dado afirmar que la pandemia solo exacerbó y arrojó un poco más luz sobre una tendencia previa, materializada en la enorme crisis de reproducción so-

cial que arrastramos hace años y que alcanzó su punto más álgido luego de la crisis financiera de 2008. La dinámica que subyace a esta crisis es como un resorte infinito que acumula la tensión vital generada por la escasez de tiempo y la escasez de dinero.

## Del salario familiar a la familia con dos ingresos

Para comprender la magnitud de esta crisis, es necesario retrotraerse a mediados del siglo veinte, cuando el acuerdo de posguerra entre el capital y el trabajo introdujo un nuevo conjunto de derechos laborales y los regímenes de bienestar, emergentes o completamente desarrollados, parecían estar solucionando muchos de los problemas de la Gran Depresión.

Para la mayor parte de los hogares obreros de la economía formal (mayoría en el Norte Global y minoría significativa en una buena parte del Sur Global), este acuerdo implicó niveles de seguridad sin precedentes y alejó el fantasma de la pobreza provocada por la edad, el desempleo o la mala salud. Sin embargo, el acuerdo se alzaba sobre un compromiso social que finalmente resultó ser insostenible en el largo plazo, tanto para los individuos como para el capitalismo en general.

Su premisa era dividir el mundo laboral en función del género: los hombres salían a trabajar por un «salario familiar» suficiente para mantener a una esposa y ama de casa que, a cambio, criaba a los niños, cuidaba a los enfermos y se ocupaba de las tareas domésticas. Con todo, este modelo nunca fue universal. En muchos países, la mayor parte de la fuerza de trabajo transitaba los circuitos del empleo informal. Aun en las economías desarrolladas, los trabajadores sin calificaciones, casuales o temporarios, sobre todo inmigrantes, tenían ingresos que eran demasiado bajos o inestables como para permitirles vivir según aquel modelo y muchos hogares no encajaban en el estereotipo de la familia nuclear.

En los años 1960, las múltiples contradicciones surgidas de la situación anterior llevaron a una nueva ola de reivindicaciones feministas, que incluían igualdad en los lugares de trabajo, independencia financiera, servicios de guardería y refugios seguros para las víctimas de violencia doméstica.

En cierto sentido, la reivindicación del trabajo asalariado de las mujeres se adecuaba al desarrollo del capitalismo de la época. Con el crecimiento del consumo y de los servicios estatales durante la posguerra, incrementó también la demanda de trabajo en rubros como la educación, la enfermería, los bancos y los comercios, al igual que en las áreas específicas de ensamblado y empaquetado de ciertas industrias fabriles, como la electrónica y la indumentaria. Las mujeres eran la fuerza de trabajo ideal para estas actividades: barata y, llegado el caso, prescindible.

En los años 1980, cuando las políticas neoliberales empezaron a surtir efecto, ya era normal que, en un hogar de dos adultos, ambos tuviesen ingresos, y el salario masculino muchas veces estaba por debajo del nivel necesario para mantener a toda una familia. A medida que el salario familiar y las amas de casa se volvían cada vez más raros, el progreso de las mujeres empezó a medirse en función de sus logros laborales.

Los recortes del gasto público, que ocasionaron el cierre de las guarderías, redujeron el valor de los planes sociales y restaron apoyo a las tareas de cuidado, terminaron opacando otras reivindicaciones feministas. Con todo, se pensaba que las mujeres estaban avanzando a paso firme hacia la igualdad, pues aparentemente estaban logrando «cerrar la brecha salarial» y ocupar cada vez más puestos de gestión.

El aumento del ingreso de las mujeres fue uno de los muchos factores que ayudó a disimular la reducción del valor del salario de los hombres, tendencia que cobró fuerza luego de 1990, cuando, tras la caída de la Unión Soviética, el mundo entero se convirtió en una fuente de mano de obra barata. La baratura de las mercancías manufacturadas en China también colaboró en la expansión del modelo familiar de dos ingresos.

Luego vino el crédito. En los albores del nuevo milenio, la tarjeta de crédito se convirtió en una solución para muchas familias que no llegaban a fin de mes. Por si fuera poco, en algunos países, los créditos hipotecarios cautivaron a muchos trabajadores, ensanchando todavía más una burbuja de crédito que terminó siendo insostenible. La deuda no solo fue una de las causas de la crisis de 2008, sino que, al

provocar el cese repentino de los créditos, fue uno de los factores que más contribuyó al malestar de las familias luego de la crisis.

Los ingresos cayeron todavía más, se terminaron los créditos fáciles, el precio de los bienes de consumo aumentó y las prestaciones sociales perdieron valor. Las medidas de austeridad implicaron un recorte del gasto público que había servido hasta entonces para aliviar la carga de los trabajos de cuidado. Para colmo, todo esto sucedió en un

momento en que la población estaba envejeciendo y la necesidad de dichos servicios tocaba un pico histórico.



## Bailar al ritmo del ajuste

En síntesis, la demanda creciente de tiempo y la caída de los salarios empezaron a ejercer cada vez más presión sobre las familias, principalmente en el caso de las mujeres, que son quienes suelen realizar el trabajo doméstico no remunerado. La relación entre las horas de trabajo que hombres y mujeres dedican a las tareas del hogar varía según los casos. Es de 10:25 en Pakistán y de 6:22 en Turquía, pero la ratio se mantiene en 1,49 incluso en la igualitaria Suecia, en 1,61 en Estados Unidos y en 1,85 en Gran Bretaña. Por lo tanto, aun en los mejores escenarios, las mujeres todavía realizan una cantidad considerablemente mayor de trabajo doméstico que los hombres.

Durante el neoliberalismo solía pensarse que la divi-



sión del trabajo doméstico entre hombres y mujeres era una reliquia del pasado. En efecto, los titulares de los diarios de la época repetían que la brecha del trabajo doméstico estaba cerrándose. Por ejemplo, en Estados Unidos, la brecha de género que marca el tiempo dedicado a las tareas del hogar, expresada en minutos por semana, se redujo de 195 minutos en 1965 a 65 minutos en 2010. Sin embargo, la causa no está en que los hombres hayan empezado a realizar más tareas domésticas no remuneradas (el promedio masculino creció solo 24 minutos durante el período), sino en el hecho de que las mujeres empezaron a hacer cada vez menos: en promedio, restaron 105 minutos de dedicación al hogar. Esto es así porque empezaron a trabajar más tiempo fuera del hogar y el día no tiene tantas horas.

Pero entonces, ¿cómo respondieron a la escasez de tiempo? Al parecer, en términos prácticos, buscaron estrategias para ganar más dinero y dedicar menos tiempo a las tareas domésticas, metas que tiran hacia extremos opuestos y no hacen más que aumentar la tensión.

Dado que trabajar más implica tener todavía menos tiempo para las tareas domésticas, la desesperación lleva con frecuencia a recurrir al mercado para comprar servicios que sustituyan ese tiempo no remunerado. Un indicador de este proceso es el incremento del número de empleadas domésticas, que según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) pasó de 32,2 millones en 1995 a 52,5 millones en 2010 y 67,1 millones en 2015. Una proporción considerable son trabajadoras migrantes (17,2% en promedio, con picos de 50% en casos como el de Argentina).

De acuerdo con la OIT, en América Latina y el Caribe, el trabajo doméstico representaba, en 2013, «más de 7,5% del trabajo total y 11,9% del trabajo asalariado», proporción que no tiene parangón en otras regiones.

El sector emplea a alrededor de 18 millones de mujeres en toda América Latina y el Caribe, número equivalente a la población total de mujeres en edad laboral de Guatemala, Ecuador y Perú. En Brasil, entre 1995 y 2009, el número de personas que se desempeña laboralmente en las tareas domésticas pasó de 5,1 a 7,2 millones y la gran mayoría (el 93%) son mujeres.

Otro signo de que las familias recurren cada vez más al mercado como sustituto del trabajo doméstico es el rápido incremento de las ventas de comidas preparadas: según Euromonitor, entre 2006 y 2011 crecieron un 27%. Cuando se les pregunta a los encuestados por qué compran comida hecha, la respuesta más común (45%) es «No tengo tiempo para cocinar».

La consultora Grand View Research espera que el mercado global de comidas preparadas, valuado en 159 000 millones de dólares en 2009, crezca un 5,5% por año hasta alcanzar los 244 000 millones de dólares en 2027.

Se estima que en América Latina, solo entre 2019 y 2020, el mercado de reparto de comidas por medio de plataformas digitales creció más del 30% y alcanzó valores cercanos

a los 6800 millones de dólares. Por lo tanto, existe un vínculo estrecho entre la escasez de tiempo en los hogares, intensificada luego de la crisis de 2018, y el crecimiento espectacular de la denominada «economía de plataformas».

Los nombres de Uber, iFood y PedidosYa se volvieron tan comunes que nos cuesta pensar que, como sus equivalentes europeos y estadounidenses, son empresas fundadas recién en 2009, es decir, después de la crisis financiera mundial. Su crecimiento durante la última década fue increíble y transformó el mercado de trabajo y la forma en que gestionamos nuestra vida doméstica.

Con compañeros de la Universidad de Hertfordshire

**Dado que trabajar más implica tener todavía menos tiempo para las tareas domésticas, la desesperación lleva con frecuencia a recurrir al mercado para comprar servicios que sustituyan ese tiempo no remunerado.**

realizamos una investigación sobre la expansión de estas plataformas en el Reino Unido y los resultados parecen ser válidos en el extranjero. Ahora bien, podría pensarse que los trabajadores precarios, empleados en la economía de plataformas, son parte de una nueva subclase que sirve a las necesidades de una clientela próspera. Pero nuestros resultados muestran que la gran mayoría de los trabajadores de plataformas son también clientes de las empresas de plataformas. En otras palabras, estamos frente a un intercambio de servicios que toma lugar al interior de la misma población trabajadora. Las plataformas digitales se afianzaron en nuestra vida cotidiana como un medio que, a la vez, pesa sobre nuestros ingresos y satisface nuestras necesidades domésticas.

En la desesperación por conseguir más dinero, trabajamos cada vez más, pero luego nos topamos con que no tenemos tiempo para cocinar, mantener nuestros hogares ni cuidar a nuestras familias. Exhaustos, recurrimos entonces a las plataformas de comida preparada y a los servicios domésticos o de cuidado. Se plantea así una espiral decreciente donde la escasez de dinero persigue a la escasez de tiempo, pero los extremos nunca se encuentran y el capitalismo se beneficia de una punta a la otra.

### Entonces, ¿quién limpia la casa?

Este círculo vicioso tiene importantes consecuencias, especialmente en el caso de dos colectivos sociales: las feministas y el movimiento obrero. Ni las estrategias feministas tradicionales para liberar a las mujeres del trabajo doméstico no remunerado, ni las estrategias del movimiento obrero para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores precarizados

lograron romper el ciclo que plantea la doble explotación del salario y del tiempo.

Empecemos con las estrategias feministas. A lo largo de la historia, la pregunta «¿Qué deberíamos hacer con el trabajo doméstico?», recibió al menos tres respuestas: socializarlo, automatizarlo o remunerarlo.

A principios del siglo veinte, cuando las feministas de la «primera ola», como Aleksandra Kolontái y Clara Zetkin, abordaron el problema, reconocieron que la necesidad de realizar tareas domésticas no remuneradas impedía que las mujeres entraran en el mercado de trabajo en las mismas condiciones que los hombres. Argumentaron que el capitalismo había terminado con las formas de producción que se desarrollaban en el hogar y las había transferido a la fábrica. El trabajo doméstico, entonces, no era más que un trabajo improductivo, que no generaba valor para la economía. Estas feministas pensaban que el comunismo sería capaz de liberar a las mujeres de la carga de ese trabajo mediante su

colectivización, que tomaría la forma de restaurantes, lavanderías, «centros de costura» y servicios de guardería estatales.

A comienzos y mediados del siglo veinte, ese pensamiento condujo efectivamente a introducir nuevos servicios públicos, tanto en los regímenes comunistas (por ejemplo, la Unión Soviética, China, Vietnam y Cuba) como, hasta cierto punto, en las socialdemocracias capitalistas de algunos países de Europa occidental y de otras regiones. En los años 1960, las feministas de la «segunda ola» plantearon reivindicaciones similares. Sin embargo, desde los años 1970 en adelante, las presiones políticas y





financieras, en vez de desarrollar nuevos servicios públicos, llevaron a la reducción o la privatización de los existentes. Entonces, el feminismo concentró su fuerza en las campañas contra los ajustes presupuestarios y el vaciamiento de los servicios. Apuntaban sobre todo a mantenerlos en el sector público y prácticamente no había espacio para exigir nuevos servicios que aliviaran la carga del trabajo doméstico y del de cuidados.

Al mismo tiempo, los progresos de la medicina y de la técnica en general, y el desarrollo de nuevos modelos de negocio capitalistas, hicieron que el mercado fuera capaz de suplir muchos de estos servicios. Mientras las feministas se movilizaban por mejorar los hospitales psiquiátricos, el mercado capitalista repartía drogas psicotrópicas, y mientras ellas luchaban por mantener las lavanderías abiertas, los lavarropas eran cada vez más baratos.

Por lo tanto, debe decirse que la reivindicación que apuntaba a socializar el trabajo doméstico tuvo un éxito limitado.

Tampoco la automatización del trabajo doméstico logró liberarnos de las tareas hogareñas. Es cierto que algunos productos, como las aspiradoras y los lavavajillas, hicieron que las tareas del hogar sean mucho más fáciles y placenteras que en el pasado, pero aun así deben ser reparados y alguien debe operarlos. Lleva tiempo y esfuerzo elegir, comprar y arreglar un electrodoméstico y, en cualquier caso, hay que pagar por él, de modo que el vínculo entre los compradores y el capitalismo se estrecha y plantea la necesidad de ganar más dinero. Sin considerar las visiones utópicas, la idea de un robot multifuncional encargado de las tareas domésticas sigue siendo elusiva. Para los capitalistas, es mucho más rentable vendernos una multitud de aparatos individuales, que rápidamente quedan obsoletos y no hacen más que agigantar la montaña de desechos plásticos y electrónicos.

El tercer enfoque, elaborado en los años 1960 por feministas autonomistas como Silvia Federici, Leopoldina Fortunati, Mariarosa Dalla Costa y Selma James, plantea que las actividades domésticas deben ser remuneradas. Quedó plasmado en la reivindicación «Salario para el trabajo doméstico» que, desde entonces, resurgió muchas veces bajo la forma de un ingreso básico para todos los ciudadanos. De hecho, en algunos países existen versiones diluidas de esta política, que toman cuerpo en planes sociales dirigidos a las familias que tienen a su cargo hijos, ancianos o personas discapacitadas. Sin embargo, aun en los casos en que estas prestaciones son generosas, no dejan de plantear serios problemas.



El más obvio es: ¿Quién paga los planes sociales? Si se trata simplemente de mecanismos de redistribución del ingreso entre los pobres, que implican más impuestos para los ricos, ¿no podrían convertirse en una forma de consolidar la desigualdad existente? ¿No socavan el rol tradicional de la negociación colectiva a la hora de forzar a los patrones a que paguen a los trabajadores una porción mayor de sus ganancias? En segundo lugar, ¿quién puede cobrarlos? Por ejemplo, si benefician únicamente a ciudadanos con nacionalidad, ¿no se corre el riesgo de excluir a los trabajadores migrantes y de convertirlos en una subclase explotable que carece de todo derecho? Y, en tercer lugar, al otorgar dinero en efectivo directamente a las familias, ¿no existe la posibilidad de que el gasto refuerce el mercado privado y socave el principio de brindar servicios públicos colectivos en función de las necesidades?

Por lo tanto, debemos concluir que la política de remuneración del trabajo doméstico también es inadecuada en múltiples aspectos. Podría debilitar los servicios públicos existentes (y los salarios y condiciones de sus trabajadores), sin que esto conlleve necesariamente una redistribución real de la riqueza,

ni la provisión de mecanismos para responder a las variaciones de las necesidades de la población.

Ahora bien, ¿qué sucede en el caso de las reivindicaciones del movimiento obrero tradicional? A lo largo de la historia, tendieron a centrarse en el mercado de trabajo formal y en sus salarios y condiciones laborales. Por supuesto, también plantearon temas más amplios, vinculados con el bienestar de los trabajadores (las reivindicaciones de vacaciones pagas, licencias de maternidad y paternidad, cobertura de salud y jubilaciones son buenos ejemplos). Y en algunos países, al menos durante ciertos períodos, los sindicatos se unieron a los partidos políticos para plantear reivindicaciones que afectaban al conjunto de la población, como la atención sanitaria universal, las jubilaciones y los planes sociales.

Con frecuencia, los sindicatos representaron solo los intereses de sus miembros —confinados a grupos ocupacionales, sectores o empresas particulares—, lo que contribuyó a la generación de aristocracias obreras relativamente privilegiadas. Sin embargo, frente a los cambios tecnológicos y económicos, siempre que emergieron nuevos grupos de trabajadores informales (por ejemplo, en la manufactura, en las industrias extractivas, en las áreas logísticas y en la agricultura industrial), se desarrollaron nuevas formas de organización y representación, y también nuevos sindicatos. Es lo que está sucediendo entre los trabajadores de plataformas de algunos países.

Pero es importante recordar que, en general, estas nuevas formas de organización tienden a crecer cuando los trabajadores tienen la oportunidad de encontrarse en persona en sus lugares de trabajo. La tradición muestra que los mineros, los portuarios y los trabajadores fabriles primero se encontraban, luego trabajaban codo a codo y se conocían, y recién entonces formaban organizaciones colectivas capaces de negociar sus condiciones laborales. Es probable que en el futuro suceda lo mismo con los conductores de Uber y con los repartidores de PedidosYa, que se conocen y se encuentran en las calles.

Pero, ¿qué sucede con aquellos que trabajan aislados en sus propios hogares o en los de sus clientes? Es notable que, a pesar de implicar a tantas mujeres, la historia nos brinde tan pocos ejemplos de éxito organizativo en el caso de las empleadas domésticas. En efecto, no solo sucede que las empleadas domésticas tienden a no ser representadas por los sindicatos, sino que muchas veces son directamente excluidas de la legislación laboral que protege a otros trabajadores. En fin, el movimiento obrero nunca logró brindarles una protección adecuada.

En síntesis, debemos concluir que hoy también carecemos de la capacidad para romper el círculo vicioso en el que están atrapadas las familias obreras: la crisis de reproducción social cobra cada vez más fuerza en todo el mundo.

### **Nuestra reproducción social no es una cuestión privada de supervivencia individual: representa el latido mismo del corazón capitalista.**

Por lo tanto, necesitamos un nuevo enfoque que reconozca que la «vida laboral» y la «vida familiar» no son dos esferas separadas que requieren políticas distintas, sino que, por el contrario, representan un único problema, por más contradictorio,

multifacético y cambiante que sea. Nuestra reproducción social no es una cuestión privada de supervivencia individual: representa el latido mismo del corazón capitalista, succiona nuestro trabajo y expulsa los productos de ese trabajo en un proceso dinámico que requiere un crecimiento permanente. Para garantizar ese crecimiento, los trabajadores deben invertir cada vez más tiempo y energía en el trabajo remunerado, de modo tal que tienen cada vez menos tiempo y energía para ocuparse de su propia supervivencia y terminan alimentando la demanda de comodidades y confort.

Romper ese círculo implica actuar en todos los frentes. Por más inspiradoras que sean las reivindicaciones obreras y feministas, se trate del salario mínimo o de los planes sociales por maternidad, de la semana laboral de 40 horas o de los servicios de guardería, ninguna en particular, tomada de forma aislada, es suficiente para contrarrestar la situación actual. Necesitamos unidad, puentes que logren conectar las divisiones tradicionales para discutir las mejores formas de trabajar en conjunto y para dar paso a un nuevo ciclo de conquistas obreras en el siglo XXI.●

# Las armas de la crítica

---

ATACAR EL PROBLEMA DE RAÍZ

# ¿Por qué China no sufrió un colapso al estilo soviético?

## ¿Qué consecuencias tuvieron tres décadas de reformas de mercado sobre la clase obrera más grande del mundo?

La historia económica más sorprendente del último medio siglo es la del ascenso de China. El desarrollo dirigido por el Estado desencadenó una expansión económica sin precedentes en la historia moderna. Pero el crecimiento, a todas luces extraordinario, está lejos de representar un triunfo del libre mercado. Isabella Weber, economista de la Universidad de Massachusetts Amherst, ofrece una lectura fascinante de las reformas económicas y los debates de China de los últimos cincuenta años. Demuestra que, al elegir una vía alternativa a la «terapia de choque» que terminó hundiendo al bloque soviético de los años 1990, China evitó el deterioro de las capacidades estatales que, entre otras cosas, hizo que el COVID-19 sea un desastre en Occidente. Combinando una cuantiosa investigación histórica y un enfoque económico original, la lectura de Weber nos brinda una comprensión preciosa del singular camino que siguió el Partido Comunista de China y sus consecuencias para la clase obrera más grande del mundo.

**DANIEL ZAMORA** | ¿Cómo llegaste a estudiar la historia económica de China?

**ISABELLA WEBER** | Me crie en Alemania del Este en los años 1990. La historia del socialismo que se

narraba entonces era un estereotipo del fracaso: era el relato de viajeros que debían cruzar la militarizada zona Este para traer café y jeans de marca. La sensación general era de triunfalismo: había llegado el fin de la historia. Sin embargo, la historia comienza con mi visita a un estudiante de la Universidad de Pekín. Ansiosa por aprender sobre la economía de China, empecé a tomar clases en la Escuela de Administración de Guanghua, una de las casas de estudio más prestigiosas de China, y descubrí con sorpresa que estudiaban los mismos textos estadounidenses con los que me había formado en Berlín.

Era un misterio: China tenía un sistema económico claramente distinto al de Alemania o al de Estados Unidos, pero estudiaba el mismo tipo de economía. Luego de volver a Berlín, empecé a trabajar en una fundación, específicamente en un sector vinculado con el gigante oriental. Nuestros colegas chinos estaban muy interesados en el colapso del socialismo de Estado en Alemania del Este. En una ocasión, ayudé a organizar una reunión entre Hans Modrow, último presidente del Consejo de Ministros de la República Democrática Alemana, y una delegación de funcionarios chinos de alto rango. Antes del evento, yo ni siquiera sabía quién era Hans Modrow. El período



durante el que estuvo en funciones fue muy breve. Por primera vez, en ese salón, junto al olvidado dirigente alemán y la delegación china, me formulé la pregunta: ¿Por qué la historia había sido tan distinta en ambos países? Entonces empecé a investigar el fundamento teórico de las reformas económicas de China, implementadas durante «los largos años ochenta», etiqueta que remite al período decisivo de 1978-1992. ¿Por qué China había logrado escapar a la terapia de choque y qué rol jugó la economía en la vía alternativa por la que optó?

**DZ | Tendemos a olvidar la brutalidad que definió la transición del socialismo al capitalismo en el antiguo bloque soviético. Al final, tu investigación sugiere que es ahí donde deben buscarse los motivos de la clara divergencia económica que separó a China de Rusia durante el mismo período.**

IW | Es sorprendente que, tanto en el contexto de la crisis de 2008 como en la nueva crisis abierta por el COVID-19, suele optarse casi exclusivamente por los años 1930 como punto de referencia histórico. Pero, de hecho, la «recesión transicional» de Rusia fue más profunda y mucho más prolongada que la Gran Depresión. Durante ese período, no solo cayó más de un tercio la producción total, sino que la producción industrial llegó a representar, en 1995, niveles cercanos a la mitad de los de 1987. Probablemente haya sido la desindustrialización más drástica de la época poscolonial. Rusia nunca recuperó su posición de superpotencia industrial. Los salarios reales cayeron más del 50% frente a los valores previos a la terapia de choque. La expectativa de vida de los hombres se redujo siete años: es la caída más grande que cualquier país industrializado haya experimentado en tiempos de paz.

Un estudio de *The Lancet* probó que las consecuencias de la crisis, es decir, la pobreza y el desempleo, causaron millones de muertes durante el período. Los oligarcas rifaron los recursos públicos, y las adicciones, el VIH, el alcoholismo, la desnutrición infantil y el crimen alcanzaron límites hasta entonces desconocidos. En 2015, en términos de ingresos, el 99% de la población rusa todavía estaba peor que en 1991.

Así surgió toda una «generación perdida» de jóvenes

y se sentaron las bases del gobierno de Vladimir Putin. Por supuesto, no está claro que la «cura china» hubiese funcionado en Rusia, pero es difícil imaginar que una terapia de choque al estilo ruso hubiese generado en China padecimientos de menor magnitud que los de la ex-URSS. Debemos recordar que, a fines de los años 1980, China era todavía un país muy pobre. En 1990, después de más de diez años de reformas, los ingresos reales por adulto en Rusia todavía triplicaban los de China. Un colapso económico mucho menos drástico que el de Rusia en los años 1990 hubiese representado probablemente una catástrofe de proporciones inmensas. Con el diario del lunes, podemos decir que los años 1980 fueron el escenario de una encrucijada fundamental en la historia económica mundial: el punto de inflexión que marcó, tanto la divergencia entre la caída de Rusia y el ascenso de China, como el comienzo de la convergencia china con las economías occidentales.

**DZ | ¿Qué expectativas tenían quienes defendían la terapia de choque?**

IW | La idea de la terapia de choque se basa en la lógica de que el sufrimiento de corto plazo es inevitable. La analogía que solía invocarse era la de la cirugía: en una primera etapa, el paciente debe sufrir para sentar las bases de su recuperación posterior. Pero resulta que, a diferencia de una cirugía, realizada en general por un médico habilidoso, en el caso de la terapia de choque económica no se logró contener tan fácilmente el sufrimiento.

Transformar un sistema económico entero no es como extirpar un tumor. En un primer momento era clave alimentar un «big bang» definido por la liberalización de los precios. Se suponía que dejar que todos los precios flotaran libremente de la noche a la mañana crearía un sistema de precios racional, elemento fundamental de la perspectiva neoclásica del mercado. También se suponía que la austeridad macroeconómica —restricción monetaria y recorte presupuestario— evitaría que la espiral de precios liberalizados se saliera de control. Así las cosas con la teoría. Pero lo cierto es que, en 1991, el «big bang» de Boris Yeltsin produjo una hiperinflación permanente. Cuando el valor del dinero se desploma, no hay manera de tener un mercado racional. El pánico

# Es difícil imaginar que la terapia de choque hubiese generado en China menos padecimientos que en Rusia.

y la mera necesidad toman el control y se pierde cualquier posibilidad de optimizar las utilidades. De esta manera, Rusia se quedó sin mercado funcional y sin planificación y, en muchos casos, la población tuvo que recurrir al trueque.

**DZ | Tu argumento parece suponer que la determinación de los precios era el objetivo principal de la terapia de choque. Es interesante notar que los programas de ajuste estructurales aplicados en los países en vías de desarrollo a fines de los años 1980, tuvieron un efecto similar y también apuntaban al control de precios. ¿Por qué la política de precios es tan importante para los neoliberales?**

**IW |** La terapia de choque no fue una política de transición aplicada exclusivamente al socialismo de Estado, sino un paradigma político mucho más amplio, implementado célebremente por Augusto Pinochet en Chile, impuesto por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y utilizado como método de ajuste estructural en muchos países en vías de desarrollo. Para el pensamiento neoliberal, los precios libres son el Santo Grial del mercado. Aunque se supone que la propiedad privada es una condición necesaria para que el mercado funcione, el mercado en sí mismo es concebido en realidad como el libre movimiento de los precios, que contiene toda la información necesaria para coordinar las acciones de los individuos, conectados exclusivamente a través del sistema de precios

libres. Este es el motivo intelectual más profundo que tenían los partidarios del choque para pensar que se necesitaba un «big bang» inicial que liberara todos los precios.

Friedrich Hayek y Ludwig von Mises, por ejemplo, fueron muy explícitos cuando atacaron el sostenimiento de los controles de precios surgidos de la economía de guerra de los años 1940. En *El camino de la servidumbre*, Hayek advirtió: «Cualquier intento de intervenir los precios o las cantidades de unas mercancías en particular priva a la competencia de su facultad para realizar una efectiva coordinación de los esfuerzos individuales». En un ensayo titulado «Las políticas intermedias conducen al socialismo», von Mises argumentó que basta con que el gobierno controle únicamente el precio de un producto, por ejemplo, la leche, para que se genere un tobogán de distorsiones que conduce inevitablemente al control total de los precios por parte del gobierno, cuando no al totalitarismo.

**DZ | ¿Y por qué es tan importante, sobre todo para la clase trabajadora, pensar los precios en términos políticos? Hoy el sentido común sobre el control de precios es que conducen a la escasez, la ineficiencia y el florecimiento de los mercados negros.**

**IW |** En general, la economía contemporánea piensa que todos los precios son de la misma naturaleza. Es

el caso de la economía neoclásica, de buena parte de la economía marxista y de las corrientes principales del keynesianismo. La principal disputa entre marginalistas, que creen en la teoría del valor subjetivo, y la teoría del valor de David Ricardo y de Karl Marx pasa por el principio general que rige la determinación de los precios y no tanto porque tengan opiniones divergentes sobre la naturaleza de los precios de diferentes productos. Por ejemplo, hay estudios, enfocados sobre todo en el caso de ciertos precios monopólicos o productos de lujo, que muestran que la demanda aumenta cuando aumentan los precios. Pero no hay muchas investigaciones sistemáticas sobre la importancia que tienen algunos precios para la estabilidad macroeconómica y el crecimiento, ni tampoco hay mucho debate sobre la economía política de los precios en el caso de los productos esenciales. Sin embargo, muchos episodios históricos importantes apuntan a la naturaleza altamente política de ciertos precios.

En Francia, por ejemplo, el movimiento de los chales amarillos se organizó luego de que se anunciara un aumento del precio del diésel. La Primavera Árabe creció a partir del aumento del precio del pan y hay quienes argumentan que el aumento del precio de los cereales jugó un rol clave en la Revolución Francesa. La lógica detrás de estos argumentos es evidente: si aumentan los precios de los productos esenciales, como la energía y los alimentos básicos, que representan el gasto más importante en los hogares de bajos ingresos, los salarios reales sufren una caída drástica. Por lo tanto, las revueltas precipitadas por los aumentos de precios son una forma de resistencia contra la tendencia que fuerza a los trabajadores a vivir al límite de la subsistencia.

Al mismo tiempo, estabilizar o subsidiar los bienes de consumo esenciales representa un paso adelante en la reducción de la vulnerabilidad de las personas frente a las fluctuaciones del mercado. En China existe una larga tradición de sostenimiento del precio de los granos. Desde épocas antiguas, los silos públicos intervienen comprando granos cuando los precios bajan luego de la cosecha y liberando las reservas cuando la oferta se queda corta, especialmente durante las hambrunas. Una de las políticas de Estados Unidos durante el período del New Deal fue la fundación

de la Commodity Credit Corporation, iniciativa de Henry A. Wallace que funciona en base a un esquema muy similar al de China.

Desde la época de la colonia, la estabilización del precio de las *commodities* es muy importante para los países pobres que dependen de la exportación de materias primas y de productos agrícolas. Cuando las exportaciones de un país incluyen solo un pequeño número de *commodities*, una ligera fluctuación en los precios basta para desestabilizar toda la economía. Durante la reestructuración económica que siguió a la Segunda Guerra Mundial, se planteó la idea de utilizar las *commodities* como existencias reguladoras a nivel internacional (propuesta apoyada, entre otros, por John Maynard Keynes). Nunca se implementó, pero valdría la pena revitalizarla en los debates actuales que buscan métodos para fortalecer las economías. En vez de volver al nacionalismo económico, la implementación de existencias reguladoras de *commodities* esenciales a nivel mundial es una alternativa internacionalista. Podría incluir, por ejemplo, mejorar la provisión de equipamiento médico. En el contexto de la pandemia, estas existencias reguladoras podrían haber ayudado a canalizar recursos hacia los lugares más necesitados.

Hoy, después de décadas de dirigir estatalmente la creación de mercados, China gestiona el suministro público de granos más grande del mundo. Cuando comenzó la pandemia de COVID-19, el primer confinamiento, sumamente estricto, fue posible en gran medida gracias a las agencias de comercio estatales, que ayudaron a recrear los mercados para garantizar el suministro de alimentos luego de que se interrumpieron los canales normales. Otro ejemplo es la estabilización del precio de la carne de cerdo. En 2019, el brote de fiebre porcina debilitó la oferta en toda China. Para evitar que los precios se dispararan, el Estado liberó sus reservas de carne de cerdo congelada y las empresas estatales ayudaron a organizar la expansión de las importaciones. Gracias a la estabilización de precios facilitada por este tipo de intervenciones, el Estado chino suaviza la fluctuación de los bienes de consumo esenciales y de producción. Estos procedimientos complementan la política monetaria y contribuyen a estabilizar los precios en términos



generales. A su vez, al aliviar las presiones inflacionarias, se abre espacio para la expansión fiscal.

**DZ | Pero, ¿no estuvo China a punto de implementar su propia terapia de choque y liberalización de precios a fines de los años 1980?**

**IW |** Se sabe que Deng Xiaoping reemplazó la consigna de la Revolución Cultural, «la política al poder», por una nueva: «la economía al poder». Durante los años 1980 se aceleraron los intercambios con economistas de todo el mundo. El Banco Mundial y la Fundación Ford fueron muy importantes en este sentido. Entre los visitantes más destacados de aquella época se cuentan Milton Friedman, economista de Chicago; Włodzimierz Brus, economista reformista exiliado, discípulo de Oskar Lange, y Ota Šik, arquitecto de los proyectos de reforma económica de la Primavera de Praga, también exiliado.

Contra el rechazo pregonado por von Mises y Hayek contra toda posibilidad de sistema socialista racional, Lange había demostrado, específicamente en el debate sobre el cálculo socialista, que era posible implementar precios racionales bajo el socialismo de mercado. Por lo tanto, esta línea de pensamiento reformista compartía con el neoliberalismo su énfasis en la adecuación de los precios. En una conferencia pronunciada en China, Friedman llegó a decir que el socialismo de mercado al estilo de Lange era un buen plan B y que representaría un gran paso en el camino hacia una economía libre. Entonces, los economistas reincorporados en China empezaron a desarrollar una orientación según la cual los precios eran el núcleo de las reformas de mercado y, sin una liberalización completa —anticipada en algunas versiones por ajustes de precio calculados y combinados con reformas fiscales y salariales—, las reformas de mercado estaban condenadas al fracaso. Con el avance de los debates académicos, la disciplina económica empezó a reformularse de acuerdo al modelo occidental. Se empezaron a pensar y bosquejar ambiciosos proyectos de reformas de precios, se generalizaron las reformas agrarias y emergió un paradigma de creación experimental de mercados.

Hay que decir que, en muchos sentidos, las reformas



**Las revueltas precipitadas por los aumentos de precios son una forma de resistencia contra la tendencia que fuerza a los trabajadores a vivir al límite de la subsistencia.**



agrarias fueron radicales. Una de las consecuencias fue el desmantelamiento de la comuna popular, institución política y económica clave de la China maoísta. Sin embargo, aun en este caso se trató de un proceso gradual, en el sentido de que la reforma agraria mantuvo el compromiso que tenía el campo de entregar una cuota de productos agrícolas básicos, como cereales y algodón, a un precio determinado según las exigencias de las instituciones de planificación. Pero, si bien las granjas de familia estaban obligadas a cumplir el acuerdo, luego de satisfacer su compromiso eran libres de producir para el mercado.

Además, este desplazamiento hacia el «sistema de responsabilidad familiar», fue tolerado al principio como un experimento en las comunidades rurales pequeñas, pero no en los grandes centros de producción de bienes agrícolas esenciales. Las encuestas fueron muy importantes a la hora de expandir el sistema de responsabilidad familiar desde las comunas marginales a todo el campo. Los estudiantes que habían pasado su juventud en las zonas rurales, donde se los había enviado durante la Revolución Cultural, irrumpieron entonces como una fuerza muy poderosa. Con el apoyo de algunos dirigentes de alto rango, como Deng Liqun y Du Runsheng, formaron el Grupo de Desarrollo Rural, que ayudó a evaluar y a sistematizar las enseñanzas que habían dejado los experimentos de reformas agrícolas. Desarrollo Rural fue uno de los logros más importantes en la agenda de reformas de Deng y popularizó a Zhao Ziyang, quien se convirtió luego en primer ministro y secretario general del PCCh. De esta manera, los jóvenes intelectuales se aliaron con los líderes reformistas de la generación revolucionaria.

**DZ | Pero entonces, ¿qué fue exactamente lo que impidió que China avanzara por el camino de una terapia de choque?**

**IW |** La batalla crucial giró en torno a la mercantilización del sistema urbano industrial, diseñado en función del ideal soviético de la «fábrica única». A diferencia de las comunas del campo, las unidades de producción industrial no eran entidades aisladas y económicamente sustentables. Para ponerlo en términos simples, producían de acuerdo a una dirección



centralizada y a precios establecidos por el Estado según la máxima de la redistribución entre sectores. Los productos de consumo no esenciales, como las bicicletas, las radios y los relojes, estaban valuados por encima de sus costos de producción, con el fin de capturar fondos de los consumidores, mientras que los productos esenciales, como los granos y el acero, estaban valuados por debajo de sus costos. En consecuencia, la rentabilidad era intencionalmente desigual.

Los reformistas argumentaban que era posible implementar el mismo sistema dual de precios mercantiles y precios planificados en el sector industrial y que, de hecho, aquel había empezado a emerger espontáneamente. Las empresas deberían seguir cumpliendo con una cuota, pero se les permitiría llevar el excedente al mercado. Las agencias comerciales del Estado, que antes habían jugado un rol relativamente pasivo, se convertirían en creadores de mercado fundamentales, capaces de conectar a los proveedores con sus nuevos clientes. A través del sistema dual, las unidades de producción se transformarían en empresas orientadas hacia el mercado, con todos los reajustes que esto conllevaba.

En el caso de las materias primas esenciales, como la energía y los metales, que escaseaban y solían ser tasadas por debajo de su costo, una de las consecuencias del sistema fue la enorme diferenciación entre los precios de mercado y los precios planificados.



Desde la perspectiva de los reformistas del sistema dual, esto enfatizaba la importancia de mantener el control estatal sobre la cuota para asegurar la provisión de materias primas baratas, mientras que los precios de mercado elevados eran un incentivo para que las empresas trabajaran con vistas a expandir la producción por todos los medios posibles. En contraste, los economistas reformistas que se enfocaban en la adecuación de los precios, consideraban que la divergencia sustantiva en la cotización de un mismo producto representaba la mayor de las irracionalidades. Algunos llegaron a argumentar que el sistema dual era peor que el viejo sistema planificado.

En efecto, el sistema dual impulsó el crecimiento, pero también fue un caldo de cultivo para la corrupción. Durante la segunda mitad de los años 1980, cuando el sector mercantil propició un aumento generalizado de precios, empezó a debilitarse la euforia inicial por la reforma y se disparó la desigualdad. Comenzaron a crecer también las tensiones políticas y sociales. En este contexto, la idea de un «big bang» —de imponer la austeridad y liberar todos los precios de repente— era una idea cada vez más atractiva y contaba con el aval de las autoridades de la economía científica «occidental». En 1986 se formuló un programa en esa línea. Pero se dio marcha atrás siguiendo el consejo de los economistas del Instituto de Investigaciones de Reformas Sistémicas —que había supervisado los intentos previos de las grandes

reformas de precios en Yugoslavia y Hungría—, y de algunos economistas chinos y alemanes familiarizados con las transiciones de la Segunda Guerra Mundial, que habían representado un desafío similar.

En 1988, cuando la reforma parecía haber entrado en un callejón sin salida, Deng Xiaoping decidió cruzar la línea de la reforma de precios, argumentando, según la retórica típica de la terapia de choque, que era más deseable soportar de una vez el dolor a corto plazo que entregarse a un sufrimiento prolongado. En el verano de 1988, el anuncio de una amplia reforma de precios en la televisión pública fue suficiente para despertar el pánico. Hubo corridas bancarias y acaparamiento de bienes duraderos. Ese año los precios en China se salieron de control por primera vez desde la revolución de 1949. Uno de los logros económicos más importantes de los comunistas en su lucha contra los nacionalistas había sido justamente la estabilización de los precios. Pero los dirigentes chinos no tardaron en revertir el curso de sus acciones.

Deng Xiaoping, dirigente de la primera generación revolucionaria, estaba dispuesto a pagar un alto costo político en nombre de la mercantilización, pero no a sacrificar la estabilidad del gobierno del Partido Comunista. Entonces, en términos económicos, el sistema dual fue un plan B para la reforma luego del fracaso del «big bang». En términos políticos, 1988 preparó el terreno para los levantamientos de 1989 y para la represión brutal ocurrida en la plaza de Tiananmén.

**DZ | Tu interpretación parece alejarse de las lecturas tradicionales del modelo económico chino, definido muchas veces como una combinación de Estado comunista de partido único y neoliberalismo salvaje, o, según David Harvey, como un «neoliberalismo de “rasgos chinos”». ¿En qué sentido estas lecturas son engañosas?**

**IW |** En general, la tesis de que «China es neoliberal» incurre en dos falacias. En primer lugar, implica la equivalencia entre mercantilización y neoliberalismo. No me convence. En el contexto de la historia europea y estadounidense, no sería adecuado referirnos a los años 1960 o 1970 como neoliberales, aun cuando los mercados jugaban un rol fundamental en

las economías de esa época. En segundo lugar, estos estudios tienden, o bien a asumir que el sistema chino dispone de una naturaleza monolítica, lo que no es realista, o bien a centrarse en ejemplos específicos, como la educación privada, de los que pretenden extraer conclusiones sobre todo el sistema.

En el curso de las reformas de los años 1980, el neoliberalismo se convirtió en una fuerza importante en el discurso político chino. Antes, se habían rechazado las premisas de la eficiencia y de la racionalidad económica en función de la retórica del maoísmo tardío. Como sea, incluso durante los años 1990, cuando el discurso neoliberal y la agenda que apuntaba a la privatización ganaron bastante impulso, el Estado chino no cedió el control de los sectores económicos más importantes. No lo hizo en las finanzas, la industria pesada, la infraestructura y la propiedad de la tierra, ni en la creación de «campeones nacionales», es decir, los casi noventa conglomerados industriales que funcionan bajo control de la Comisión estatal para la supervisión y administración de los activos del Estado.

Actualmente, asistimos al resurgimiento del tema de la inversión pública en la política estadounidense, especialmente en el caso de la infraestructura. Muchos consideran que se trata de un anuncio del fin del neoliberalismo. Con todo, cuando se trata de inversión pública, ni siquiera los planes más ambiciosos bastarían para colocar a Estados Unidos al nivel de China. Si aplicamos los mismos estándares a China y a Estados Unidos, entonces debería llamarnos la atención que se clasifique a China como una economía neoliberal.

**DZ | En ese caso, ¿cómo diferenciar el neoliberalismo de lo que innegablemente es un giro hacia el mercado? ¿Qué significa «mercantilización más allá del neoliberalismo»?**

**IW |** El neoliberalismo se basa en el libre movimiento de los precios posibilitado por la propiedad privada. Pero esto no nos dice nada sobre el tamaño del Estado, cuya función es supuestamente establecer y controlar las reglas del mercado, no participar activamente en el mercado con su propia agenda, ni con-

trolar los precios para perseguir objetivos sociales, políticos o económicos. Ahora bien, el Estado chino hace esto último. Este tipo de gobernanza económica mediante la participación en el mercado también significa que el Estado es un agente importante de la mercantilización.

China está probablemente tan mercantilizada como Estados Unidos. Parece haber un mercado para todo, y estos mercados están en gran medida digitalizados —incluso los pagos— y operan a un ritmo acelerado. A fines de ilustrar lo que sucede, tomemos la imagen de un Jenga. La terapia de choque neoliberal sostiene que primero hay que tirar abajo la vieja torre y luego construir una nueva utilizando los mismos bloques de la anterior. En cambio, la «creación de mercados» china comienza removiendo selectivamente algunos bloques de la torre y luego los coloca en otro lugar de la misma estructura. La torre sigue creciendo, aunque su estructura se transforma esencialmente. Se llenan los espacios vacíos con actividades mercantiles que desatan una dinámica capaz de transformar la naturaleza de los bloques intactos.

El proceso conlleva todos los efectos adversos de la mercantilización, como por ejemplo, condiciones laborales espantosas en los sectores de bajos salarios. Las diferencias entre el campo y la ciudad también contribuyeron a generar importantes desigualdades. Las reformas agrarias llevaron a la creación de una fuerza de trabajo flotante de más de 200 millones de personas. Las relaciones de género también retrocedieron en términos de igualdad. No hay que idealizar el modelo chino. Evidentemente, no es un ejemplo glorioso de socialismo. Pero, en vez de contentarnos con etiquetas vagas, deberíamos estudiarlo con atención. El camino que siguió la reforma creó un nuevo tipo de sistema económico que nos lleva a revisar muchas nociones preconcebidas.

**DZ | Hace mucho que se anuncia el colapso del modelo chino. Sin caer en el terreno escabroso de las predicciones, ¿la historia económica de China demuestra que tenemos que ser más escépticos cuando hablamos de su incapacidad para sostener el crecimiento y la innovación a largo plazo?**

IW | Se viene prediciendo el colapso de la China comunista desde la revolución de 1949. Por supuesto, en el contexto del proclamado «fin de la historia» de los años 1990, la idea de que el PCCh no lograría sobrevivir cobró un nuevo impulso. Ciertas versiones de este argumento siguen las líneas de la teoría de la modernización: surgirá una nueva clase media que exigirá democracia y precipitará un cambio de régimen. Más a la izquierda, es célebre la definición de China como «epicentro emergente de la agitación obrera mundial».

La participación del trabajo en los ingresos nacionales no dejó de mermar desde mediados de los años 1990, es decir, siguió la tendencia mundial. Esto provocó cierta resistencia de parte de la clase obrera, pero todo indica que el proceso perdió fuerza durante los últimos años, cuando los salarios empezaron a aumentar a un ritmo acelerado. En 2019, los casos de protestas obreras habían descendido casi a la mitad de los niveles registrados en 2016, y en 2020 volvieron a caer abruptamente. Esto no significa en absoluto que en China las relaciones de clase sean armoniosas. Pero, por el momento, no parece ser el centro mundial de la resistencia obrera.

Los medios suelen transmitir la idea de que, si el crecimiento de China se desacelera en uno o dos puntos porcentuales, el gobierno del PCCh se debilitará. El año pasado, cuando comenzó la pandemia, escuchamos de nuevo la idea de que el gobierno de China perdería autoridad a causa de la insatisfacción de sus ciudadanos. Pienso que estos argumentos tienden a ignorar el hecho de que China lleva más de cuarenta años de reformas y logró calibrar una forma de gobierno muy precisa. El eje del proceso estuvo puesto en el desarrollo económico y en la estabilidad política. El colapso de la Unión Soviética fue probablemente el cambio de régimen más drástico de la historia moderna, y los dirigentes chinos lo estudiaron con mucha atención. Evitar un cambio de régimen de este tipo en China es uno de los principios fundamentales del gobierno del PCCh y sus dirigentes demostraron que están dispuestos a recurrir a todos los medios, incluyendo la violencia estatal más brutal, con el fin de lograr sus objetivos. ●

Tomemos la imagen de un Jenga: la terapia de choque neoliberal sostiene que hay que tirar abajo la torre y construir una nueva utilizando los mismos bloques.



# El partido que necesitamos

**Allí donde es posible servirse de las instituciones democráticas para conquistar reformas significativas, no es fácil aplicar una política marxista intransigente sin convertirse en una secta marginal en el proceso.**

Cualquiera que esté interesado en construir partidos de masas con el fin de combatir el capitalismo, revertir la derrota de la clase trabajadora y evitar la catástrofe del cambio climático tiene mucho que aprender de los debates inaugurales de la Segunda Internacional. La organización nucleó a millones de trabajadores y de socialistas que lucharon por la democracia, tanto a nivel político como económico. Los partidos que aquellos militantes lograron construir fueron verdaderas instituciones de poder obrero. Pero la Segunda Internacional no logró cumplir sus promesas. No solo fracasó en su objetivo de derrocar el capitalismo, sino que, en 1914, la mayoría de sus dirigentes esquivaron célebremente los riesgos que conllevaba oponerse a la Primera Guerra Mundial.

Con todo, es triste constatar que, durante el siglo veinte, muchos militantes sacaron de esta experiencia conclusiones equivocadas en cuanto a la construcción partidaria. Bajo la influencia de las críticas leninistas posteriores a 1917, argumentaron que las capitulaciones de la Segunda Internacional tuvieron su origen en los gravísimos errores de la estrategia articulada

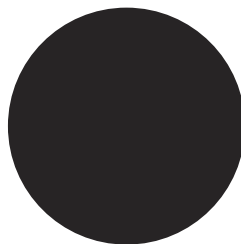
por Karl Kautsky, el teórico marxista más importante de la época. El corolario fue que solo los partidos estrictamente homogéneos y compuestos por «verdaderos revolucionarios» son capaces de hacer progresar efectivamente la lucha de clases.

Pero es tiempo de sacar las conclusiones adecuadas de la experiencia de la Segunda Internacional. Para eso es necesario exponer el enfoque *real* que determinó la estrategia política y la construcción partidaria de aquellos marxistas. También hay que explicar las causas reales de los éxitos y de los fracasos que marcaron la historia de sus partidos. De esta forma, los militantes de hoy estarán mejor equipados a la hora de confrontar los desafíos estratégicos y los dilemas políticos que plantea nuestra época.

## La construcción partidaria en la Segunda Internacional

Los leninistas suelen atribuir la trayectoria moderada de la Segunda Internacional —y de su partido dirigente, el Partido Socialdemócrata Alemán— a





la posición supuestamente reformista que sesgaba sus concepciones de la construcción partidaria y de la transformación socialista. Por el contrario, es necesario hacer un esfuerzo para caracterizar la verdadera posición de los marxistas «ortodoxos» de aquella época (es decir, de los socialdemócratas revolucionarios), corriente que, hasta 1914, incluía no solo a Kautsky, sino también a V. I. Lenin y a Rosa Luxemburgo.

En el centro de su estrategia estaba el compromiso con la construcción de un partido socialista de masas capaz de organizar a los trabajadores, que conduciría a todos los oprimidos en la lucha de clases y en la lucha por la democracia, hasta producir una ruptura revolucionaria con el capitalismo y sentar las bases de una sociedad socialista. A diferencia de los futuros leninistas, Kautsky argumentaba que, en cierto momento, esta orientación plantearía la necesidad de contar con una mayoría socialista en el parlamento, y que este cuerpo sería una pieza clave del gobierno obrero. En cuanto a la organización, pensaba que, aun si los izquierdistas debían aspirar a convencer pacientemente a los partidos obreros para que aceptaran e implementaran un programa marxista, los socialistas moderados no debían ser expulsados siempre y cuando aceptaran las decisiones de la mayoría.

Todos los partidarios de esta estrategia estaban comprometidos con el objetivo de construir un partido marxista cohesionado y disciplinado que incluyera solo a la vanguardia de la clase. El Programa de Erfurt, escrito por Kautsky en 1891, sostenía que,

habida cuenta del desarrollo político desigual del proletariado, el partido estaba obligado a ser, en un primer momento, solo una minoría combativa de la clase obrera. Mientras que las organizaciones de masas, como los sindicatos, debían intentar representar a todos los trabajadores —independientemente de sus convicciones políticas—, el partido debía constituirse en función de los estratos menos numerosos del proletariado que comprendían la necesidad de desarrollar una lucha de clases intransigente y su objetivo final, el socialismo.

Los socialdemócratas revolucionarios rechazaban explícitamente la idea de que el partido era capaz de sustituir a la clase obrera. Argumentaban que, considerando el desarrollo desigual de la conciencia de los trabajadores, una organización revolucionaria solo podía comenzar organizando a una minoría de la clase. Pero según la concepción predominante, que abogaba por la «fusión», el partido se expandiría masivamente mediante un proceso de educación, organización y acción proletarias, hasta llegar a abarcar a las amplias masas de los trabajadores y de los oprimidos en general.

Hasta alcanzar esa meta, el rol de los socialistas organizados no era actuar en lugar de la clase obrera, sino ayudar a conducirla a la victoria. De acuerdo con la estrategia ortodoxa, los trabajadores necesitaban un partido independiente; ese partido debía estar comprometido en la teoría y en la práctica con el marxismo; y si el partido obrero de masas existente todavía no era del todo marxista, entonces los socialdemócrata-



**Si la práctica política es el criterio definitivo de la teoría socialista, entonces la estrategia socialdemócrata revolucionaria debe ser juzgada por la práctica de los partidos que realmente intentaron aplicarla.**

tas revolucionarios debían trabajar pacientemente en su interior para transformarlo y llevarlo en esa dirección. Un elemento crucial es que la unidad era un valor esencial, no solo en el programa del partido, sino en sus acciones. Por medio de un proceso de debate abierto y democrático, y de una gran disciplina interna, el partido debía implementar las decisiones colectivas de manera uniforme.

No cabe duda de que el Partido Socialdemócrata de Alemania, sobre todo a partir de 1905, empezó a desviarse del modelo proyectado, conocido luego como «partido de vanguardia». Los dirigentes moderados del partido buscaban apoyo en unas bases más bien difusas, que en general estaban bastante alejadas de la socialdemocracia revolucionaria y cuyos vínculos con el partido no solían rebasar el hecho de haberlo votado en las elecciones. Kautsky, por su parte, no hacía la vista gorda frente a esta forma de «oportunismo» que empezaba a generalizarse y tampoco la aceptaba, ni en Alemania ni en el extranjero. En efecto, la mayoría de sus escritos publicados entre 1899 y 1909 —es decir, antes de su giro centrista— estuvieron abocados a combatir a las tendencias que planteaban la colaboración de clases y a sus teóricos.

Kautsky no solo denunció el revisionismo y la presión que ejercía para que el partido abandonara sus objetivos revolucionarios, sino que exigió que sus defensores —por ejemplo, Eduard Bernstein— abandonaran el SPD. De hecho, los criticó en muchas ocasiones por no haberlo hecho. Pero, al mismo tiempo, Kautsky se oponía a expulsarlos, siempre y

cuando sus críticas permanecieran en el nivel de la discusión y no pasaran al de la práctica política. Pensaba que era necesario conservar el método de libertad de debate y unidad de acción del SPD, pues una ruptura innecesaria en el partido solo fortalecería a las fuerzas de la reacción.

### **Lo que salió mal (y lo que salió bien)**

La mayoría de los críticos de la Segunda Internacional no logran ver que la perspectiva marxista bosquejada en el apartado anterior fue realmente implementada en la Rusia zarista, pero ignorada por los dirigentes de las otras secciones de la Internacional, incluyendo la alemana. Los militantes rusos mostraron mucho entusiasmo por la estrategia de Kautsky y fueron capaces de ponerla en práctica porque las condiciones despóticas de su país fomentaron el surgimiento de un movimiento obrero muy combativo y dejaron poco espacio para el reformismo. En Alemania, por el contrario, las oportunidades y los obstáculos de la política parlamentaria, combinados con la burocratización de la organización, apartaron tanto a los trabajadores como a los dirigentes socialistas de la orientación articulada por Kautsky.

Como él mismo lamentó en 1909, el partido alemán y los dirigentes sindicales estaban «tan absorbidos por las necesidades administrativas de su enorme aparato, que perdieron toda perspectiva general y todo interés en cualquier cosa que suceda fuera de sus oficinas». A estos dirigentes inescrupulosos los tenía sin cuidado el hecho de que sus decisiones violaran flagrantemente la estrategia kautskista.

Si la práctica política es el criterio definitivo de la teoría socialista, entonces la estrategia socialdemócrata revolucionaria debe ser juzgada por la práctica de los partidos que realmente intentaron aplicarla. En otras palabras, si uno quiere saber cómo era un partido socialdemócrata revolucionario en la práctica, debe examinar el régimen zarista, no el caso de Alemania. Esto vale tanto para los partidos clandestinos de la Rusia imperial —por ejemplo, los bolcheviques—, como para la socialdemocracia finlandesa, que operó en un contexto excepcional de gobierno parlamentario y libertad política.

Los acontecimientos de la Rusia imperial refutan el argumento leninista tradicional según el cual la clave del éxito marxista está en la formación de un «partido de nuevo tipo», abierto solo a los «verdaderos» revolucionarios. Está claro que mayor cohesión política y organizativa no siempre se traduce en más efectividad. Así lo demuestran los impases del partido ultraestrecho de Rosa Luxemburgo en Polonia. Lejos de creer en la máxima «Cuanto menos, mejor», los militantes más efectivos del imperio tendían a construir, con buena fe, partidos obreros amplios codo a codo con los socialistas más moderados.

Me concentraré aquí en el ejemplo finlandés, no solo porque su historia es poco conocida, sino porque su experiencia de trabajo legal bajo un régimen parlamentario es más relevante para las democracias capitalistas que la experiencia de los partidos clandestinos del resto del imperio. Los socialdemócratas revolucionarios de Finlandia tuvieron éxito porque trabajaron al interior de su Partido Socialdemócrata (SDP) y lo transformaron siguiendo la línea propuesta por Kautsky. A pesar de que al momento de su fundación, en 1899, era uno de los partidos socialistas más moderados de Europa, el partido finlandés dio un giro después de 1905. La primera revolución rusa radicalizó a los trabajadores finlandeses y generó las condiciones para que un joven grupo de «kautskistas» ganara la dirección del SDP en 1906.

**La influencia de los militantes radicales dependió siempre de su capacidad de construir un partido obrero amplio y de funcionar como una tendencia orgánica en su interior.**

Desde entonces, los socialdemócratas revolucionarios de Finlandia presionaron al partido para que dejara de tejer alianzas con los partidos liberales y comenzara a afirmar su objetivo revolucionario final.

Pero cuando se calmaron las aguas, agitadas por el entusiasmo revolucionario de 1905, los militantes descubrieron que el socialismo moderado todavía seguía siendo una fuerza considerable al interior del movimiento obrero y del SDP. El poder que tenía el socialismo moderado dentro del partido finlandés, lo mismo que en Alemania y en el resto de Occidente, no era fruto de un modelo de construcción partidaria «equivocado». En cambio, reflejaba el hecho de que, en circunstancias de legalidad parlamentaria, la mayoría de los trabajadores no se volcaban a la revolución porque tenían la oportunidad de promover sus intereses a través de organizaciones fuertes y de políticas electorales. Esto era imposible en Rusia, donde —según las palabras de Kautsky—, los trabajadores «se encuentran en una situación en la que no tienen nada que perder más que sus cadenas».

Después de 1906, los dirigentes socialdemócratas finlandeses atemperaron su radicalismo en aras de conservar la unidad del partido. Los costos de pureza revolucionaria fueron largamente compensados por los beneficios de la efectividad política práctica. Una política hiperfaccionalista o una ruptura al interior del SDP probablemente hubiesen terminado por marginalizar a los militantes más radicales, desorientar a la mayoría de los trabajadores y paralizar la marcha del movimiento socialista.

Para 1907 más de cien mil trabajadores se habían unido al partido finlandés, convirtiéndolo, en proporción a la población del país, en la organización socialista más grande del mundo. En julio de 1916, la socialdemocracia finlandesa hizo historia al convertirse en el primer partido socialista en conquistar la mayoría en el parlamento.

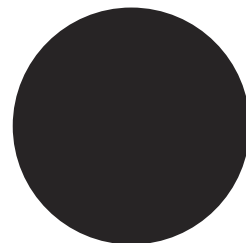
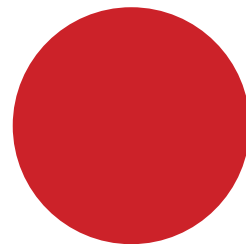
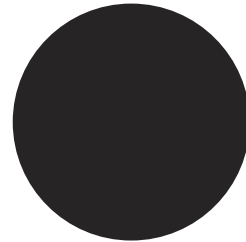
Los acontecimientos de 1917 se desarrollaron de una forma bastante similar al escenario revolucionario que habían anticipado hacía mucho tiempo los socialdemócratas revolucionarios. Luego del derrocamiento del zarismo en febrero de 1917, los dirigentes socialistas finlandeses utilizaron el parlamento y su mandato electoral popular para presionar a favor de una serie de reformas sociales y democráticas radicales, que incluían la disolución de la policía y la creación de una milicia popular dirigida por los trabajadores. En julio, a modo de respuesta, los sectores dominantes de Rusia y de Finlandia disolvieron el parlamento. De esta forma, generaron las condiciones para la toma del poder defensiva con rasgos socialistas de enero de 1918, cuyo fin era restaurar a la mayoría socialista democráticamente electa y garantizar la implementación de su mandato político.

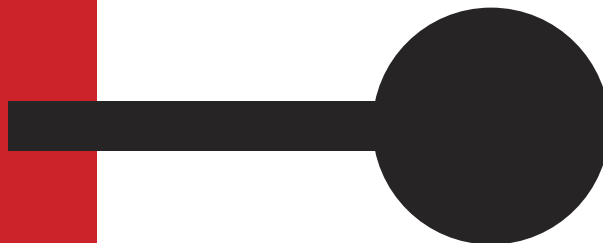
La creencia de los «kautskistas» de que se necesitaba un partido unido para conducir a los trabajadores finlandeses al poder fue verificada en la práctica. Aunque a regañadientes, los socialistas finlandeses situados más a la derecha terminaron apoyando la revolución de 1918. Lo ilustra de manera conmovedora una carta que Anton Huotari, dirigente socialista moderado, le escribió a su hija mayor cuando la guerra civil recién estaba comenzando.

Luego de pedirle que se hiciera cargo de la familia en caso de que él o su esposa —que también era activista socialista— fuesen asesinados, Huotari explicó por qué ambos habían apoyado la toma del poder: «Aunque teníamos ciertas dudas respecto a la lucha armada, una vez tomada la decisión de luchar por el poder del Estado, consideramos que debíamos entregarle toda nuestra capacidad de trabajo al movimiento. Nos formamos con el movimiento socialdemócrata y estamos llamados a cumplir nuestro deber».

## Conclusiones actuales

¿Qué pueden aprender de estas experiencias los militantes de hoy? Una moraleja es que la disciplina marxista estricta y los partidos libres de oportunismo *no* fueron necesariamente exitosos. En cambio, la influencia de los militantes radicales dependió siempre de su capacidad de construir un partido obrero amplio y de funcionar como una tendencia orgánica en





su interior, política que hubiese sido imposible en caso de que los revolucionarios del imperio se hubiesen separado organizativamente demasiado del resto de los activistas obreros y socialistas.


Promover la unidad de la clase obrera mediante un instrumento político amplio, capaz de albergar a múltiples tendencias, implicaba que los socialistas debían confrontar cotidianamente con toda una serie de compromisos políticos y dilemas estratégicos. Pero esa era una consecuencia que se seguía del hecho de que su proyecto estaba anclado en la clase obrera realmente existente y no en la que hubiesen deseado. Desafortunadamente, no existía ningún atajo organizativo que permitiera transformar la relación de fuerzas entre los socialistas moderados y los radicales.

Otra enseñanza importante que nos deja esta experiencia se desprende de la centralidad que tenía la *clase* en la Segunda Internacional. A diferencia de los activistas contemporáneos, que desestiman la política de clases como si fuese una reliquia del pasado, los socialdemócratas revolucionarios sabían que difundir la conciencia y la organización de la clase obrera era su *raison d'être*. Esta confianza en las capacidades políticas de los trabajadores —y el eje estratégico de buscar la unidad en función de los intereses comunes— diferencia a los socialdemócratas, no solo de

las corrientes de derecha de aquella época, sino también de las generaciones más jóvenes de militantes que piensan que la clase obrera organizada es, en el mejor de los casos, un movimiento entre otros.

No hay ningún motivo para pensar que, sin largas décadas de infatigable organización partidaria, el proceso de constitución de la clase —que los marxistas ortodoxos denominaban fusión del socialismo y del movimiento obrero— se hubiera desarrollado al punto en que lo hizo durante la época de la Segunda Internacional. Hoy, sin partidos de masas que busquen organizar a los trabajadores *en tanto trabajadores*, no es sorprendente que no haya surgido automáticamente una fuerza política de este tipo. Los partidos no solo reflejan las divisiones y los matices del movimiento obrero, sino que contribuyen a estructurarlo mediante la articulación de sus intereses de clase.

No menos cierto es que tenemos mucho que aprender de las debilidades de la Segunda Internacional que, por cierto, fueron muy reales. ¿Cómo se explica la incapacidad que mostró la Internacional a la hora de satisfacer su promesa socialista? Una explicación común es que la estrategia de Kautsky condujo a la Segunda Internacional por el camino equivocado. Pero, como explicamos antes, esta lectura no logra dar cuenta del hecho de que esos socialistas, que ca-



**Las advertencias frente al peligro de integrarse al sistema deben ser bien recibidas; pero también hay que decir que dicho peligro no es más grave que el que implican la marginación permanente y la impotencia.**

pitularon frente a sus clases dominantes, ignoraron mucho más de lo que aplicaron la teoría socialdemócrata revolucionaria.

quistar reformas significativas, no es fácil aplicar una política marxista intransigente sin convertirse en una secta marginal en el proceso.

Otros achacan el fracaso de la Segunda Internacional a la traición de los políticos del movimiento obrero. Es verdad que los funcionarios sindicales y partidarios tendieron a ser más moderados que sus bases en los momentos de efervescencia, como por ejemplo, durante el período 1918-1921. Pero esta interpretación, además de subestimar los obstáculos políticos y económicos que enfrentaban los militantes a la hora de derrocar las relaciones sociales capitalistas, tiende a sobreestimar las inclinaciones revolucionarias que definen la conducta de la mayoría de los trabajadores en las democracias capitalistas.

Contra los relatos del tipo «fue culpa de Kautsky» o «los dirigentes se vendieron», debe decirse que el motivo principal por el que sobrevivió el capitalismo es que el poder de los patrones, combinado con los dilemas estratégicos que enfrenta la izquierda en las democracias capitalistas, hacen que sea realmente difícil derrocar el capitalismo. Las democracias parlamentarias generan, tanto por arriba como por abajo, muchos más incentivos hacia la moderación que los que existían en la Rusia zarista. Allí donde es posible servirse de las instituciones democráticas para con-

### **Los dilemas estratégicos en las democracias capitalistas**

No fueron solo los leninistas después de 1917 los que leyeron incorrectamente la dinámica de la lucha política en las democracias capitalistas. A posteriori, está claro que Kautsky —igual que Marx antes de él— sobreestimó la medida en la que el desarrollo económico era capaz de generar, por sí mismo, una base social mayoritaria dispuesta a movilizarse en todas partes a favor de una política socialista revolucionaria. Tanto la persistencia de las clases medias, como las inclinaciones no tan revolucionarias de la mayoría de los trabajadores, fueron sorpresas históricas que tuvieron enormes consecuencias para la estrategia socialista.

Creando erróneamente que era posible y necesario evitar cualquier transigencia parlamentaria y mantenerse a distancia de los cargos ejecutivos hasta ganar una mayoría dispuesta a luchar por la revolución, Kautsky y sus partidarios utilizaron —como luego hicieron los leninistas— la política electoral exclusivamente como una plataforma de propaganda, y no llegaron a confrontar la cuestión crucial de cómo dirigir un gobierno en una sociedad capitalista sin que



eso conduzca a una recesión económica y a la fuga de capitales.

Las experiencias subsiguientes demostraron que, bajo regímenes relativamente democráticos, los socialistas no pueden tener ninguna expectativa realista de repetir el modelo de Kautsky ni la experiencia finlandesa, es decir, de conquistar una mayoría popular por medio de una estrategia que descansa exclusivamente en la prédica socialista y en la organización de los trabajadores en función de una perspectiva intransigente sobre los objetivos revolucionarios (ni hablar de una estrategia anclada en una eventual oleada volcánica de acciones de masas disruptivas que confluyen en la insurrección, como fue el caso de los bolcheviques en la Rusia central).

Como prueban los trabajos del sociólogo Walter Korpi sobre la «lucha de clases democrática», los trabajadores están menos dispuestos a esperar pacientemente la revolución o a aplicar tácticas insurgentes de alto riesgo cuando hay oportunidades de utilizar el Estado y los sindicatos para mejorar sus vidas y construir poder aquí y ahora. Los movimientos que llegaron más lejos en las democracias capitalistas se concentraron básicamente en la construcción de poder obrero y en la implementación de reformas políticas con el fin de unir a los trabajadores, desmercantilizar los servicios sociales y expandir la democracia.

Es cierto que ninguno de estos partidos se embarcó en una confrontación decisiva para superar la dominación burguesa. Este es uno de los motivos por los que no podemos simplemente copiar y pegar el enfoque estratégico de, por tomar un caso, el Partido Socialdemócrata Sueco de los años 1970. Pero dado que la irrupción de las masas y la radicalidad política

no siempre se traducen en la conquista de más concesiones ni en la construcción de movimientos obreros más fuertes, siempre tendremos que tomar decisiones difíciles. El supuesto común según el cual el mayor riesgo que enfrentan los socialistas es siempre el oportunismo, es tan errado en términos históricos como engañoso a la hora de aplicar una táctica socialista efectiva. Para citar a Ralph Miliband, «las advertencias frente al peligro de integrarse al sistema deben ser bien recibidas; pero también hay que decir que dicho peligro no es más grave que el que implican la marginación permanente y la impotencia».

Aunque la irrupción de las masas, mediante protestas y huelgas obreras, será necesaria para derrocar a la clase dominante más poderosa de la historia mundial, debe decirse también que está lejos de ser suficiente. Los trabajadores, sobre todo, deben incrementar su poder y sus niveles de organización. Pero, ¿qué pueden hacer los socialistas para ayudar a construir organizaciones obreras poderosas sin volverse excesivamente conservadores? ¿Cómo pueden ganar elecciones e implementar reformas transformadoras sin moderar excesivamente su política en el proceso? Si hubiese respuestas fáciles a estas preguntas, el socialismo ya sería una realidad.

Es el motivo por el que las políticas radicales efectivas siempre permanecen en el terreno de experimentos y apuestas, terreno donde hasta las mejores fórmulas suelen ser insuficientes. En síntesis, el oportunismo es un riesgo inherente para cualquier militante u organización que intente construir un partido socialista de masas en condiciones de legalidad parlamentaria. No hay ninguna ruta que permita evitar estas contradicciones: el único camino para avanzar pasa a través de ellas.●

# Capital Cultural

---

GRAMSCI ON-DEMAND



# UN HIMNO

# PLEBEYO

**«Common People», el hit que Pulp lanzó en 1995, no es solo un clásico del britpop: es un análisis de clase que, por su honestidad y brutalidad, opaca a los medios de comunicación actuales.**

La ciudad de Sheffield albergó al menos a dos cantantes famosos de apellido Cocker. Uno fue el blusero cuyo apodo evoca inmediatamente los clubes obreros y el realismo británico. Joe Cocker es la clase nombre que uno estampa, junto a un tipo con cara de póker, en un álbum titulado «Sheffield Steel».

En cambio, «Jarvis» no es un nombre obrero. Al oído inglés suena continental, medio francés: es *s sofisticado*. En *The Mary Whitehouse Experience*, comedia británica de los años 1990, había un personaje llamado «Jarvis»: un adulto gay bastante aristocrático. Por eso no deja de sorprender que fuera un tipo llamado Jarvis Cocker el que escribió ese himno tan popular, «Common People», uno de los pocos hits de los años 1990 que trata explícitamente sobre el conflicto de clases.

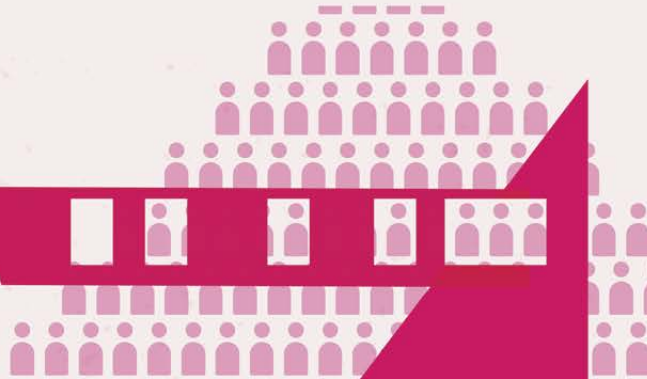
«Common People» salió al aire en 1995. Fue el principal sencillo de *Different Class*, quinto álbum de Pulp, una de las bandas más famosas de Sheffield. La canción se convirtió rápidamente en uno de los grandes hits del britpop, pero es probable que eso no sea lo más importante. A esta altura, casi cualquiera que sepa un poco de música conoce la historia que cuenta

la letra: nuestro héroe pretende enamorar a una estudiante del Central Saint Martins, escuela londinense de arte. Ella es de Grecia, estudia escultura y dice que quiere «vivir como la gente común». Un rumor, que no deja de correr a pesar de haber sido negado por todos los implicados, es que la mujer de «Common People» es Danae Stratou, artista de izquierda que se cruzó con Cocker en Saint Martins y que hoy está casada con Yanis Varoufakis, exministro de Finanzas griego durante el breve gobierno de Syriza y frecuente colaborador de *Jacobin*.

Como sea, cautivado por su simpatía, el protagonista lleva a la joven estudiante a pasear para que vea cómo viven realmente los trabajadores. Pero la falsedad lo exaspera, hasta que finalmente reconoce que ella jamás entenderá las clases sociales mediante significantes y estilos de vida: «Smoke some fags and play some pool / Pretend you never went to school» [Fúmate unos puchos y juega al pool / Finge que nunca fuiste a la escuela]. Una vez que la orquesta de sintetizadores baratos, seguramente comprados de segunda mano, llega a su punto más álgido, Cocker grita: «You will never understand / How it feels to live your life /



# Common People



With no meaning or control / And with nowhere left to go» [Nunca entenderás / Cómo es vivir la vida / Sin sentido y sin control / Y sin otro lugar adonde ir].

Aquí, como en todo el álbum *Different Class*, la banda aborda distintos problemas vinculados a las clases sociales, unas veces de forma apasionante y otras veces perturbadora. «I Spy» es una escabrosa fantasía de revancha, que tiene como víctima a un londinense rico de la zona oeste. En «Monday Morning», el protagonista se pasa todo el fin de semana bebiendo y bailando para escapar a la monotonía de la pobreza: «Why live in the world / When you can live in your head?» [¿Por qué vivir en el mundo / Cuando puedes vivir en tu cabeza?]. «Live Bed Show» cuenta la historia de una pareja cuya riqueza no logra disimular su desenamoramiento.

Pero Pulp siempre fue un grupo muy singular, difícil de encasillar junto a las típicas bandas que escriben sobre la clase. No venían de la calle ni eran roqueros punk. Lanzaron su primer álbum en 1983 y la pelea-ron hasta convertirse en una banda *indie* de segunda durante los años 1990, cuando por fin encontraron el formato pop retrofuturista, definido por los sintetizadores y esas letras medio cantadas, medio gritadas, que hablan sobre ropa y paisajes urbanos, y que narran los detalles de la vida de la gente común. Así surgieron esas canciones raras y alegres que todos conocemos.

Las letras tratan generalmente sobre la vida de los trabajadores: el relato de optimismo adolescente de «Inside Susan» está narrado desde el segundo piso de un colectivo municipal, y el increíble lado B «Sheffield: Sex City», gira en torno a los famosos edificios brutalistas de Park Hill, uno de los proyectos de vivienda británicos más ambiciosos de la segunda posguerra. Por su parte, *His 'n' Hers* se enfoca sobre todo en la cultura de la distinción que reina en esos nuevos barrios que empezaban a crecer en las afueras de la ciudad.

Hasta aquí todo muy inglés. De hecho, aunque rara vez haya sido tan lograda como en las grabaciones obsesivas de Pulp, que rozan el fetichismo, este tipo de disección de las pequeñas cosas de la cultura británica se remonta a los Kinks de los años 1960.

Pero «Common People» es otra cosa. En cierto sen-



tido, es una intervención en la disputa estereotipada que opone el britpop del norte al britpop del sur: Blur es una banda de chicos de clase media de Essex que juegan con los significantes del East End londinense; Oasis es una banda de vivos, trabajadores de los suburbios de Manchester, que fingen ser mucho más estúpidos y malos de lo que realmente son. «Common People» hace una lista de todas las cosas que uno puede comprar, vestir o hacer si quiere habitar la calle: fumar cigarrillos, jugar al pool, alquilar un departamento arriba de un local comercial.

Pero nada de eso basta para ser realmente pobre: «If you called your dad, he could stop it all» [Si llamas a tu papá, él podría acabar con todo]. Siempre que haya parientes o algo de riqueza heredada, la situación será pasajera. La pobreza no es, según esta canción, algo que uno pueda fingir. Es no tener esperanzas, no tener expectativas, no tener salida. El resto es insignificante, y pensar que «ser pobre es ser cool» — algo que suele mezclarse con cierta ideología de izquierda — es un insulto.

En parte, Pulp fue capaz de expresar con tanta claridad la realidad objetiva de las clases sociales — contra cierta tendencia a escribir sobre esos rasgos



superficiales que obsesionan a los publicistas, a los psicólogos y a los músicos de rock— porque los integrantes de la banda no ocupaban una posición fácilmente identificable en función de los términos tradicionales. Los padres de algunos, aunque no los de la mayoría —ciertamente no los de Jarvis Cocker—, trabajaban en fábricas. Sheffield es una ciudad con muchas plantas siderúrgicas, pero también tiene universidades, parques hermosos y exuberantes barrios victorianos.

La estética del grupo era deliberadamente nerd y Cocker acentuaba su flacura y su imagen desprolija. Su ropa era tan fea y estaba tan pasada de moda que la gente terminó identificando a la banda como un fenómeno «retro». No pretendían ser típicamente nortños ni obreros porque no lo eran, o no lo eran del todo. Aun así, ninguno fue a una escuela privada, ninguno había heredado nada y, como la mayoría de los jóvenes de Sheffield, sobrevivieron a los años 1980 cobrando subsidios por desempleo.

Los productos culturales del tipo de «Common People» y *Different Class* están llamados a perdurar, sobre todo cuando los medios de comunicación británicos tienden a definir a la clase en función del acento

y la localización geográfica, con el único objetivo de castigar a esos jóvenes cuyo único pecado es no tener ninguna propiedad. Como sea, la música de Pulp logró transmitir dos mensajes muy importantes. Uno estaba dirigido a los trabajadores que no encajaban, que no jugaban al pool ni fumaban, que no tenían tonadas *cockney* ni *manx*, que tal vez no tenían ningún interés en la cerveza ni en los deportes y que probablemente ni siquiera eran heterosexuales, y afirmaba que nada de eso tenía que ver con las clases sociales.

El otro estaba dirigido a esa gente que gusta fingir su clase social como si fuera un juego, sea en función de una realidad que vivieron en otro momento o de un ideal que les gustaría alcanzar, es decir, un nicho para el marketing, pero no una realidad capaz de arruinar la vida de alguien. Como sea, resultó ser que la canción más importante de los años 1990 que trató la cuestión de las clases sociales fue escrita por alguien que se vestía como un profesor de geografía de los años 1970, tenía nombre de comediante y —no es coincidencia— nunca más volvió a cantar sobre el tema. Cuando la canción se convirtió en un hit, Jarvis Cocker se convirtió en una estrella y dejó de ser un trabajador. Entonces no dijo más nada sobre las clases sociales. Si otros tuvieran el mismo decoro...●



# GANAR EL DERECHO AL PAN, PERO TAMBIÉN A LA POESÍA

*Una conversación entre Alberto Prunetti y Kike Ferrari.*

**ALBERTO PRUNETTI** | Vivimos a miles de kilómetros de distancia, yo en Italia y vos en Argentina, pero compartimos el hecho de haber nacido en familias trabajadoras. Mi padre era soldador y murió de cáncer luego de años de exposición al amianto (asbesto). Yo mismo he trabajado muchos años como cocinero y, cuando migré a Inglaterra, viví con trabajos de salario mínimo, como limpiador de baños y encargado en un gran centro comercial de Bristol.

Ahora trabajo en la industria editorial y soy escritor, como vos. He llegado a plasmar mi experiencia en tres libros distintos, cada uno de los cuales adopta formas muy diferentes. *Amianto. Una historia obrera* (Hoja de lata, 2020) es la historia de mi padre, la vida de un obrero «de antes», de mameluco azul, con las manos sucias de grasa. *108 metros* (Hoja de lata, 2021) cuenta la historia de los trabajadores de hoy... y también la historia de mi emigración a Inglaterra. La forma que uso en mi obra es una mezcla de investigación, de relato de (auto) ficción, de panfleto de denuncia política.

De hecho, me referencio mucho en la literatura argentina: Rodolfo Walsh y Osvaldo Bayer para mí son monumentales. De Walsh he aprendido el tema de la

no ficción y de Osvaldo (que, por cierto, fue un amigo y soy su traductor al italiano) aprendí a mezclar el periodismo y la investigación, con una fuerte tensión ética. Es decir, la forma de mi obra es bastante híbrida: me inspiré en la no ficción hispanoamericana, pero también en la literatura *working class*, especialmente la inglesa y la escocesa.

Vos, por cierto, estás haciendo algo distinto en tus novelas. ¿Cómo llegaste a tu estilo de escritura? ¿Cómo impacta en tu forma de escribir el hecho de pertenecer a la clase trabajadora?

**KIKE FERRARI** | Bueno, aunque son ciertas las distancias de las que hablás, no menos ciertas son las causas que las acortan. Para empezar, como se puede inferir de mi apellido (cualquiera de los dos, en realidad, mi apellido materno es Pagano), hay una rai-gambre italiana en mi familia. Pero, más importante que esto, los dos pertenecemos a la misma clase en una misma época: la de la descomposición del viejo proletariado, la salida por derecha —la caída— de lo que se llamaron socialismos realmente existentes y la fase hegemónica del capital que Fisher con tanto acierto llamó «realismo capitalista». Eso nos une más de lo que los kilómetros de distancia nos separan.



Desde 1988, cuando empecé a trabajar, pasé por infinidad de trabajos, la mayor parte manuales; también migré (en mi caso a Estados Unidos, donde viví entre el año 99 y el 2003, cuando fui deportado) y desde hace algunos años hice de la literatura mi oficio. Aun un segundo oficio, ya que sigo teniendo que levantarme cada mañana para ir a trabajar al subte y garantizar mi subsistencia material.

Otra cosa que nos junta es la presencia del amianto en nuestra vida: en tu caso como asesino en el obrecidido de tu papá; en el mío, en forma de amenaza latente y lucha: hace unos años el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, en manos de lo más rancio de la reacción política, hizo un negocio tan turbio como sus ideas con el metro de Madrid y compró trenes que contienen amianto. Nuestro sindicato lo descubrió e inició una campaña de denuncia y un plan de lucha que consiguió que el gobierno y la empresa reconocieran la presencia del material. Varios compañeros murieron ya, y no sabemos cuántos pueden — podemos — estar enfermos. Ahora, cada día, seguimos la pelea por la desasbestización total del subte.

Pero volvamos (o lleguemos) a la literatura. Al momento de sentarme a escribir ficción, yo intento olvidar mi condición de obrero. Como intento olvidar que soy marxista. Porque sé que, intente lo que intente, eso está y va a aparecer. Y porque me interesa mucho la literatura política —para mí, claro, la política tiene la forma de la lucha de clases— y entiendo que nada la puede dañar más que el panfleto.

Pero creo que lo más importante que me dio la condición de clase es la forma de aproximación a la literatura. Como un obrero que enfrenta las máquinas prensadas para la reproducción del capital imaginando cómo deberían funcionar para el bien colectivo, en un mundo que todavía no está acá, yo me enfrento a mi propia escritura: listo para usar las herramientas para construir un texto que todavía no está acá, la narrativa de un mundo por venir. Un mundo que todavía no es real, pero que es verdad. Y para esto encuentro de gran utilidad los géneros populares, sobre todo los cruces entre géneros, que me permiten lateralizar el sentido, construir artefactos narrativos que operen contra la realidad.

Me gustaría preguntarte cómo resolvés vos esa ten-

sión o, mejor aún, cómo creés que la literatura obrera puede responder a los puntos ciegos del viejo realismo social.

**AP** | Yo utilizo el humor y la hibridación de géneros para que mi obra no se asfixie de realismo social. Para darte un ejemplo: cuento la vida laboral de los migrantes en el Reino Unido y de repente aparece el fantasma de Margaret Thatcher, como si hubiera salido de una novela gótica. Es decir, hay que ir más allá del realismo para contar la realidad.

Kike, tu novela negra *Que de lejos parecen moscas* hace algo parecido. Es muy fuerte y veloz, te quedas completamente atrapado leyéndola. También me gustó muchísimo el tema de la burguesía y la manera en que retratás a una lumpen burguesía, una burguesía criminal. Creo que describe bien tanto a la burguesía argentina como a la italiana: muchas veces burguesías de nuevos ricos sin capital cultural y con mucho capital familiar (y que no dudan «hacerse de la ley», si lo necesitan, en lo que son muy distintas a las burguesías de Francia, de Alemania o de Inglaterra).

*Que de lejos...* además es un acto de justicia, de justicia poética, si uno quiere. Nosotros, trabajadores, carecemos de justicia social en la vida real, mientras que al señor Machi en *Que de lejos...* lo mandan a la mierda en un acto de justicia. No importa quién: las putas, el camarero, el cocinero... Todo el mundo de los trabajadores odia a este amo de mierda representado por el señor Machi. Y, pues, así se escribe una novela negra, el tipo de novela que les encantaría a Dashiell Hammett y a Jean-Patrick Manchette.

Esa búsqueda de justicia poética la siento bastante cercana. En *Amianto...* he buscado la justicia poética por la muerte de mi padre, ya que no era posible lograrla en un tribunal. Entonces, te pregunto si el tema de la justicia por los de abajo —algo tan elusivo en la vida real— puede funcionar en una narrativa de clase obrera. Yo creo que sí, pero me gustaría saber tu parecer sobre el tema.

**KF** | Es una gran pregunta la que hacés. Y, como suele pasarme con las grandes preguntas, no tengo respuesta. O la respuesta tentativa que tengo es la que doy en mi ficción. Tengo un odio tan absoluto por la burguesía que quiero que a sus representantes les

pasen cosas horribles en todos los universos posibles. Incluido, por supuesto, el de la ficción.

Pero al mismo tiempo me asusta que ese afán transforme mi literatura en una literatura del optimismo, de un optimismo que, por supuesto, no tengo. Entonces prefiero que esos —parafraseando a Walsh— oscuros momentos de justicia sean opacos, borroneados, sin un sentido último. Aun así, coincido con vos: la búsqueda de ciertas formas de justicia (aunque la palabra le quede un poco grande a lo que intentamos decir) puede ser útil para la construcción de, como te decía antes, una narrativa que enfrente lo real desde nuestra clase.

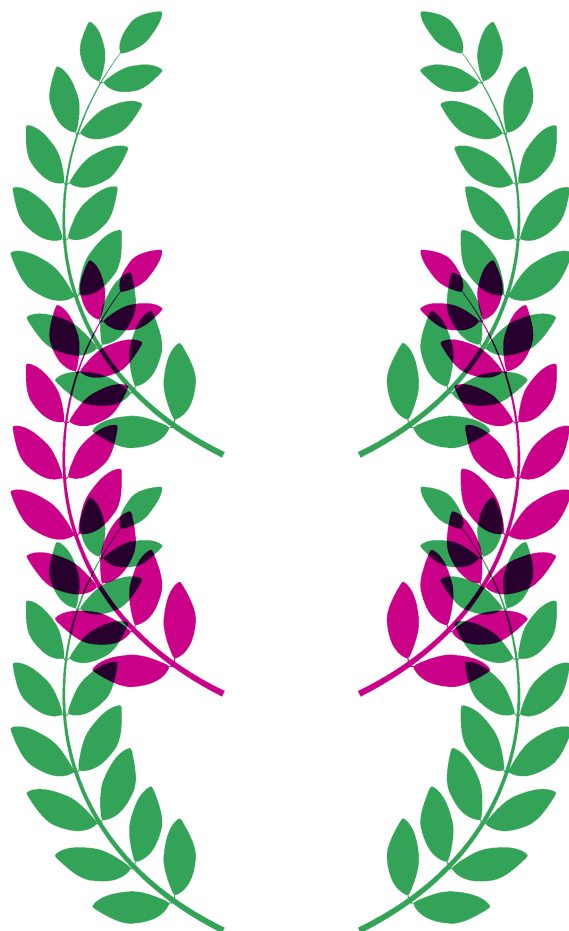
**AP** | En el pasado tuve muchas dificultades para encontrar editoriales que publiquen mis libros. Ahora menos y, de hecho, mi obra fue traducida a distintos idiomas, así que no me puedo quejar mucho. Pero en Italia sigue siendo difícil. La industria editorial italiana dice que hay demasiado obrerismo, demasiada rabia vertidos en mi literatura...

Igual, lo que me importa a mí es contar historias de trabajadores, porque si no lo hacemos nosotros, lo hacen los demás, y cada vez que leo una historia obrera escrita por una persona de clase media me resulta ajena y siento que le falta algo. ¿Qué opinás? ¿Encontrás problemas parecidos en la literatura latinoamericana? ¿La industria es hostil a la literatura obrera? ¿Solo se reconcilia con la literatura obrera cuando proviene de la clase media?

**KF** | La pequeña burguesía es, sin dudas, también en Latinoamérica, el sector más representado en la ficción en todas sus formas, incluida la literatura. El lumpen y la marginalidad —en realidad, deberíamos decir la mirada de la pequeña burguesía sobre la marginalidad y el lumpen— tienen también gran representación, tanto como las historias de la burguesía. La clase obrera es, salvo contadas excepciones, la gran ausente de esa mesa.

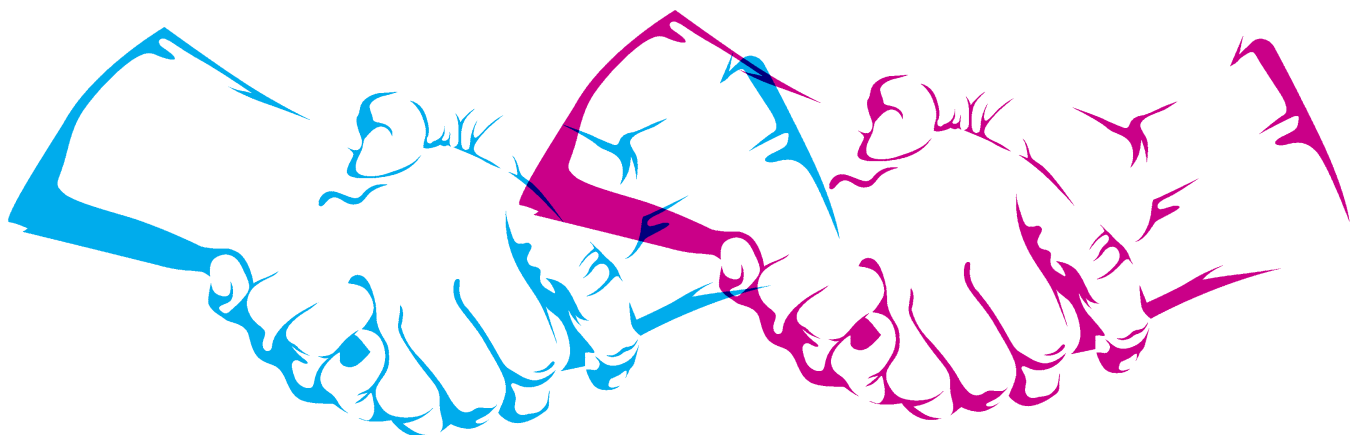
Creo que, además de la hostilidad del mundo editorial, hay cierta ausencia de voces frescas para esa rabia de la que hablás.

Es de festejar el auge de una narrativa del feminismo y que distintos grupos oprimidos —minorías étnicas,



disidencias sexuales— tengan cada vez más voz en la ficción. Pero es llamativo (aunque no extraño) que la clase que sigue siendo la gran oprimida del sistema capitalista brille por su ausencia. Y digo que es llamativo porque, pese a los cambios, sigue siendo la clase mayoritaria y la que mueve al mundo. Pero también digo que no es extraño —y lo digo a riesgo de granjearme antipatías— porque creo que sigue siendo también la única que lleva en sí el germen para terminar con el sistema capitalista.

**AP** | Yo soy director y fundador de una serie editorial que se llama Working Class, que me permite publicar historias distintas a mi propia experiencia: hemos publicado historias de obreras (como *Tea rooms*, de la española Luisa Carnés) y también de personas obreras LGTBQ. Me resulta importante plasmar



esto en la literatura porque creo que la nueva clase obrera, como decía David Graeber, es también una *caring class* (clase cuidadora), una clase de mujeres, de limpiadoras, de personas migrantes y en situaciones que muestran que está cambiando la composición de la clase trabajadora. ¿Sucede algo parecido con la clase obrera de las últimas décadas en América Latina? ¿Existe una tendencia en la literatura que acompaña esas transformaciones?

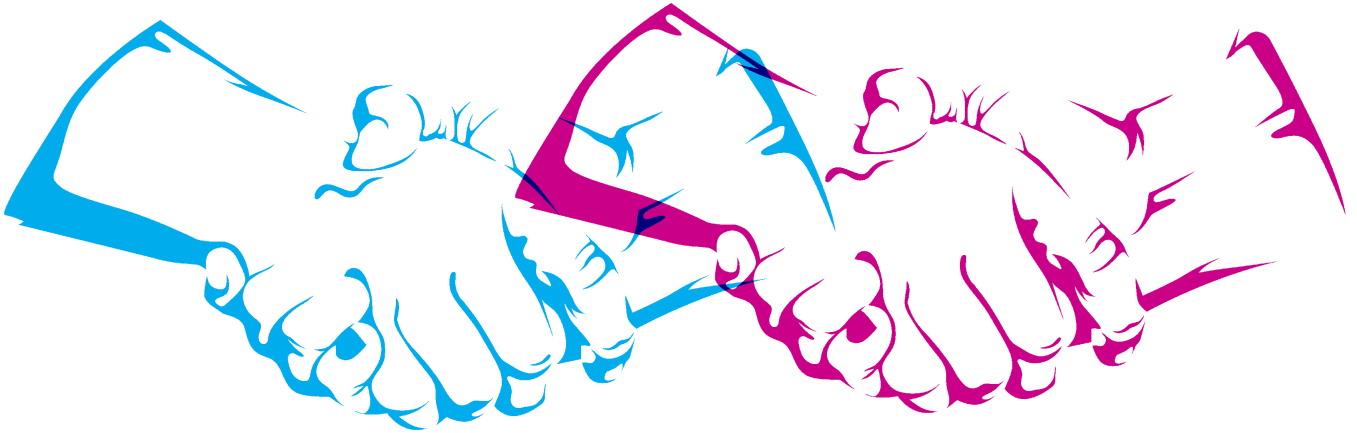
**KF** | No estoy seguro. Entiendo que las mujeres de los cincuenta que se quedaban en sus casas eran tan parte de la clase obrera como las que actualmente están en el mercado laboral. Tengo la sensación, más bien, de que a distintos momentos del capital corresponden distintos roles. Quiero decir: es claro que, durante el fordismo, los sueldos (pero también las casas en barrios cercanos a las fábricas, las líneas de crédito, etc.) contemplaban, al mismo tiempo que invisibilizaban, el trabajo de la mujer ligado al hogar. Lo que este momento parece haber hecho es ponerlo en tensión. Y desdoblar el antiguo salario familiar.

En cuanto a la literatura, veo lo mismo que te decía hace un rato: a la hora de hablar de las mujeres —incluso de las mujeres de la clase trabajadora— tiende a subsumirse la pertenencia de clase al género. Quizá nos sirva (no estoy seguro, me gustaría que hubiera una compañera en esta conversación) pensar la idea de Angela Davis de triple opresión, ¿no? ¿Cómo ves vos, en Europa, que opera la intersección entre clase, raza y género?

**AP** | Efectivamente, creo que es uno de los aportes más fecundos al pensamiento radical y a los movimientos sociales. Me encanta Angela Davis y también Bell Hooks, que viene más de la clase obrera negra. Pero veo un límite: el pensamiento interseccional, ¿es para las mujeres académicas o para las mujeres racializadas de clase obrera, como por ejemplo, las las trabajadoras de la limpieza migrantes? Porque existe el riesgo de que también el feminismo interseccional, como sucede con la izquierda, se convierta en una intersección sin clase obrera. Y eso sería un fracaso para la última ola de feminismo radical, como fue un fracaso tener una izquierda sin obreros y obreras (y como sería un fracaso para el sindicalismo tener un sindicalismo sin mujeres). Por eso me parece que el feminismo, el sindicalismo, cada forma de activismo y de pensamiento crítico, deberían ser representativos de todas las opresiones, incluida la opresión de clase. De otra manera, desembocamos en una especie de gentrificación del pensamiento crítico. Quiero decir, la burguesía es capaz de comerse nuestro pensamiento.

¿No te parece que el problema en parte es que la burguesía domina el mundo de la literatura? Digo, si los editores de la industria editorial fueran personas que de chicos hubieran escuchado hablar de paros, de desempleo, etc., nuestras historias obreras tendrían mejor recepción. Pienso en que una novela de clase obrera como *Shuggie Bain* (Groove Press, 2020), del escocés Douglas Stuart, ganó el super-





prestigioso premio Booker Prize en 2020, pero antes de eso fue rechazada por miles de editoriales.

Creo que las historias de clase media se publican sin problemas. Es como si la vida de esta clase — incluidos escritores, lectores, editores— se tomara como algo neutral y natural. ¿Qué hacemos frente a esa realidad?

**KF** | Para empezar, creo que el problema principal es que el mundo —no solo el editorial, sino todo el mundo— está dominado por la burguesía. Y que en este mundo el lugar que nos asignan a los trabajadores con respecto a la cultura, si tenemos alguno, es el de consumidores y no el de productores.

Pero así como creo esto, también creo que si para el capital fueran rentables las historias de la clase obrera, tendríamos una novedad literario-proletaria por semana. Y nada ganaría la clase obrera con esto. Quizá debamos preguntarnos para qué queremos que esas historias sean contadas. ¿A quién se las queremos contar? ¿Desde dónde? Quizá debemos buscar formas alternativas de circulación y formas alternativas de contar las historias.

¿Qué forma de circulación? Por supuesto, no lo sé, pero te cuento algunas experiencias. Nuestro sindicato —AGTSyP, Asociación Gremial de Trabajadores del Subterráneo y Premetro— tiene una radio y una editorial. Ahí hay una forma. Publicamos

una revista de cultura (*Acoplando*) y libros escritos por los laborantes. Algunos sobre nuestros conflictos e historias; otros, ficciones o poemas. Porque —ya lo dijo uno de los mejores de los nuestros— tenemos que ganar el derecho al pan pero también a la poesía.

Otro ejemplo sería el de Indómita Luz, la editorial de la UTEP (Unión de Trabajadores de la Economía Popular), que publicó mi último libro, *Territorios sin cartografiar*, y que tiene un catálogo en el que conviven ensayo, poesía, literatura obrera y *New Weird*. Porque ahí está el problema de las formas: podemos hacer literatura desde la clase contando una huelga o, por ejemplo, con un relato que cuente la historia de un pueblo en el que una fuerza sobrenatural hace desaparecer a todos aquellos que salen de su casa a hacer algo que no sea trabajar.

Escribir contra la realidad. En *Todos nosotros* (Alfaguara, 2019) —disculpá la autorreferencialidad— escribí algunos capítulos narrados por objetos. En cada caso, estos objetos autoconscientes piensan el proceso que les permitió existir. Uno es un libro —*El Estado y la revolución*— que se sabe tan hijo (o más) de los tipógrafos que lo imprimieron y armaron que del traductor del texto o del mismo Lenin. Quiero decir que esas, y completo lo que balbuceé en mi primera intervención, son las maneras lateralizadas y opacas que conforman mi búsqueda, una de las posibles, de decir a qué clase pertenecemos. ●

# NI ENEMIGOS NI RIVALES: CAMARADAS

**Las hinchadas del Rayo Vallecano en España, del St. Pauli en Alemania, del Demirspor en Turquía y del Livorno en Italia militan las mismas ideas y tienen un horizonte común: derribar el capitalismo.**

Septiembre de 2009, Turquía. Un estadio de fútbol ilumina la noche de verano de la ciudad de Adana, al sur del país y a 270 km de Alepo, Siria. Bengalas rojas atraviesan el cielo. Antorchas de fuego también rojo corren veloces por las tribunas. Los hinchas del Adana Demirspor se apelmazan para ganar un lugar. Son unos veinte mil. El humo apenas deja ver cómo las banderas entran y salen de la claridad: el Che Guevara, la hoz y el martillo, Palestina, Cuba. Suenan tambores. Gritos de guerra. Los jugadores del AS Livorno de Italia comienzan a trotar sobre el césped. Está por arrancar. Son pocos los visitantes que llegaron desde la ciudad puerto de la Toscana y ya están mezclados con los locales. Ahora los cantos de guerra desembocan en uno solo. Se escucha, estridente:

*Una mattina mi son' svegliato  
O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao  
Una mattina mi son' svegliato  
E ho trovato l'invasor*

La canción va a sonar todo el partido, que va a terminar cero a cero y va a ser la excusa para una fiesta

internacionalista. Porque podría ser un partido de la Champions League, uno de los torneos internacionales que mueve más plata en el mundo. Podría ser un partido de la Copa UEFA, el segundo torneo de Europa. Podría ser simplemente un partido de fútbol entre un equipo de la tercera división turca y un equipo de la Serie A del calcio italiano. Pero hoy, en esta ciudad, el amistoso es entre dos equipos vinculados a partidos y tradiciones de izquierda. Como el Rayo Vallecano en España o el St. Pauli en Alemania, las hinchadas del Demirspor y del Livorno militan las mismas ideas con un horizonte en común: derribar al capitalismo.

La historia de ese partido comenzó mucho antes. También por un partido, pero el 21 de enero de 1921, en la sala del Teatro Goldoni de Livorno, noroeste italiano. Ahí, sobre la costa del mar Tirreno, el Partido Socialista Italiano se había reunido para realizar su XVIIº Congreso. Habían pasado cuatro años de la Revolución rusa. El tema hervía. Después de horas de discusiones, finalmente Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga decidieron romper con el PS y formar el Partido Comunista Italiano.



El PCI se unía a la Internacional Comunista y comenzaba a expandirse por todo el país. Luego llegaron las prohibiciones y las persecuciones de Benito Mussolini hasta que, a principios de los años 90, se extinguió en las arenas de la socialdemocracia. Aquel partido nacido en Livorno, que pretendía una sociedad en manos de los trabajadores, solidaria y alejada de los coqueteos del mercado y las distracciones de la industria cultural, dejaba huérfanos a los revolucionarios italianos. El único refugio para esas ideas permanecía muy cerca del Teatro Goldoni de Gramsci y Bordiga. Sobre las tribunas del Estadio del AS Livorno todavía combustionaban las ideas revolucionarias del antiguo PCI.

Fundado en 1915, el equipo del puerto toscano —y sobre todo su hinchada— tomó rápidamente afinidad con el comunismo italiano y desde ahí comenzó a traccionar los posicionamientos más progresistas dentro de un fútbol cada vez más aprisionado en las lógicas del *marketing* y de los negocios. Por eso, a casi cien años de su nacimiento, en ese encuentro amistoso frente al Demirspor de Turquía, la consigna en gradas locales y visitantes decía: «Contra el fútbol moderno».

A diferencia del Livorno, el Demirspor no estuvo empujado por la fundación de un partido o por la iniciativa de algunos dirigentes. El Adana Demirspor fue fundado por obreros metalúrgicos. Si el Livorno fue la dirigencia, el Demirspor fue la clase. En sus tribunas se repiten las mismas banderas que en las de Livorno y aún hoy, con el club en primera división y con figuras como Mario Ballotelli, se pueden encontrar en las redes sociales del club dibujos del Che y de Lenin con la camiseta azul y negra.

Esa noche de septiembre las tribunas ardían de negro y azul, pero sobre todo de rojo. La efervescencia internacionalista conmocionó a los jugadores de ambos equipos. A uno en especial; al mejor de los italianos.

Su figura, el delantero y goleador Cristiano Lucarelli, ya había mostrado al público de qué lado estaba. En 1997 lo citaron de la selección italiana sub-20 para jugar un partido contra Moldavia. Hasta ese momento, era apenas una promesa y no había trascendido que su padre era militante del PC y trabajador del puerto de Livorno. Ese día Lucarelli hizo un gol que le costó el ostracismo en la selección por más de 10 años. En rigor de verdad, un festejo. Acomodó la pelota sobre el palo izquierdo del arquero moldavo, saltó los carteles y fue corriendo a las tribunas para celebrarlo con la gente. En el camino se sacó la camiseta azul para mostrar que debajo tenía una blanca estampada con la cara del Che Guevara. Los hinchas italianos lo festejaron más que al momento del gol. La euforia de la gente pegó un cimbronazo en la cancha. ¿Los italianos eran masivamente comunistas? No. El partido se jugaba en el estadio del Livorno. En una entrevista de febrero de 2021, Lucarelli —ya retirado del fútbol— dijo sobre el famoso festejo con la cara del Che: «Yo pagué por lo del Che Guevara, pero siempre seré comunista».

Ya con su máximo referente afuera de las canchas, los hinchas del Livorno seguían militando los símbolos de la revolución y los distintos procesos de liberación en América Latina y en Medio Oriente. Así aparecieron banderas que decían «Hasta siempre, Fidel» cuando murió el comandante cubano o lo mismo cuando murió Hugo Chávez. Banderas que apoyan a Palestina, a los inmigrantes, a los independentistas del Kurdistán; a los que peor la pasan.

Hasta que les llegó a ellos, a los hinchas, al club. Empujando por una catarata de malas administraciones y pésimos resultados, el Livorno fue perforando las categorías del descenso. Una caída libre que los dejó en la Serie D, la última categoría profesional del fútbol italiano. Las deudas se hicieron imposibles. Los jugadores buscaron equipos con mejores horizontes. La

dirigencia no logró pagar los costos administrativos para participar de la D y el club quedó en la quiebra e imposibilitado para competir. Ahora, con nuevos dueños, en la temporada 2021-2022 participará de la Eccellenza Toscana, una liga regional. El club tendrá nuevo nombre, Unione Sportiva Livorno. Los hinchas seguirán cantando la misma canción cuando vean salir a su equipo:

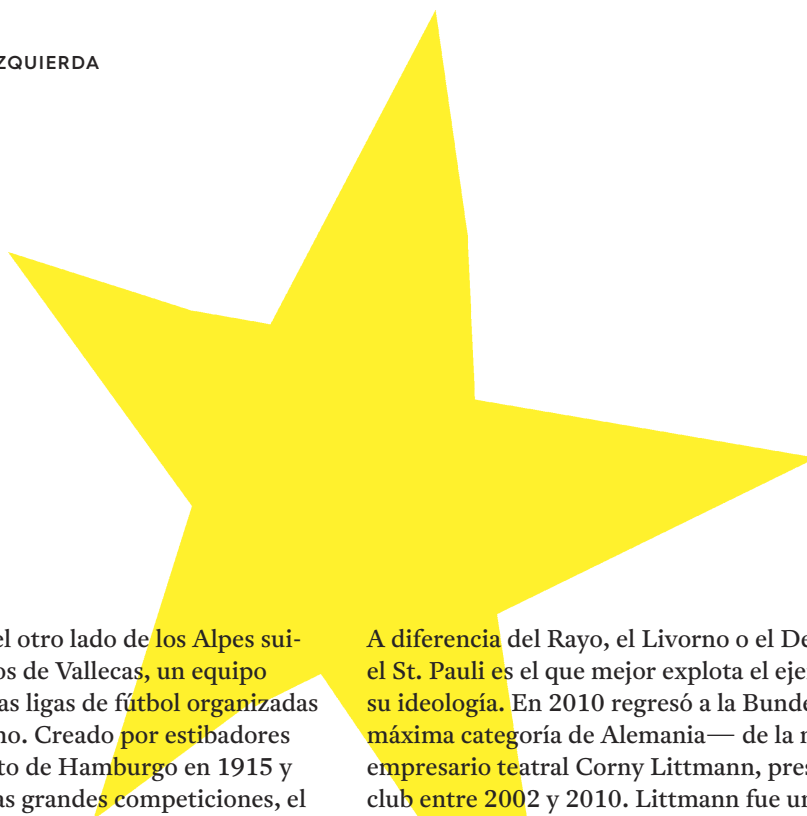
*Avanti popolo, bandiera rossa  
 Alla riscossa, alla riscossa  
 Avanti popolo, bandiera rossa  
 Alla riscossa, trionferà  
 Bandiera rossa la trionferà  
 Bandiera rossa la trionferà  
 Bandiera rossa la trionferà  
 Evviva il comunismo e la libertà*

En el barrio de Vallecas, la libertad y las ideas tampoco se negocian y los bukaneros —la barrabrava del Rayo Vallecano— lo expresan todos los partidos y, a veces, en los entrenamientos. Así lo sintió el jugador ucraniano Roman Zozulya cuando, en 2017, tuvo la participación más efímera en la historia del club. Se habían enterado de que la flamante incorporación se había sacado fotos con una bandera roja y negra y una cara: Stepán Bandera, el colaboracionista nazi de Ucrania más conocido de la Segunda Guerra Mundial. Enseguida encontraron otras fotos: con armas, rodeado de paramilitares, posando con más nazis. El ucraniano se encontró con una bandera el primer día de entrenamiento: «Vallecas no es lugar para Nazis. Presa, para ti tampoco. ¡Vete ya!», en referencia a Martín Presa, el empresario dueño del club, vinculado al Opus Dei. La movilización de los hinchas fue tan grande que Presa tuvo que dar marcha atrás y anular el pase del jugador. Los ultras exhibieron su victoria en las gradas con una bandera que marcaba un camino: «Evitar que un nazi vista La Franja».

El club quedó a salvo de nazis. Al menos momentáneamente. Mientras tanto, los bukaneros siguen sosteniendo políticas de asistencia a desahuciados del barrio, organizan eventos para recaudar fondos y exponen un apoyo constante a las comunidades de inmigrantes. Suelen desplegar banderas contra un único oponente. Porque el clásico del Rayo Vallecano no es el Atlético de Madrid ni el Real Madrid. En Vallecas, el clásico es contra el capital. En la agenda política también intervino Medio Oriente. En esa ocasión, la leyenda sostenida por la gente—escrita en letras rojas y gigantes—, decía: «Luchar es nuestro destino. Con la rabia de un niño palestino. Stop genocidio de Israel».

En las gradas del Rayo puede haber muchas banderas, muchas consignas, algunas antifascistas, otras en contra del racismo, otras a favor de la solidaridad. Algunas también se materializaron en la acción. En medio de la crisis económica y los desalojos compulsivos de 2014, el estadio de Vallecas levantó una bandera con nombre propio y un *hashtag*, #CarmenSeQueda. Se trataba de una mujer de 85 años a la que habían echado de su casa por no poder pagar la hipoteca. La peña rayista se movilizó y el técnico de ese momento, Paco Jiménez, organizó una conferencia de prensa para anunciar que él y los jugadores ayudarían económicamente a Carmen y le pagarían de por vida el alquiler de una nueva casa. Carmen se quedó en Vallecas.

Aunque los bukaneros nacieron en 1992, la tradición del Rayo y el movimiento obrero español es mucho más antigua. Con la irrupción de la Segunda República Española, en 1931, los socialistas armaron una liga obrera de fútbol, independiente de la oficial. Hasta el inicio de la Guerra Civil en 1936, la Federación Cultural Obrera Deportiva (FCOD) agrupó y organizó un campeonato de fútbol de 24 equipos. Uno de ellos era el Rayo Vallecano que, todavía en esos años, representaba un municipio independiente de Madrid.



En esa misma época, del otro lado de los Alpes suizos, a dos mil kilómetros de Vallecas, un equipo alemán naufragaba en las ligas de fútbol organizadas por el nacionalsocialismo. Creado por estibadores y trabajadores del puerto de Hamburgo en 1915 y siempre al margen de las grandes competiciones, el St. Pauli se hizo conocido en el mundo a principios de este siglo por ser un club, un equipo y una hinchada de izquierda. Pero su identidad se forjó durante los años 80. En Alemania, los *punks* avanzaban fuerte como tribus urbanas y como grupos de resistencia a la oleada liberal en Europa. Mientras las tribunas de los demás equipos eran invadidas por *hooligans* y grupos nacionalistas, el Millenrtor recibía a bandas de punks, antifascistas y anarquistas.

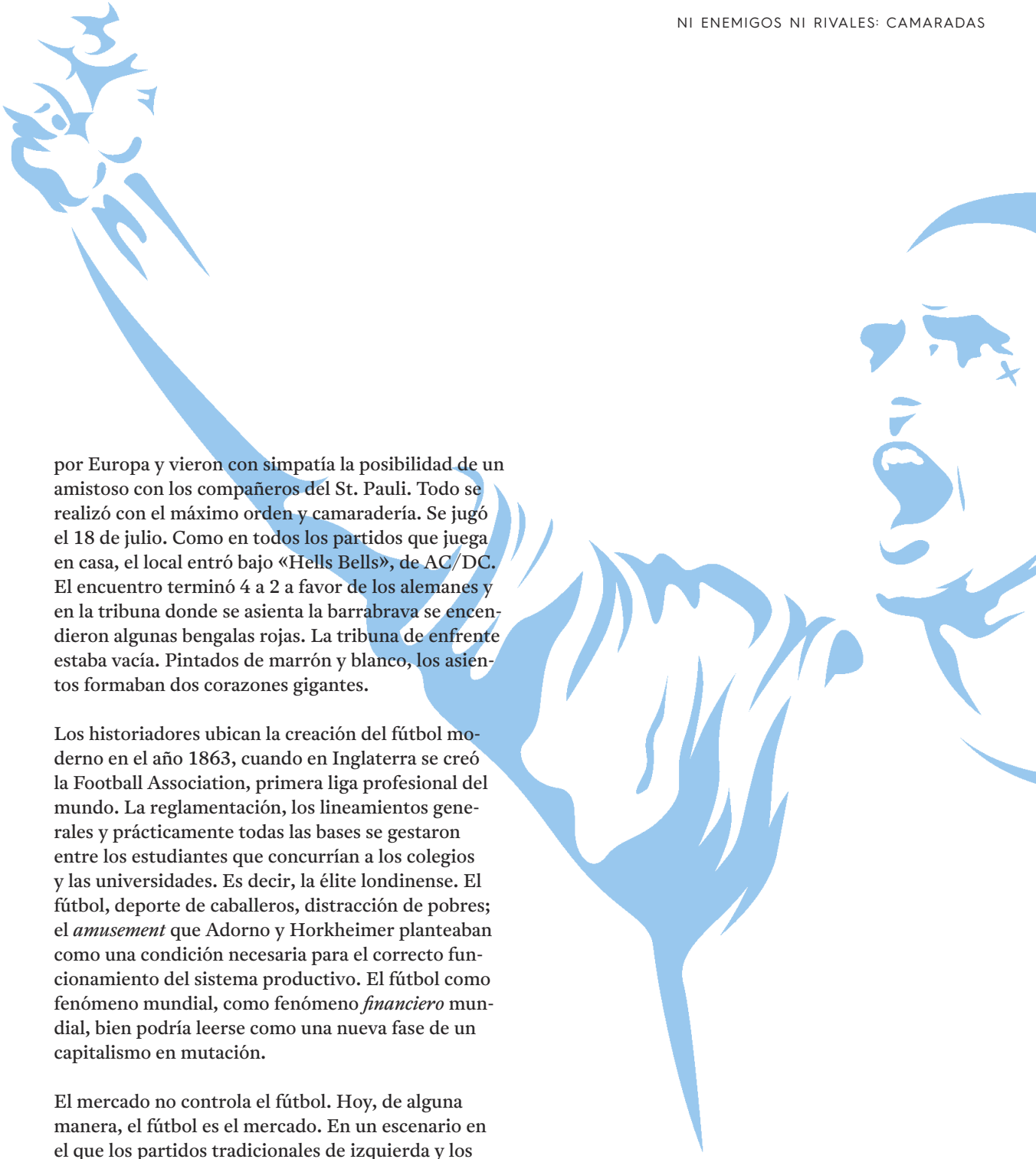
Las calles de Sankt Pauli ardían. Grupos de jóvenes se organizaban para tomar casas vacías. Muchas veces en protesta contra las especulaciones y grandes negocios inmobiliarios en Hamburgo. Muchas veces como modo de vida, como resistencia al capitalismo. En este barrio al sur de Hamburgo se estaba gestando la contracultura más fuerte de Alemania. Estaba naciendo el movimiento okupa y las gradas del St. Pauli, el equipo del barrio, se convirtieron definitivamente en un espacio de resistencia. No solo las gradas. Muchos okupas jugaron en el club y hasta hubo jugadores que habían participado de brigadas internacionalistas en la Nicaragua sandinista. Es el club más punk en esta liga de equipos de izquierda y lo demuestra con una calavera como símbolo, inspirada en un famoso pirata de Hamburgo: Klaus Störtebeker, una suerte de Robin Hood del Mar Báltico.

A diferencia del Rayo, el Livorno o el Demirspor, el St. Pauli es el que mejor explota el ejercicio de su ideología. En 2010 regresó a la Bundesliga —la máxima categoría de Alemania— de la mano del empresario teatral Corny Littmann, presidente del club entre 2002 y 2010. Littmann fue uno de los fundadores del Partido Verde y es un referente de la comunidad LGTB. Antes de su llegada, el club ya había establecido en sus estatutos la prohibición contra todo tipo de discriminación racial o religiosa. En una de las entradas a las tribunas, un mural de dos hombres besándose dice: «Nur die Liebe zählt» [El amor es lo único que cuenta].

Después de atravesar distintas crisis financieras, los punks de Hamburgo gozan de una fama internacional como el equipo de izquierda más popular del mundo. Algunos les dicen que son una izquierda a la moda. Una izquierda *cool* que, por ejemplo, tuvo iniciativas como la creación de miel orgánica Ewaldbienenhonig que pretende ayudar a recuperar la población de abejas.

Actualmente disputan la segunda división del fútbol profesional de Alemania. A tono con sus compañeros internacionalistas, los ultras del St. Pauli también financian asistencia social, visten remeras del Che Guevara e insisten en su lucha contra el fascismo, la intolerancia y el avance del mercado.

Y, como el Adana Demirspor y el AS Livorno, los alemanes y los españoles también tuvieron su fiesta internacionalista. Sucedió en 2015 y fue en Hamburgo. El Rayo Vallecano estaba en la gira de pretemporada



por Europa y vieron con simpatía la posibilidad de un amistoso con los compañeros del St. Pauli. Todo se realizó con el máximo orden y camaradería. Se jugó el 18 de julio. Como en todos los partidos que juega en casa, el local entró bajo «Hells Bells», de AC/DC. El encuentro terminó 4 a 2 a favor de los alemanes y en la tribuna donde se asienta la barrabrava se encendieron algunas bengalas rojas. La tribuna de enfrente estaba vacía. Pintados de marrón y blanco, los asientos formaban dos corazones gigantes.

Los historiadores ubican la creación del fútbol moderno en el año 1863, cuando en Inglaterra se creó la Football Association, primera liga profesional del mundo. La reglamentación, los lineamientos generales y prácticamente todas las bases se gestaron entre los estudiantes que concurrían a los colegios y las universidades. Es decir, la élite londinense. El fútbol, deporte de caballeros, distracción de pobres; el *amusement* que Adorno y Horkheimer planteaban como una condición necesaria para el correcto funcionamiento del sistema productivo. El fútbol como fenómeno mundial, como fenómeno *financiero* mundial, bien podría leerse como una nueva fase de un capitalismo en mutación.

El mercado no controla el fútbol. Hoy, de alguna manera, el fútbol es el mercado. En un escenario en el que los partidos tradicionales de izquierda y los sindicatos se descomponen aceleradamente, en un escenario de derrota, hinchas como los del Livorno, del Adana Demirspor, del Rayo Vallecano o del St. Pauli, todavía sostienen el espíritu necesario para decir que no: todavía no es el fin de la historia. ●



**LA CLASE  
OBRERA HA  
MUERTO,  
¡LARGA VIDA  
A LA CLASE  
OBRERA!**





ENTREVISTA CON  
MARCEL VAN DER LINDEN  
POR NICOLAS ALLEN

TRADUCCIÓN  
VALENTÍN HUARTE

ILUSTRACIONES  
WILLIAM MORRIS

Durante su largo desarrollo, el capitalismo recurrió a muchos tipos de relaciones laborales, algunas basadas en la coacción económica y otras en factores no económicos. Si el argumento es correcto, debemos conceptualizar a la clase obrera asalariada solo como uno de los tipos —importante, sin duda— de fuerza de trabajo mercantilizada.

**NICOLAS ALLEN | George Orwell escribió que los trabajadores más importantes son también los más invisibles. Tu trabajo parece orientarse en función de un principio similar: comprender la especificidad de la clase obrera sin dejar de lado esas formas de trabajo consideradas anómalas por los enfoques marxistas tradicionales (trabajo no libre, no mercantilizado, intermedio, etc.).**

**MARCEL VAN DER LINDEN |** En el capitalismo siempre convivieron —y, probablemente, sigan haciéndolo— formas distintas de mercantilización de la fuerza de trabajo. Durante su largo desarrollo, el capitalismo recurrió a muchos tipos de relaciones laborales, algunas basadas en la coacción económica y otras en factores no económicos. Millones de esclavos fueron expulsados a la fuerza de África y llevados al Caribe, a Brasil y al sur de los Estados Unidos. Muchos trabajadores subcontratados son enviados hoy a Sudáfrica, Malasia y América del Sur. Otros trabajadores «libres» migran de Europa a las Américas, Australia y a otras antiguas zonas coloniales. Los aparceros producen una porción importante de los bienes agrícolas a nivel mundial.

Estas y otras relaciones laborales son sincrónicas, aun cuando la tendencia hacia el «trabajo asalariado libre» sigue creciendo. La esclavitud todavía existe, la aparcería está retornando en ciertas regiones, etc. El capitalismo es capaz de elegir las formas de mercantilización del trabajo que mejor se adecúan a sus propósitos en un contexto histórico determinado: una variante es más rentable hoy, pero mañana puede ser otra.

Si el argumento es correcto, debemos conceptualizar a la clase obrera asalariada solo como uno de los tipos —importante, sin duda— de fuerza de trabajo mercantilizada. En consecuencia, no podemos concebir al trabajo denominado «libre» como la única forma de explotación que se adecúa al capitalismo moderno, sino como una alternativa específica. Luego, debemos elaborar conceptos que comprendan las múltiples dimensiones de esta problemática. La historia del trabajo capitalista debe abarcar todas las formas de mercantilización de la fuerza de trabajo, sin importar si recurre a la coerción física o a la económica: asalariados, esclavos, aparceros, presos, por no decir nada de todo el tra-

bajo que colabora con la creación o la regeneración de la fuerza de trabajo mercantilizada, es decir, las labores de crianza, las tareas domésticas, y los trabajos de cuidado y de subsistencia.

Si consideramos todas estas formas de trabajo, deberíamos tomar como unidad básica de análisis a los hogares en lugar de los individuos, pues eso nos permitiría mantener en el horizonte las vidas, tanto de hombres como de mujeres, de jóvenes y de viejos —en fin— el amplio espectro del trabajo remunerado y no remunerado.

**NA | ¿Qué consecuencias tiene ese enfoque para la historia del capitalismo? La versión más popular es que el capitalismo surgió a partir de la transformación de los trabajadores en trabajadores asalariados libres, es decir, del acaparamiento de los medios de producción.**

**MVDL |** Si mis observaciones son correctas, debemos transformar drásticamente nuestra concepción de la historia, empezando por nuestro concepto del capitalismo. Si el capitalismo no muestra ninguna preferencia estructural por el trabajo asalariado, es posible que emerja en situaciones en las que dicho trabajo es prácticamente inexistente, por ejemplo, en contextos donde prevalecen distintas formas de esclavitud. Si en lugar de concebir al capitalismo en términos de la contradicción entre trabajo asalariado y capital, lo hacemos en función de la mercantilización de la fuerza de trabajo y de otros elementos del proceso de producción, cobra sentido definir al capitalismo como un circuito de transacciones y procesos laborales que apunta tendencialmente hacia la «producción de mercancías por medio de mercancías», según la célebre expresión de Piero Sraffa.

Ese circuito de producción y distribución de mercancías en constante expansión, donde no solo los productos del trabajo, sino también los medios de producción y la fuerza de trabajo

adquieren el estatus de mercancías, es lo que denomino capitalismo. Esta definición se aparta hasta cierto punto de Marx, pero no deja de ser consistente con su enfoque, pues él también concebía al modo de producción capitalista en función de la «generalización» o «universalización» de la producción de mercancías. Sin embargo, mi definición sí se aleja decisivamente de aquellas que circunscriben al capitalismo a la «producción para el mercado» y pasan por alto las relaciones laborales específicas implicadas en la producción. Es el caso, por ejemplo, de Immanuel Wallerstein y su escuela.

Pienso que, teniendo en cuenta esta definición revisada del capitalismo, es posible concluir que la primera sociedad completamente capitalista no fue la de Inglaterra en el siglo XVIII, sino la de Barbados, esa pequeña isla caribeña (430 km<sup>2</sup>), que durante el siglo XVII se convirtió en la sociedad esclavista más próspera del mundo. La colonización del territorio comenzó en los años 1620, y en 1680 la industria azucarera utilizaba el 80% de la tierra cultivable de la isla, empleaba el 90% de su fuerza de trabajo y representaba cerca del 90% de sus ingresos por exportaciones. Fue el comienzo de la denominada «revolución azucarera», que terminó dominando el desarrollo agrícola de las Indias Occidentales Británicas durante largos siglos.

La cuestión es que el proceso de producción y consumo de Barbados estaba casi completamente mercantilizado: los trabajadores (esclavos) eran mercancías, su comida era comprada en otras islas, sus medios de producción (como los molinos de caña de azúcar) eran fabricados con fines comerciales y el producto de su trabajo (caña de azúcar) era vendido en el mercado mundial. Hubo pocos países en los que la vida económica llegó a estar tan mercantilizada. En ese sentido, aunque pequeño, no dejaba de ser un verdadero país capitalista. Y, por supuesto, solo podía existir gracias a su integración a un imperio colonial más amplio.

Entonces no está tan claro que Inglaterra haya sido la patria original del capitalismo moderno. Cuando adoptamos una perspectiva no eurocéntrica, comprendemos tres cosas: que muchos avances significativos en la historia del trabajo capitalista son más antiguos de lo que pensábamos, que la historia del capitalismo comenzó con los trabajadores no libres y que comenzó en el Sur Global, no en Estados Unidos ni en Europa.

**NA | Me da la sensación de que estas ideas aplican, no solo al pasado, sino también al presente: si expandimos la definición de la clase obrera, ciertamente nos beneficiamos de una nueva perspectiva sobre los orígenes del capitalismo, pero además nos vemos obligados a enfrentarnos a quienes afirman que estamos asistiendo al «fin de la clase obrera», pues esa hipótesis solo se sostiene bajo condición de mantener una concepción sumamente estrecha de la clase.**

**MVDL | Efectivamente, no hay ningún «fin de la clase obrera». De acuerdo a la Organización Internacional del Trabajo, entre 1991 y 2019, el porcentaje de personas que viven exclusivamente de sus salarios («empleados») oscila entre el 44 y el 55%. La proletarianización crece sobre todo en los países capitalistas avanzados. Se estima que en las economías desarrolladas, los asalariados representan cerca del 90% del empleo total. Pero en las economías emergentes y en vías de desarrollo, los empleados representan, con suerte, el 30% del empleo total. Por supuesto, la clase obrera mundial supera con creces el número de empleados: deberían sumarse todos los miembros que aportan ingresos a las familias y la mayoría de los desempleados, como así también la enorme cantidad de trabajadores autónomos que suelen aparecer en las estadísticas como falsos cuentapropistas, es decir, son trabajadores autónomos en los papeles, pero en realidad trabajan para uno o dos clientes principales y dependen completamente de ellos. Tam-**

**bién forman parte de la clase obrera quienes realizan tareas domésticas (en general, mujeres), es decir, quienes garantizan que los empleados y otros trabajadores estén en condiciones de vender su fuerza en el mercado de trabajo.**

Con todo, también observamos desplazamientos internos en la composición de la clase de los asalariados. Durante las últimas tres décadas, el número de trabajadores del sector de servicios básicamente se duplicó, la cantidad de trabajadores industriales creció un 50% y la cantidad de trabajadores agrícolas disminuyó poco más del 10%. Adicionalmente, observamos desplazamientos geográficos. En Europa y en América del Norte la desindustrialización se acelera, mientras que en Asia y otros lugares empieza a crecer el empleo industrial.

Quienes hablan del «fin de la clase obrera» suelen vivir en los países capitalistas avanzados, donde observamos que se está desintegrando gradualmente lo que solía denominarse —erróneamente— el «empleo estándar». Se trata de una forma de trabajo asalariado definida por la continuidad y la estabilidad del empleo, un cargo de tiempo completo con un solo jefe y una actividad que se desarrolla completamente en el lugar de trabajo dispuesto por la empresa, a cambio de una buena remuneración, garantías legales y seguridad social. Sin embargo, suele pasarse por alto que el «empleo estándar» es un fenómeno relativamente reciente, incluso en los países capitalistas avanzados y que, como mucho, solo el 15% o el 20% de los asalariados a nivel mundial accedió alguna vez a ese tipo de relación laboral.

**NA | Creo que, en parte, el término «fin de la clase obrera» remite al poder menguante de los sindicatos y del movimiento obrero. Esa tendencia es indiscutible, ¿no?**

**MVDL | Sí. A pesar de que la clase asalariada a nivel mundial nunca había sido tan numerosa,**

casi todos los movimientos obreros tradicionales están en crisis. Las transformaciones económicas y políticas de los últimos cuarenta años los debilitaron mucho. Su núcleo depende de tres formas de organización social: las cooperativas, los sindicatos y los partidos obreros. Aunque se trata de una tendencia desigual en distintos países y regiones, esas tres formas están en decadencia. El ala política —la socialdemocracia, los partidos obreros, los partidos comunistas— afronta dificultades en todos los países del mundo. Muchos sindicatos también están perdiendo poder. Los sindicatos independientes organizan solo a un pequeño porcentaje de trabajadores, y la mayoría vive en las regiones relativamente ricas situadas a la altura del Atlántico Norte. En 2014, la Confederación Sindical Internacional, único paraguas organizativo de la clase obrera a nivel mundial, estimó que no más del 7% de la fuerza de trabajo total estaba afiliada a un sindicato. Supongo que hoy ese total debe haber disminuido al 6%.

La debilidad del movimiento obrero internacional no deja de ser una paradoja. Aun cuando los niveles de conciencia tienden a ser relativamente bajos, dada vez más trabajadores en todo el mundo entran en contacto directo. Los productos que se fabrican en un país suelen ser ensamblados con componentes fabricados en otros países, que a su vez contienen subcomponentes hechos en países distintos. El resultado es que al menos un cuarto de los asalariados tiene empleos vinculados a una cadena de suministro global. La migración también fomenta las relaciones económicas entre trabajadores de distintas partes del mundo. La proporción de migrantes entre la población mundial creció de 2,8% a 3,5% entre 2000 y 2020. El porcentaje específico de migraciones Sur-Norte se duplicó desde los años 1960 y

hoy representa cerca del 40% del total. Y, sin embargo, nada de eso resultó en la resurrección del movimiento obrero.

Con todo, no deja de haber cierto espacio para el optimismo. Durante los últimos diez o quince años, asistimos a una intensificación de las luchas sociales. Por ejemplo, el 8 y 9 de enero de 2019, en India, 150 millones de trabajadores de todo el país fueron a la huelga por una lista de reivindicaciones, entre las que destacaban el aumento del salario mínimo, la alimentación digna y la consigna de igual remuneración por igual tarea. Las protestas sociales están creciendo en todas partes del mundo, incluida América Latina. En fin, no es menos importante notar que también se observan signos de renovación organizativa. Durante los últimos años se percibe un impulso creciente hacia la organización de los trabajadores de hospitales y del sector de cuidados.

**Debemos distanciarnos del economicismo vulgar del pasado, sin perder nunca de vista que la satisfacción de las necesidades básicas sigue siendo un aspecto fundamental.**

La consolidación en 2009 de la Federación Internacional de Trabajadores del Hogar y su campaña, que resultó en la aprobación del Convenio 189 sobre trabajadores y trabajadoras domésticos de la OIT, fueron un gran motivo de inspiración. Las

huelgas de trabajadores presos en Estados Unidos revelan que hay nuevos segmentos de la clase obrera que están empezando a movilizarse. En muchos países los sindicatos están intentando abrirse a los trabajadores «informales» e «ilegales». La New Trade Union Initiative (NTUI) de la India, fundada en 2006, es una experiencia espectacular, que reconoce la importancia del trabajo remunerado y no remunerado de las mujeres y apunta a organizar, no solo al sector «formal», sino también a trabajadores subcontratados, casuales, domésticos, autónomos —en fin— a los segmentos más pobres de la ciudad y del campo.

**NA | Pienso, por otro lado, que la hipótesis del «fin de la clase obrera» tiene como premisa la idea de que los problemas de la sociedad de hoy efectivamente exceden cualquier cosa que hayan podido imaginar los movimientos obreros tradicionales. ¿Qué debe hacer el movimiento obrero para reinventar esa idea, tan fuerte durante los siglos diecinueve y veinte, de que los intereses de los trabajadores son también los intereses de la mayoría de la sociedad?**

**MVDL |** Como dije, es una paradoja: el poder político y económico de la clase obrera empezó a mermar a partir de los años 1980, pero todavía no veo otra fuerza social capaz de reemplazar a la clase obrera como agente principal. La única solución que se me ocurre es el fortalecimiento de esa misma clase obrera, aunque debería ser capaz de recurrir a formas de organización novedosas. Un movimiento obrero renacido necesita una nueva orientación. Sin dejar de notar que este tema requiere mucho debate, me contento con unas breves indicaciones.

En primer lugar, existe todo un espectro de temas muy importantes que los viejos movimientos obreros nunca se tomaron en serio. La mayoría de los sindicatos, los partidos y las organizaciones en general siguen siendo dominados por una cultura masculina, por prejuicios raciales, localismos y tienen poca conciencia sobre las cuestiones del cambio climático y la crisis medioambiental. Es evidente que las cosas están mutando, pero queda mucho por hacer todavía. En segundo lugar, la nueva estrategia obrera debería incluir en su agenda la igualdad social y los derechos. Debemos distanciarnos del economicismo vulgar del pasado, sin perder nunca de vista que la satisfacción de las necesidades básicas sigue siendo un aspecto fundamental. Los movimientos obreros deben convertirse en movimientos de clase en un sentido amplio. En tercer lugar, el movimiento obrero mundial tiende a ser antidemocrático y no permite que

las bases alcen la voz. Debemos reemplazar esta estrategia autocrática por una estrategia democrática radical. En cuarto lugar, es urgente que las organizaciones obreras empiecen a orientarse en función de vínculos globales y actividades internacionales. Muchos de los desafíos más importantes, como el desempleo, el cambio climático, la pandemia o la coyuntura económica, no tienen solución a nivel nacional.

En fin, todos estos elementos deben formar parte de una estrategia radical consistente. Mucho daño nos hicieron los movimientos del pasado que cedieron a la tentación de formar parte de las instituciones dominantes en vez de contar con su propia fuerza. Esto vale para los sindicatos, integrados a distintas formas de corporativismo, pero también para los partidos obreros que, sin un movimiento de masas que los respaldara y sin posibilidad de construir mayorías electorales, terminaron uniéndose a distintos gobiernos de turno. En las condiciones actuales no deberíamos pensar tanto en un gobierno alternativo como en una buena oposición política, comprometida con la autoemancipación de la clase obrera y con la democracia de base.

**NA | Hasta ahora hablamos del movimiento obrero y del trabajo en términos abstractos, pero tal vez es momento de especificar un poco las cosas. Me sorprende la libertad con que, al referirse al Sur Global, se suele apelar a conceptos que supuestamente describen realidades nuevas, como «precariado», cuando en verdad parecen describir una situación que, a nivel mundial, no solo no es reciente, sino que es más bien estructural. Además, estos conceptos «nuevos» parecen suponer que experiencias como el Estado de bienestar fueron universales (cuando en realidad fueron más bien excepciones). ¿Qué opinión te merece el término «precariado» al que recurre Guy Standing?**

**MVDL |** Guy Standing es un gran investigador, que hizo contribuciones fundamentales para

comprender las transformaciones de las relaciones laborales del capitalismo contemporáneo. Pero creo que su idea de que el «precariado» es la nueva «clase peligrosa» es inadecuada. Por un lado, parece implicar que es posible descartar al resto de la clase obrera como agente de cambio social. Por otro, sugiere que los trabajadores precarios son capaces de desestabilizar el capitalismo por su propia cuenta. Este tipo de pensamiento, que privilegia a un segmento de la clase obrera sobre otros, no es nuevo: tenemos el ejemplo del operariado de los años 1970, defendido por Sergio Bologna, Antonio Negri y otros. Esta gente pensaba que los trabajadores calificados pertenecían a los sectores dominantes y que la «masa» de trabajadores no calificados era la vanguardia. Debemos oponernos a ese tipo de sectarismos. Existen buenos motivos para enfatizar la unidad de la clase obrera. Es mejor dejar las tentativas de fragmentación en manos de nuestros oponentes.

Con todo, también debemos reconocer que quienes piensan como Standing no se equivocan cuando señalan la importancia de la precarización. La precarización es una tendencia global y crece casi en todo el mundo. En las regiones más desarrolladas del capitalismo global, la competencia feroz entre capitalistas genera hoy un efecto de «igualación» descendente en la calidad de vida y en las condiciones de trabajo. Las relaciones laborales de los países ricos empiezan a parecerse bastante a las de los países pobres. El filósofo István Mészáros se refiere a este fenómeno como la precarización tendencial de las tasas de explotación.

Hay otro tema candente, muy vinculado con el anterior: el desempleo y el subempleo. En el curso del siglo veinte, especialmente a partir de los años 1940, el número de desempleados y subempleados del Sur Global creció a un ritmo verti-

ginoso. A fines de los años 1990, Paul Bairoch estimó que, en América Latina, África y Asia, el «desempleo total» se situaba en el orden del 30-40%, situación sin precedente en la historia, «salvo tal vez en el caso de la Antigua Roma». En Europa, América del Norte y Japón, el nivel promedio de desempleo siempre fue mucho más bajo. Además, en esos casos, responde siempre a la coyuntura económica y, por lo tanto, es de carácter cíclico, mientras que el «sobredesempleo» —el término es de Bairoch— en el Sur Global dispone de rasgos estructurales.

Los investigadores que estudiaron este problema, como José Nun, de Argentina, y Aníbal Quijano, de Perú, argumentaron que las decenas de millones de trabajadores permanentemente

«marginados» del Sur Global no podían ser considerados como un «ejército industrial de reserva» en el sentido marxista: su condición social no era temporaria y no conformaban una masa de material humano siempre dispuesta a la explotación, pues sucedía que sus calificaciones simplemente no eran

compatibles con los requisitos de la industria capitalista.

La precarización manifiesta una transformación importante del capitalismo contemporáneo. Aunque el capital productivo (la manufactura, la minería) sigue en expansión, existen otras porciones de la burguesía que están ganando cada vez más poder. El capital productivo está cada vez más subordinado al capital mercantil y al capital financiero, denominados por Marx, respectivamente, capital comercial y capital que rinde interés. Hoy asistimos, no solo al crecimiento impresionante de empresas de comercio (Amazon, Ikea, Walmart, etc.) y a una marejada de nuevos bancos y empresas de seguros, sino también al florecimiento de las

### **Si los asalariados del Norte están mejor, es en parte porque los del Sur están peor, tanto en términos socioeconómicos como ecológicos.**

subcontrataciones y de la tercerización. Este proceso debilita el poder de los sindicatos, pues estos suelen ser mucho más fuertes en el sector productivo que en los de comercio y finanzas.

**NA | Entonces, las relaciones laborales del Norte Global están empezando a parecerse a las del Sur, pero el subempleo y el desempleo crónicos se manifiestan en el Sur de formas inconcebibles en los países del Norte. Me pregunto si tu concepto de desigualdad relacional remite a esa situación, es decir, a la idea de que hay una especie de «aristocracia obrera» en el Norte Global que sigue sacando provecho de la explotación del Sur Global.**

**MVDL |** Pienso que el concepto de «modo de vida imperial», acuñado por Ulrich Brand y Markus Wissen, es muy útil en este sentido. Su idea central es que los asalariados de los países capitalistas avanzados —comprendidos aquí en el sentido amplio al que hice referencia antes— sacan provecho de la explotación ecológica y económica de las regiones más pobres del mundo. Esto es lo que denominé desigualdad relacional: si los asalariados del Norte están mejor, es en parte porque los del Sur están peor, tanto en términos socioeconómicos como ecológicos. Esto es válido en el caso del consumo (las remeras baratas de Bangladesh incrementan el ingreso real de los asalariados del Norte), pero también dispone de una dimensión ecológica: los países capitalistas avanzados tienen poder económico y político para importar recursos y exportar desechos. En ese sentido, los asalariados del Norte se benefician del intercambio económico y ecológico desigual entre los países capitalistas desarrollados y los atrasados.

El colapso del «socialismo» en la Unión Soviética, China y en otras partes del mundo, y la adaptación de la India al pensamiento liberal —procesos que se desarrollaron durante los años 1980 y principios de los 1990— tuvieron como consecuencia la emergencia en esos

países de segmentos de la clase asalariada que cuentan con ingresos relativamente buenos, a los que suele subsumirse bajo la categoría más bien imprecisa de «clases medias». Por eso el «modo de vida imperial» también existe en la ex-URSS, en Asia y en otras partes del mundo.

En consecuencia, la clase obrera mundial internalizó contradicciones que dificultan la solidaridad en términos objetivos. Esto nos plantea un problema importante y urgente: no basta con garantizar la igualdad económica y social, sino que también hay que garantizar la igualdad ecológica. Los recursos naturales son limitados. Como dijo Arghiri Emmanuel en los años 1960, las personas que viven en los países ricos pueden consumir esos productos que tanto les gustan solo porque hay personas que consumen muchos menos y otras que no consumen ninguno. ¿Cómo lograr la igualdad en este terreno? Si no es posible hacerlo de forma descendente —es decir, bajando los estándares de vida de los países desarrollados—, ni ascendente —por causas técnicas y ecológicas—, ¿significa que la solución debería pasar por un cambio global en los patrones de vida y consumo, es decir, en el concepto mismo de bienestar?

**NA | Pero cabe pensar que la solidaridad internacional no solo fracasa a causa de las distintas capacidades de consumo. También están los que piensan que los trabajadores tienen más o menos poder en función del lugar que ocupan en los patrones de acumulación a nivel mundial. Por ejemplo, la huelga de una fábrica automotriz en Alemania es «objetivamente» más importante, en el sentido de que afecta más decisivamente al capital global, que una huelga de recolectores de residuos en Argentina. ¿Cómo es posible sintetizar las distintas luchas obreras?**

**MVDL |** Deberíamos pensar menos en términos de clases nacionales y más en términos de poder posicional. En los años 1970, Luca Perrone, un

sociólogo brillante que lamentablemente murió joven, argumentó que las distintas secciones de la clase obrera ocupan posiciones distintas en un sistema definido por la interdependencia económica. En ese sentido, su potencial disruptivo puede divergir enormemente. Tomemos por caso los mataderos de Chicago del siglo diecinueve, que eran una especie de línea de montaje. El primer departamento era denominado el sitio de la muerte y era donde efectivamente se sacrificaba a los animales antes de que fueran procesados en los otros departamentos. Si el sitio de la muerte paraba, se paralizaba toda la industria de la carne. Ese poder posicional tiene un rol político. Por ejemplo, hubiese sido imposible derrocar al sah de Irán sin las huelgas de los petroleros de 1978-1979.

No creo que el Estado nación al que pertenecen los trabajadores defina su poder posicional. Los procesos de trabajo son mucho más importantes. Otro ejemplo: las *commodities*, que son el resultado de la combinación del trabajo de obreros y campesinos de todo el mundo. O tomemos, por ejemplo, los jeans que estoy usando ahora. El algodón más duro de la parte azul viene de los pequeños agricultores de Benín, país de África occidental. El algodón más suave de los bolsillos viene de Pakistán. El índigo sintético se produce en una planta química de Frankfurt, Alemania. Los remaches y los botones contienen zinc extraído por mineros australianos. El hilo es de poliéster manufacturado a partir de productos petrolíferos por los trabajadores de una planta química de Japón. Todas las partes son ensambladas en Túnez y el producto final se vende en Ámsterdam. Por lo tanto, mis jeans son el resultado de una combinación global de procesos de trabajo. De los trabajadores implicados en su producción, ¿qué grupo tiene más poder y qué grupo tiene menos? Es una pregunta empírica que solo podemos responder con información adecuada sobre —entre otras cosas— las posiciones que ocupan los distintos grupos en la competencia.

Ahora que una porción cada vez más grande de la clase obrera mundial empieza a formar parte de cadenas mercantiles transcontinentales, es probable que los trabajadores del Sur Global tengan más poder, al menos en potencia. Su situación es similar a la de los matarifes de Chicago. Si no entregan el cobalto, el coltán y el cobre, Samsung y Apple no pueden fabricar sus teléfonos. Pero seamos claros: se trata de un poder potencial. Para que se actualice, los trabajadores deben tomar conciencia de su posición estratégica y organizarse.

Además, hay otra dificultad: cuanto más cerca están los trabajadores del producto final de una cadena mercantil, más interés tienen en que los trabajadores de las etapas anteriores cobren salarios más bajos, al menos en el corto plazo. Los trabajadores de una fábrica automotriz sacan provecho, en el corto plazo, si los obreros metalúrgicos reciben bajos salarios, pues eso incrementa el margen de ganancias de la venta de los automóviles, conlleva seguridad laboral y, tal vez, una mejor remuneración. Ese obstáculo solo puede ser superado a través de la politización, pues los trabajadores deben tomar conciencia del cuadro completo. Y, en general, la conciencia tiende a incrementar en función de la actividad y la educación que los trabajadores desarrollan de manera independiente.

**NA | La verdad es que tu tesis no parece muy optimista...**

**MVDL |** Soy menos optimista que hace veinte o treinta años. Hoy los obstáculos a la renovación son mayores, y también son mayores los desafíos globales (especialmente el problema medioambiental). La crisis que observamos podría estar marcando el fin de un «gran ciclo» de desarrollo del movimiento obrero, que duró casi dos siglos. El trabajo organizado (como su aliado, el socialismo) cuenta casi dos siglos de existencia y durante su historia sufrió muchas transformaciones. Apoyándose sobre



las tradiciones igualitaristas previas, el movimiento obrero comenzó a desarrollarse con las experiencias «utópicas» del período 1820-1840. Influenciado por la rápida emergencia del capitalismo y por la naturaleza cambiante de los Estados, empezó a bifurcarse luego de las revoluciones de 1848: un ala luchaba para construir una sociedad alternativa, sin Estados separados, aquí y ahora, mientras que la otra intentaba transformar el Estado con el fin de utilizarlo como un medio.

El primer movimiento —el anarquismo y el sindicalismo revolucionarios— tuvo su auge en las últimas décadas previas a la Segunda Guerra Mundial. El segundo movimiento —encarnado inicialmente por la socialdemocracia, pero transformado después hasta llegar a los partidos comunistas— tuvo su apogeo en las primeras décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Ninguno de los movimientos logró conseguir su objetivo de reemplazar el capitalismo por una sociedad justa y democrática.

Es dado pensar en un segundo «gran ciclo». De hecho, es lo que parecen anunciar, aunque sea tenuemente, los acontecimientos actuales.

Los conflictos de clase no cesarán y los trabajadores de todo el mundo seguirán sintiendo la necesidad de organizarse y de luchar. Un nuevo movimiento obrero podría arraigar sobre los anteriores, aunque no sin que se produzcan cambios significativos. Por ejemplo, es fundamental que surja un internacionalismo real, que exceda la mera solidaridad simbólica. No creo que se trate simplemente de un principio humanista: la verdad es que no existen soluciones nacionales a los problemas que hoy enfrenta el mundo.

En el caso de que se concrete el renacimiento, es probable que el nuevo movimiento obrero

difiera considerablemente del tradicional. Me atrevo a decir que cualquier estrategia exitosa dependerá de la capacidad de sintetizar a nivel transnacional respuestas efectivas a los grandes desafíos del presente (la economía global, la ecología, la igualdad de género, la seguridad social, el cambio climático, etc.). También debemos reconsiderar la bifurcación del anarquismo y del socialismo de partido. El anarquismo tiende a enfatizar la construcción de un «socialismo desde abajo» por medio de la autoemancipación de las masas movilizadas. Los socialistas de partido, en cambio, tienden a enfatizar el «socialismo desde arriba», es decir, la perspectiva de que el socialismo debe «bajar» a las masas, tendencia reforzada en las décadas recientes por muchos partidos que prácticamente no tienen inserción social. Aunque se supone que deberían escuchar a los ciudadanos, sobre todo en épocas electorales, la verdad es que los partidos hacen todo lo contrario: son

medios a través de los cuales el Estado se comunica unilateralmente con la sociedad.

Espero que durante este segundo «gran ciclo» veamos una combinación entre las estrategias «desde abajo» y «desde arriba» que logre sintetizar las políticas de gobier-

no, la autoorganización y las grandes movilizaciones. Un cambio de este tipo llevará mucho tiempo. Según Max Weber, el «espíritu» del capitalismo resultó de un largo y arduo proceso de formación, que se desarrolló durante siglos enteros. Del mismo modo, es probable que solo podamos concebir una sociedad socialista como el resultado de un amplio proceso de formación en el que el cambio a nivel social interactúa con el cambio a nivel individual. En ese proceso, las organizaciones independientes y los avances concretos hacia la autoemancipación en todas las esferas de la vida, no solo en la económica, están llamados a jugar un rol fundamental. ●

**La crisis que observamos  
podría estar marcando  
el fin de un «gran ciclo»  
de desarrollo del  
movimiento obrero,  
que duró casi dos siglos.**

# LA (RE)FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA



# Los teóricos de la globalización escribieron innumerables obituarios para la clase obrera, pero ignoraron el hecho de que el capitalismo crea sucesivamente otras nuevas.

Cuando los especialistas en ciencias sociales se refieren al período 2019-2021, destacan tres signos de crisis sistémica profunda: en primer lugar, la incapacidad de la mayoría de los Estados para responder adecuadamente a la pandemia de COVID-19, ese gran revelador de las falencias sociales y gubernamentales. En segundo lugar, la aceptación de Estados Unidos del fracaso de la guerra en Afganistán, que dejó en claro que la «guerra contra el terrorismo» no logró revertir la pérdida de poder de Estados Unidos a nivel mundial. Por último, pero no menos importante, el tsunami de protestas sociales a nivel mundial, que empezó en 2010-2011 —como consecuencia de la crisis financiera de 2008— y no dejó de crecer hasta 2019.

Si ponemos la mirada en el futuro, está claro que cualquier estrategia obrera y socialista deberá tener en cuenta el terreno en el que se despliegan las luchas, es decir, la inestabilidad hegemónica de Estados Unidos en el marco de una crisis capitalista mundial sin parangón luego de los años 1930. Como sucedió durante la primera mitad del siglo veinte, la crisis actual del capitalismo global adopta la forma de una enorme crisis de legitimidad: la consigna «socialismo o barbarie» vuelve a plantearse con urgencia.

## La creación, destrucción y reconstrucción de la clase obrera mundial

¿Qué pueden hacer las movilizaciones clasistas para frenar el deslizamiento del presente hacia la «barbarie»? Hasta hace algunos años, la respuesta de los teóricos de la globalización, de izquierda y de derecha, era unánime: «No mucho». La tesis de la «carrera hacia el abismo» plantea que la globalización creó barreras insuperables para la movilización de la

clase obrera. Desde los años 1980, los partidarios de esta perspectiva escribieron innumerables obituarios para la clase y el movimiento obreros, centrados en el debilitamiento y la destrucción de las clases obreras existentes, sobre todo —y esto es significativo— las ocupadas en la producción industrial de los países centrales. Pero ignoraron las formas en que el capitalismo —por medio de transformaciones recurrentes de la organización productiva mundial— crea nuevas clases obreras con nuevas fuentes de poder, padecimientos y reivindicaciones.

Este enfoque alternativo pone el eje en la creación y reconstrucción de las clases obreras, que responden a su vez a los costados creativos y destructivos del proceso de acumulación de capital. En efecto, la ola mundial de movilizaciones de los años 2010-2011 estuvo marcada por las protestas de nuevas clases en proceso de formación y clases existentes que luchaban para conservar los derechos conquistados en ciclos anteriores. El espectro abarcó huelgas de obreros industriales en China, huelgas ilegales en las minas de platino de Sudáfrica, jóvenes desempleados y subempleados que se lanzaron a ocupar las plazas en todo el mundo y protestas contra la austeridad que se extendieron desde África del Norte hasta los Estados Unidos. El proceso terminó siendo solo el preludio a un tsunami de protestas de clase que duró más de una década y estuvo compuesto tanto por huelgas obreras como por luchas callejeras.

Hay quienes piensan que la lección de los años 2010-2011 es que las luchas de clase se desplazaron desde los lugares de producción hacia las calles. Con todo, aunque no deberíamos menospreciar el significado de las «luchas callejeras», sería un grave error subestimar las huelgas en los lugares de trabajo, pues son

las fuentes de poder que operan detrás de esos movimientos. Así, por ejemplo, aunque la historia estándar de los levantamientos egipcios de 2011 se centra en la ocupación de la plaza Tahrir, la verdad es que Mubarak renunció a su cargo solo cuando los obreros del canal de Suez —sitio fundamental para el comercio internacional y nacional— hicieron huelga.

Desde los años 1980, la adopción generalizada de la producción «Just in time» —la provisión de *inputs* se mantiene en niveles mínimos con la perspectiva de recortar costos distribuyéndolos «justo a tiempo»— incrementó la vulnerabilidad de las fábricas situadas más abajo en la cadena a las huelgas que se desarrollan en los sitios de los proveedores. Este es el caso aun si la fábrica que para está en la misma provincia, como sucedió, por ejemplo, cuando la huelga de una autopartista forzó a Honda a cerrar todas sus plantas de ensamblado en China.

La pandemia y el bloqueo del canal de Suez de marzo de 2020 dejaron en claro que las cadenas de suministro globales son vulnerables a múltiples formas de interrupción, entre ellas, las huelgas obreras. Hasta cierto punto, esto no es nada nuevo. En el siglo veinte, los trabajadores del transporte disponían de mucho poder en virtud de su localización estratégica en las cadenas de suministro globales y nacionales. De ahí el rol central que jugaron en el movimiento obrero en general. No cabe duda de que las cadenas de suministro globales serán distintas a mediados del siglo XXI —de hecho, la pandemia y las tensiones geopolíticas están forzando a reestructurarlas—, pero es muy probable que los trabajadores del transporte, los almacenes y la comunicación sigan teniendo poder (y tal vez cobren más relevancia), dada su localización estratégica en los procesos de acumulación de capital.

Del mismo modo, sería insensato descartar la importancia futura de las huelgas de los obreros industriales, pues la diseminación mundial de la producción a gran escala, puesta en marcha durante el siglo veinte, tuvo como consecuencia la formación de nuevas clases obreras y oleadas sucesivas de conflictos de clase. A

comienzos del siglo veinte, cuando el epicentro de la producción industrial a gran escala se desplazó al continente asiático, también lo hizo la lucha obrera: se confirmó la tesis de que *donde hay capital, hay conflicto*.

Esa frase tiene un sentido geográfico, pues el capital, al ser relocalizado en busca de mano de obra dócil y barata, termina creando clases obreras y conflictos nuevos en sus lugares de destino. Pero también tiene un sentido intersectorial, pues a medida que el capital se desplaza a nuevos sectores de la economía, se crean nuevas clases obreras y emergen conflictos originales.

### Una perspectiva obrera hegemónica

¿En qué sectores debemos centrarnos hoy? Sin duda, uno muy importante es la «industria de la educación» que, según la UNESCO, pasó de contar 8 millones de docentes a nivel mundial en 1950 a 62 millones en 2000, y creció otro 50% en 2019, hasta alcanzar un total de 94 millones de docentes. Más allá del crecimiento meteórico de los números, existen otros moti-

vos para pensar que los docentes están jugando un rol fundamental en el movimiento obrero a nivel mundial, análogo al que jugaron los obreros de la industria textil en el siglo XIX y los obreros de las automotrices en el siglo XX.

La tendencia al conflicto obrero en la «industria de la educación» se convirtió en un dato incuestionable a fines del siglo XX, pero

las movilizaciones de la última década marcaron un punto de inflexión. En Estados Unidos, este punto correspondió a la emergencia de la organización Caucus of Rank-and-File Educators (CORE) que, con amplio consenso social, dirigió a los docentes de Chicago a través de su exitosa huelga de 2012. El conflicto logró instalar la idea de que los docentes no solo luchaban por sus propios intereses, sino por los de los estudiantes y las familias. La huelga de Chicago fue seguida de una oleada nacional de paros y movilizaciones en todo el país, especialmente en los distritos escolares localizados en estados con una fuerte política antisindical.

En Chile, los docentes de las escuelas públicas que fueron a la huelga bajo dirección del Colegio de Pro-

**Aunque no deberíamos menospreciar el significado las «luchas callejeras», sería un grave error subestimar las huelgas en los lugares de trabajo.**

fesores de Chile (CPC) —con apoyo de estudiantes, vecinos y otros trabajadores— jugaron un rol central en el ciclo de protestas nacionales que reivindicó el acceso universal a la educación y el abandono de la constitución neoliberal heredada de la época de Pinochet. Se observaron acciones similares en Costa Rica, Honduras y Colombia, y, en Perú, el presidente de izquierda Pedro Castillo llegó al poder con apoyo del sindicato docente.

Esta nueva oleada de militancia docente responde a una serie de reclamos fundados en un claro proceso de proletarianización, que incluye la intensificación del trabajo, el deterioro de las condiciones laborales y la pérdida de autonomía y control sobre el proceso de trabajo en las aulas. En parte, las huelgas docentes son exitosas debido a que sus reivindicaciones se complementan con un fuerte poder de negociación en sus lugares de trabajo. Es posible argumentar que la «industria de la educación» suministra los bienes de capital más importantes del siglo XXI, es decir, esos obreros educados que luego deben insertarse en una «economía de la información». A diferencia de la mayoría de las actividades manufactureras, es imposible presionar a los docentes mediante la amenaza de relocalizar la producción (más allá de los experimentos virtuales a partir de la pandemia, la enseñanza debe realizarse donde están los estudiantes). Del mismo modo, la «industria de la educación» parece resistir a la automatización (reemplazar a los docentes por robots no es algo que aparezca en el horizonte).

Además, los docentes ocupan un lugar estratégico en la división del trabajo social concebida en términos más amplios. Si los docentes hacen huelga, generan un efecto dominó que afecta toda la división social del trabajo: interrumpen la rutina de las familias y dificultan el trabajo de los padres. En ese sentido, el poder estratégico de los docentes, aunque en última instancia está fundado en su capacidad de interrumpir la economía, es bastante singular, pues depende especialmente de la centralidad que tiene su actividad en la sociedad. Sin embargo, a menos que este poder se ejerza en el marco de una perspectiva hegemónica más amplia, los

docentes quedan expuestos a que el Estado y el capital los utilicen como chivos expiatorios y los sometan a la represión. En efecto, la crisis cada vez más grave del capitalismo conlleva también la ampliación y la profundización de las formas coercitivas del poder.

Como sea, las huelgas más grandes de la última década muestran que los docentes tienen el *potencial* de formular dicha perspectiva, es decir, de mostrar que sus luchas particulares implican la defensa de los intereses de toda la sociedad. Su propia labor hace que entren en contacto cotidiano con círculos mucho más amplios de la clase obrera, pues son testigos de todos los problemas que enfrentan los estudiantes y sus familias. Entonces, basta con que difundan la idea de que, aun si sus reivindicaciones buscan un beneficio que los afecta específicamente como docentes, también promueven los intereses de los estudiantes, sus familias, sus barrios y sus ciudades. Por supuesto, este *potencial* hegemónico, fundado en condiciones estructurales, debe realizarse a través de una agencia política que vincule las luchas particulares de los docentes —y de los trabajadores— con luchas más amplias por la dignidad humana y la supervivencia planetaria.

**A comienzos del siglo XX, cuando el epicentro de la producción industrial a gran escala se desplazó al continente asiático, también lo hizo la lucha obrera: se confirmó la tesis de que donde hay capital, hay conflicto.**

### **Solidaridad forever**

La automatización que promueve la Inteligencia Artificial llevó a muchos intelectuales a sugerir que estaríamos llegando al «fin del trabajo» y que, en consecuencia, se terminarían los conflictos laborales. Con todo, la prescindencia completa del trabajo humano en los procesos de producción continúa siendo una fantasía esquiva, y no deberíamos subestimar la importancia que siguen teniendo las luchas obreras en los sitios de producción.

Sería un error también subestimar las movilizaciones callejeras. En efecto, es posible derivar el entrelazamiento esencial de estos dos sitios de lucha —el lugar de trabajo y la calle— a partir del Tomo I de *El capital*. Por un lado, llegando a la mitad —donde describe el conflicto ininterrumpido entre el capital y el trabajo

por la duración, la intensidad y el ritmo de la actividad—, Marx se refiere a lo que sucede en la «oculta sede de la producción». Por otro lado, en el capítulo 25, Marx aclara que la lógica del desarrollo capitalista, no solo lleva a constantes luchas en los lugares de trabajo, sino también a conflictos más amplios a nivel social, pues la acumulación de capital avanza de la mano de la «acumulación de miseria», especialmente bajo la forma de la expansión de un ejército industrial de reserva de trabajadores desempleados, subempleados y precarios.

En este sentido, la historia del capitalismo se caracteriza, no solo por el proceso cíclico de destrucción creativa en el punto de la producción, sino también por la tendencia de largo plazo a destruir los modos de vida existentes a un ritmo más veloz del que define la creación de otros nuevos. Esto conlleva la necesidad de conceptualizar tres tipos de conflictos obreros: (1) las protestas de las clases obreras en proceso de formación; (2) las protestas de las clases obreras existentes que están siendo destruidas y (3) las protestas de esos trabajadores que el capital ignora y excluye, es decir, los miembros de la clase obrera que, aunque dependen exclusivamente de ello para sobrevivir, es probable que nunca logren vender su fuerza de trabajo.

Los tres tipos de conflictos obreros son manifestaciones distintas de un proceso de desarrollo capitalista único. Los tres son visibles en las luchas actuales. El destino de cada uno está íntimamente entrelazado con el de los otros. Una estrategia socialista debe abarcarlos a todos. En efecto, la perspectiva estratégica de Marx y Engels —articulada en el *Manifiesto del Partido Comunista* y en otras obras—, convocaba a los sindicatos a organizar a estos tres segmentos de la clase obrera mundial en un proyecto común.

No hace falta decir que se trata de una tarea inmensa. Pero además, sin dejar del todo de pecar de cierto optimismo, Marx asumía que estos tres tipos de trabajadores —los que son incorporados como asalariados durante las últimas fases de expansión material, los que son expulsados durante la última ronda de reestructuraciones y los que son excedentes desde el

## La historia del capitalismo se caracteriza por la tendencia de largo plazo a destruir los modos de vida existentes a un ritmo más veloz del que define la creación de otros nuevos.

punto de vista del capital— habitaban los mismos hogares y barrios obreros. Vivían juntos y luchaban juntos.

En otros términos, las distinciones al interior de la clase obrera —entre trabajadores empleados y desempleados, activos y en reserva, capaces de imponer pér-

didas costosas al capital y capaces solo de manifestarse en las calles— no se solapaban con diferencias de ciudadanía, raza, etnicidad o género. Entonces, los trabajadores que encarnaban cualquiera de esos tres tipos conformaban una sola clase obrera con mismo poder y las mismas demandas, y con la capacidad de generar una perspectiva poscapitalista sobre la emancipación de la clase en su conjunto.

Sin embargo, en términos históricos, el capitalismo se desarrolló junto al colonialismo, al racismo y al patriarcado, es decir, dividió a la clase obrera en función de su condición y limó sus capacidades para generar una visión común de la emancipación. En períodos de grandes crisis capitalistas, como la que estamos viviendo, estas divisiones tienden a endurecerse. El capitalismo en crisis empodera directa e indirectamente a los «monstruos» del «interregnum» gramsciano (movimientos neofascistas, racistas, patriarcales, antinmigrantes y xenófobos). Entonces se despliegan formas coercitivas de control social y militarismo contra un movimiento socialista que es a la vez «demasiado fuerte» como para ser ignorado (por el capital) y «demasiado débil» (hasta ahora) como para salvar a la humanidad de una larga época de caos sistémico.

Con todo, también asistimos a un recrudescimiento de las luchas obreras sin precedente a nivel histórico en cuanto a su escala y a su alcance. Si bien la magnitud del desafío que plantea la crisis del capitalismo global para la humanidad tampoco tiene antecedentes, estos nuevos movimientos están construyendo puentes y, en algunos casos, son capaces de solidarizar a los protagonistas de los tres segmentos de la clase obrera a los que nos referimos. Es en estas luchas —y a través de ellas— que surgirá un proyecto emancipatorio capaz de guiarnos afuera de este capitalismo destructivo, hacia un mundo donde la dignidad humana valga más que las ganancias.●

# La Guillotina

---

¡QUE LE CORTEN LA CABEZA!



# De las masas al enjambre

«Setenta millones de euros», decía *Le Figaro*, el diario francés. Se refería a la estimación realizada por los corredores inmobiliarios que tasaron el «hotel» —en realidad, una enorme casa de campo— situado en la *rue* de Solférino. El edificio es célebre por haber alojado las oficinas del Partido Socialista Francés.

La organización se instaló ahí en 1980 bajo el gobierno del presidente François Mitterrand, entonces a cargo de una coalición con los comunistas que intentó aplicar un programa de reformas sociales bastante radical. En 2017, cuando, durante las elecciones presidenciales, el Partido Socialista de Mitterrand encalló finalmente en el cuarto lugar, el personal del partido decidió encomendar el edificio a un escribano público. Entonces, las oficinas fueron subastadas.

Pocas anécdotas brindan una imagen tan icónica de la decadencia de la democracia partidaria como el informe publicado por *Le Figaro*. De hecho, sin importar hacia dónde miremos, todo indica que el partido de masas tal como lo conocemos está desapareciendo. En 2020, Conner Rousseau, presidente de los socialistas flamencos, anunció el nuevo nombre de su partido: optó por el impreciso Vooruit (Adelante). La escena política italiana cuenta con su propio partido mediático: el Movimiento 5 Estrellas. En España, Podemos también surgió como un «partido movimiento» y, en Francia, el presidente Emmanuel Macron duplicó las filas de La República en Marcha

haciendo ingresar a toda una generación de vírgenes políticos al parlamento. Durante las elecciones de 2018, se fundó en el Reino Unido el Partido del Brexit. En 2017, el político francés Jean-Luc Mélenchon se jactó de que Francia Insumisa (FI) no tenía miembros reales: operaba únicamente con «seguidores».

A lo largo y ancho del continente europeo, los analistas empiezan a preguntarse si los partidos tradicionales sobrevivirán la próxima década en esta vorágine de movimientos, pequeñas empresas electorales y movilizaciones espontáneas. Entonces, ¿qué cabe esperar después del siglo del partido de masas surgido, al menos en parte, de las conquistas históricas de la clase obrera europea?

No cabe duda de que el oportunismo electoral contribuye a incrementar el impulso que opera detrás del nuevo movimientismo. Sin embargo, en el caso de muchos partidos europeos, la reciente conversión al nuevo modelo se desarrolla como respuesta a un doble desplazamiento que afecta a los partidos tradicionales: la caída a largo plazo del número de afiliados y el achicamiento continuo de sus bases electorales. Bélgica es un ejemplo de esta tendencia. En 1990, el Partido Cristiano Demócrata y Flamenco conservaba todavía, sorprendentemente, 130 000 miembros. Hoy cuenta apenas con unos magros 43 000. Durante el mismo período se desplomó el socialismo, que pasó de contar 90 000 miembros a solo 10 000.





# La clase obrera europea, que alguna vez pobló las filas de los partidos socialdemócratas y comunistas, no desapareció. Pero huérfana de las organizaciones de antaño, corre el riesgo de sucumbir ante el nuevo enjambre de derechistas paranoicos.



Pero Bélgica no es más que una miniatura de una tendencia observable en toda Europa: el Partido Socialdemócrata de Alemania pasó de tener 1 000 000 de miembros en 1986 a apenas 400 000 en 2019, y la socialdemocracia neerlandesa cayó de 103 760 miembros a 41 000 en 2021. La misma historia se repite en todos lados: el antiguo partido de masas sobrevive a lo sumo como un proveedor de políticas públicas (los especialistas hablan de «factor de *output*» de la democracia), pero a nivel interno se los devoran los especialistas en RR. PP. y otros funcionarios.



Mientras tanto, las alternativas organizativas al viejo modelo proliferan. Los movimientos, las oenegés, las corporaciones y las empresas encuestadoras con nombres como Extinction Rebellion o el Partido del Brexit brindan modelos más flexibles que los de los partidos obreros de antaño, percibidos ahora por los políticos y por los ciudadanos como mecanismos demasiado lentos y engorrosos. Los antiguos miembros de los partidos cuentan ahora con la posibilidad de evitar los compromisos a largo plazo impuestos por asociaciones que limitan su voluntad, y los dirigentes encuentran cada vez menos resistencia en los congresos y plenarios. Hace poco, el máximo dirigente del socialismo belga celebró el nuevo clima que reinaba en su partido, se refirió al espíritu emprendedor de la organización y se jactó de todos los seguidores que tenía en Instagram.

Ahora los partidos buscan especialistas en gestión de redes sociales y arman gabinetes con *influencers* (hace poco Macron recibió en el palacio presidencial a dos *vloggers* de YouTube). Los nuevos gurús digitales se encargan de interpretar las señales de humo de un mundo que flota a la deriva: una sociedad



civil artificial, adicta a las series de Netflix, las modas de internet, las guerras culturales y los contratos de trabajo precarios son sus rasgos característicos.

Pero aunque el algoritmo sea eficaz a la hora de convencer a unas cuantas personas de sumarse a una movilización espontánea de medianoche, no parece ser capaz de garantizar un cimiento similar al de la socialdemocracia del siglo XX, ni mucho menos el pacto social histórico —es decir, irrepetible— entre el trabajo y el capital al que aquella dio lugar.

## El ocaso de la política socialdemócrata

Cualquier explicación del ocaso de la democracia partidaria europea debe hacerse cargo de algunos datos económicos duros. No es sorprendente comprobar que, con frecuencia, los viejos partidos de masas de Europa llevaban la marca de los muros fabriles entre los que habían nacido: una disciplina de cuartel en la que militantes y dirigentes obedecían a una jerarquía nítida y organizaban su actividad en función de una estricta división de tareas. Al mismo tiempo, los partidos de masas de Europa defendían grupos con intereses específicos: empleados y patrones, trabajadores, ciudadanos de clase media y alta, protestantes y católicos. A partir de los años 1980, la desindustrialización y la nueva economía del conocimiento empezaron a socavar estas formas organizativas. En vez de trabajadores y patrones, la sociedad empezó a dividirse entre emprendedores grandes y pequeños; en vez de centrarse en el proletariado, los especialistas en ciencias sociales empezaron a dirigir su atención hacia el «precariado».

Al mismo tiempo, el sector financiero se convirtió en el motor principal del crecimiento europeo. Fuera de la fábrica, la lucha de clases en los

lugares de trabajo perdió sustancia cuando el crédito empezó a tener prioridad sobre los salarios. Se despoliticizó el debate sobre los ingresos y, durante los últimos treinta años, las acciones y el negocio inmobiliario se volvieron cada vez más lucrativos. Donde alguna vez existió la lucha de clases, Europa asistió a la multiplicación de los rentistas y de los cuentapropistas que viven de su iniciativa individual.



nuevo inmigrante es percibido como una carga potencial sobre la deuda nacional, por no decir nada de la competencia en los mercados de trabajo y de alquileres. Esa presión genera las demandas de mano dura fomentadas por la clase obrera «nativa», que siente que se menosprecian sus logros educativos, pues la situación conlleva el empeoramiento de su posición en la «democracia de los diplomas».



Mucha gente de izquierda pensaba que la crisis de 2008 implicaría el fin del géiser de dinero barato que había impulsado el estallido financiero. En cambio, los bancos centrales apuntaron sus bazucas monetarias al sistema bancario europeo y dispararon chorros de liquidez, acción resumida en la invención de ese nuevo término que vino a enriquecer el léxico financiero: «expansión cuantitativa». Las tasas de interés se mantuvieron crónicamente bajas, lo que facilitó que los ciudadanos tomaran crédito aun cuando el crecimiento agonizaba. Durante todo ese tiempo, los ciudadanos de Europa aprendieron a pensar la política de otra forma: en vez de un terreno de lucha donde conquistar objetivos colectivos, las democracias parlamentarias se convirtieron en una competencia desquiciada entre rentistas que buscan sobrevivir a la escasez de recursos.

**Sin importar hacia dónde miremos, todo indica que el partido de masas tal como lo conocemos está desapareciendo.**

Es probable que la democracia partidaria europea haya sido una de las víctimas más subestimadas de esa nueva economía sin crecimiento. La política socialdemócrata de la vieja escuela suponía la existencia de un plusvalor susceptible de ser distribuido, y no la mera formación de un cartel que picotea los restos de la sociedad. Cuanto menos produce la economía, más políticos terminan delegando sus decisiones en los tecnócratas, cadena que conduce finalmente a lo que Ewald Engelen, economista holandés, define como «gobierno descerebrado».



## La extrema derecha y sus espectros

Mientras tanto, la lógica de suma cero del capital financiero acicatea el angustioso debate sobre los inmigrantes. En una economía incapaz de crecer, cada

El nuevo régimen de flexibilidad del capitalismo del siglo XXI también tiene consecuencias políticas evidentes: a pesar de la obstinada persistencia de ciertas identidades profesionales en porciones considerables de las clases obreras posindustriales, los trabajadores que saltan de un empleo temporario a otro no logran construir relaciones duraderas



en sus lugares de trabajo.

En cambio, internet y los círculos reducidos de amigos y familiares se presentan hoy como un ambiente social mucho más fiable. Pero ese tipo de asociación —el apoyo económico de la familia o la cooperación voluntaria de internet—

promueve formas de solidaridad cualitativamente distintas al poder obrero del pasado.

Los efectos políticos colaterales de este proceso eran predecibles. Cuando los gobiernos europeos abandonaron la política de intervención económica, los controles migratorios terminaron reemplazando muchas de sus funciones. Este tipo de «solución» es evidente en el caso de Geer Wilders, nacionalista de derecha de los Países Bajos: en su caso, el Islam sirve para justificar el incremento de la deuda nacional, los bajos salarios y la falta de viviendas. Dice que los musulmanes son holgazanes, consumen los planes sociales de vivienda y se benefician de las políticas de bienestar. Luego, propone cerrar las fronteras y sacar a los «marroquíes» para que los Países Bajos recuperen mágicamente el paraíso socialdemócrata del pasado.

La política de suma cero y su aversión a la democracia partidaria suelen ir de la mano. Pero, a medida que el riesgo autoritario de este nuevo tipo de «democracia líquida» empieza a tomar forma, también lo hacen todos los rasgos que





lo diferencian del fascismo histórico. Debemos recordar que el autoritarismo de derecha del siglo veinte fue forjado por una política de masas que operó en circunstancias muy específicas: en aquel mundo, luego de la Primera Guerra Mundial, las élites europeas se habían visto forzadas a expandir el derecho de voto. El sufragio universal beneficiaba principalmente a un movimiento socialista fortalecido, que por fin lograba posicionar a sus dirigentes en el parlamento. Las élites conservadoras respondieron con la construcción sus propios partidos y movimientos de masas, capaces de democratizar a las clases dominantes —«Ein Volk»— y domesticar la democracia según sus caprichos.

La irrupción del comunismo de comienzos del siglo pasado puede haber auspiciado unas cuantas victorias liberales, pero desbarató las perspectivas de la extrema derecha. Bien lo expresó el crítico alemán Heinrich Geiselberger, cuando dijo que sin «los enemigos del socialismo» a la derecha solo le queda «evocar sus espectros». Junto a Gáspár

Tamás, Geiselberger identifica en la Europa del siglo XXI un posfascismo más bien difuso: un intento de limitar la universalidad de la ciudadanía y circunscribirla a las fronteras nacionales, que carece del potencial organizativo de los fascistas del siglo XX. La nueva derecha está «atomizada, es fugaz, sigue el modelo del enjambre y habita bordes porosos entre la sinceridad y la ironía».

## El ascenso del enjambre

En una analogía interesante con la nueva economía, la «nueva política», tanto de izquierda como de derecha, parece disponer de una naturaleza evidentemente informal. Los enjambres que el 6 de enero manifestaron su apoyo incondicional por Trump ni siquiera cuentan con listas de miembros formalizadas. QAnon y el movimiento anticuarentena son una subcultura que florece en los blogs, en Instagram y en los grupos de Facebook, mediante juegos sensacionalistas que terminan popularizando distintas teorías de la conspiración. Por supuesto, en el ecosistema QAnon hay *influencers* más y menos destacados. Pero aun así, los líderes no responden a



ningún voto ni mandato: en vez de una masa militar entrenada, vemos enjambres itinerantes, dirigidos según la ocasión por la iniciativa de activistas individuales.

En lugar de una guerra total, los posfascistas operan con los «comandos individualizados del 2020». Adam Tooze nota con justeza que «no existe ninguna amenaza de izquierda, imaginaria o real, al *statu quo* social y económico» capaz de presionar a esta nueva derecha errante para que se transforme en una formación más militante.



La nueva informalidad también tiene un costado económico. Durante los últimos meses, Trump sacó miles de dólares de los bolsillos de sus seguidores y sigue aceptando donaciones, sin haber desarrollado jamás una estructura partidaria transparente. En 1920, Max Weber notó que los líderes carismáticos

no remuneraban a sus seguidores con salarios fijos, sino que prefieren las prácticas clientelares y las donaciones. Pero eso también hace que el liderazgo carismático sea un modo de gobierno bastante inestable: no

hay familia dinástica ni partido capaz de garantizar que la multitud contará con un sucesor.

Los vándalos del Capitolio y las movilizaciones de Extinction Rebellion tienen poco en común con los flujos que describió el austriaco Elias Canetti en su obra *Masa y poder*, publicada originalmente en Viena en 1938. Canetti concibió su clásico libro como una respuesta a los enormes levantamientos obreros de los años 1930. El movimiento obrero de entreguerras despertó una fuerte reacción de la derecha, y el período terminó con dos movimientos de masas enfrentados. Pero en vez de una «masa» móvil, las tropas contemporáneas de QAnon y las protestas anticuarentena se parecen más bien a «enjambres»: grupos que responden a estímulos breves y explosivos, generados por *influencers* carismáticos y demagogos digitales. Cualquiera puede unirse a un grupo de Facebook que simpatiza con QAnon: como sucede con todos los medios digitales, los costos de pertenencia son relativamente bajos. Es así que muchas amas de casa, preocupadas por el tráfico de menores, terminan mordiendo el anzuelo de esos grupos obsesionados con la pedofilia.



## Ahora los partidos buscan especialistas en gestión de redes sociales y arman gabinetes con influencers.





De hecho, QAnon no deja de presentar ciertas semejanzas incómodas con los movimientos antirracistas que tomaron las calles durante el verano. Por supuesto, en términos morales, los dos movimientos no resisten la comparación: uno se opone a la brutalidad de la violencia policial, mientras que el otro es un delirio conspirativo sobre supuestos políticos «asesinos de menores» que se pasean por el Congreso de Estados Unidos y el parlamento holandés.



Sin embargo, en términos organizativos, es preocupante notar que ambos movimientos comparten rasgos similares: no tienen listas de afiliados, casi no imponen ninguna disciplina sobre sus seguidores y no se formalizan como grandes organizaciones. Las acciones de protesta son como una noche de fiesta: basta enviar un mensaje de texto para que un grupo aleatorio de personas se movilice al lugar designado. Ya en 2011, Paolo Gerbaudo, el sociólogo italiano, habló de «enjambres sin colmena»: las tropas vuelan de una flor a otra sin formar nunca una base fija.

Por supuesto, los dirigentes pueden intentar coreografiar estos enjambres con tuits, intervenciones televisivas o hipotéticos *bots* rusos. Pero esa coreografía no parece capaz de parir una organización duradera. El proceso marca un desplazamiento, decisivo aunque inestable, frente a la democracia partidaria basada en la política de masas. Mientras que los partidos de la posguerra contaban con un equipo ceñido de mediocampistas y defensores, los nuevos partidos populistas están contruidos casi exclusivamente alrededor de unos cuantos jugadores estrella.



### Loguearse en la política de masas

La vieja democracia partidaria europea, ¿tiene una respuesta frente al ataque que representan estos enjambres? Una cosa está clara: es probable que la fluidez de las nuevas bases electorales potenciales sea una zona de pesca ideal para los especialistas del *marketing*, pero el *big data* y las estadísticas solo generan una falsa sensación de seguridad algorítmica y alimentan la ilusión de que el nuevo mundo feliz de votantes volátiles cabe en los números.

El hecho de que los partidos tradicionales hayan perdido a sus miembros sigue siendo un problema para el que todavía no hay soluciones obvias en el horizonte. ¿Qué se necesita para recuperarlos? ¿Hay que eliminar las membresías partidarias? Cabe recordar que detrás del éxito de las fuerzas de extrema derecha, como el Vlaams Belang flamenco, la Agrupación Nacional de Francia (ex Frente Nacional), o el Forum voor Democratie holandés, opera el rechazo instintivo hacia partidos desconectados de la sociedad y dedicados exclusivamente a producir legisladores en masa. Cuando se trata de partidos socialdemócratas, esa distancia no puede compensarse mediante un mero cambio de nombre, ni evitarse invitando a una tropa de *influencers* a los Campos Elíseos.



No está claro que la nueva democracia líquida europea esté a la altura de los desafíos del siglo XXI.

**Las acciones de protesta son como una noche de fiesta: basta enviar un mensaje de texto para que un grupo aleatorio de personas se movilice al lugar designado.**

La demencia generalizada que inunda Europa, sea bajo la forma de movimientos conspirativos al estilo de QAnon, ataques contra los centros de vacunación o exaltación rabiosa de políticas antinmigrantes, nos recuerda que, a pesar de sus múltiples defectos, uno de los grandes logros de la socialdemocracia europea

fue dotar al pueblo del sentido de una realidad social compartida.

En cualquier caso, la década populista de izquierda empieza a desdibujarse a medida que sus jugadores estrella —Podemos, Mélenchon, Syriza, Corbyn, Bernie— abandonan la escena. Nos dejan una serie de preguntas, que llegaron a plantear pero no a responder: ¿Cómo construir poder de clase en una economía política diseñada justamente para excluirlo? ¿Cómo construir organizaciones que logren reunir a los individuos más allá de la satisfacción fugaz que brinda internet? Reconociendo que no podemos contentarnos con la fantasía de retornar a la época idealizada y agotada de la socialdemocracia, ¿podemos contentarnos con la expectativa de que nuestros dilemas se solucionarán con la subasta de un inmueble tasado en setenta millones de euros y la migración de las oficinas partidarias a la nube? ●



# LA FAMILIA OBRERA

La performance *La familia obrera* fue una polémica inclusión en la exposición «Experiencias '68» en el Instituto Torcuato Di Tella de Buenos Aires. El artista argentino Oscar Bony utilizó todo el presupuesto de la exposición para pagar a una familia obrera para que se sentara en un zócalo de la galería durante ocho horas al día. El hecho de que el único asalariado de la familia, el mecánico Luis Ricardo Rodríguez, ganara en la performance el doble de lo que hubiera ganado en su trabajo puso de manifiesto lo paupérrimo de los salarios.



INSTALACIÓN LA FAMILIA OBRERA Y EL PÚBLICO EN EXPERIENCIAS '68,  
INSTITUTO DI TELLA, BUENOS AIRES.  
OSCAR BONY (POSADAS 1941 - BUENOS AIRES 2002).  
ARCHIVO OSCAR BONY ESTATE.  
FOTOGRAFÍA CORTESÍA OSCAR BONY ESTATE.  
©OSCAR BONY ESTATE.

# Clasismo sin dogmas

**El carácter central de la clase trabajadora como agente social de cambio anticapitalista no es sinónimo de determinismo económico ni de «reduccionismo de clase».**

En los últimos años pareciera que hablar de clases sociales resulta casi de mal gusto. Hacer análisis con perspectiva de género o en clave étnica suele ser visto como muestra indudable de actualización teórica, sofisticación intelectual y encomiable compromiso ético-político. Por el contrario, cualquier análisis con perspectiva de clase —no importa cuán sofisticado o meticuloso sea— es sospechoso de reduccionismo económico, dogmatismo teórico y ceguera política.

Buena parte del retroceso de los análisis en términos de clase se halla determinado por ciertas tendencias teóricas que emanan del llamado (con bastante ambigüedad, por cierto) posestructuralismo. Un brazo —o un afluente— de este caudaloso río lo constituye la perspectiva de Ernesto Laclau. A lo largo de varias décadas, Laclau fue virando de una perspectiva que procuraba sofisticar y complementar el análisis clasista propio del marxismo, manteniendo una voluntad revolucionaria, a una perspectiva puramente populista que prácticamente erradica la perspectiva de clase, además de renunciar al socialismo como proyecto revolucionario.

No es este el lugar ni el momento de evaluar cuánto hay de continuidad y cuánto de ruptura entre el La-

clau de *Ideología y política en la teoría marxista* y el Laclau de *La razón populista*. Digamos simplemente que hay bastante de la una y de la otra. Lo importante, en todo caso, es que su perspectiva teórica (sobre todo la de los últimos años) ha colaborado en afianzar tres derivas intelectuales muy influyentes: a) cierto menosprecio de las realidades «materiales» y, ligado a ello, de los grises y aburridos datos empíricos; b) la atribución al lenguaje —o, para respetar sus términos, al «discurso»— de ilimitadas capacidades para «crear realidades»; c) la elevación de «pueblo» a categoría teórica y política nodal.

Sin embargo, y de manera ciertamente paradójica, las perspectivas «discursivistas» —como la de Laclau u otras semejantes— no nos permiten entender ni explicar el retroceso de las identidades y organizaciones clasistas, por mucho que hayan colaborado en esta deriva. Si las identidades individuales y colectivas son fundamentalmente discursivas, construcciones lingüísticas sin anclaje en ninguna realidad extralingüística o no puramente lingüística, entonces no hay ninguna razón para que cualquier persona se considere parte de la clase trabajadora. Pero cuando salimos del plano individual y observamos el panorama social, cuando nos desplazamos, pues, de lo micro hacia lo



macro, se observan notorias —casi escandalosas— regularidades estadísticas. Tras esas curiosas regularidades, sospechamos, se esconden determinantes materiales que se resisten a la manipulación discursiva.

En general, el posestructuralismo en sus diferentes vertientes ha sido sensible al carácter contingente de lo social, a los componentes discursivos de toda realidad humana y a las consecuencias relativistas que se derivan de todo ello. Pero, como suele suceder, sus defensores han tendido a absolutizar y unilateralizar (a pesar de sus abundantes profesiones de fe relativista) las características y los elementos de la realidad que han detectado. Un buen ejemplo es precisamente Laclau. Con el paso del tiempo, el «pueblo» pasó de ser una articulación —entre otras posibles— de las clases populares, a algo así como el sustrato común de toda política de oposición posible. Lo mismo sucede con su categoría de discurso, que de un componente importante de la realidad, a veces infravalorado, pasó a ser lo que en otras tradiciones filosóficas se llamaría la esencia de lo social: en concreto, para Laclau, todo lo humano es discursivo. El problema no reside tanto en lo que afirma explícitamente, como en lo que niega o cuestiona de manera implícita. Es obvio que, para los seres humanos, toda realidad tiene un componente discursivo. En este sentido, toda realidad es efectivamente discursiva, pero debemos considerar algo que Laclau en general omite: que toda realidad es *parcialmente* discursiva. En *Metáforas de la política* (Homo Sapiens, 2001), Emilio de Ípola dio justo en el clavo:

De poco vale declarar que toda realidad histórico-social —incluidos los objetos físicos— es significativa, como un principio vacío, si no se dispone de los elementos mínimos para distinguir,

siquiera sea en sus trazos más gruesos, las modalidades específicas en que los diferentes modos de presentarse de lo social, y, sobre todo, los tradicionalmente calificados como «extradiscursivos», funcionan como realidades significantes (p. 128).

A pesar de la enorme cantidad de páginas críticas que siguieron a las de Emilio de Ípola, ese «principio vacío» nunca fue dotado de contenido. Por último, casi todas las formulaciones posestructuralistas —si se me permite una generalización que demandaría una justificación que creo posible, pero inviable en el contexto de un artículo breve— se vuelven atractivas sobre la base de polarizaciones demasiado tajantes y simples.

Nuevamente, podemos ilustrarlo con Laclau. Para criticar el «determinismo» —tan problemático, ciertamente— contrapone al mismo la categoría de «contingencia». Pero entre el determinismo más absoluto y la contingencia más ilimitada no parece descubrir nada en el medio. Por consiguiente, Laclau no establece ninguna distinción entre lo altamente probable y lo muy improbable; entre lo que se descubre necesario *ex post* y lo que se presume necesario *ex ante*; entre la explicación y la predicción; entre lo que se nos presenta como contingencia por falencias en la información (contingencia subjetiva) y lo objetivamente contingente; entre la contingencia como confluencia de dos cadenas causales hasta entonces independientes y la contingencia como una combinación altamente compleja e imprevisible de circunstancias diversas; entre lo fuertemente contingente y lo tendencialmente necesario, etcétera.

Esa serie de indistinciones representa un grave problema para las perspectivas discursivistas, ese sustrato común a tantas teorías y concepciones usualmente





consideradas posmodernas o posestructuralistas. Y en el caso de los análisis de clase, estas perspectivas nos confrontan ante una paradoja. Porque si el discursivismo fuera correcto, entonces no habría nada que impidiera o dificultara el desarrollo de identidades clasistas como las que dominaron en el pasado... salvo otros discursos. Aunque los teóricos posestructuralistas no sientan especial interés por las identidades y los discursos de clase, y a pesar de que el clasismo haya sido estadísticamente poco relevante en las perspectivas posmodernistas, ello es en el fondo algo meramente contingente, de ninguna manera una consecuencia más o menos obvia de su perspectiva teórica.

Por consiguiente, con perseverancia, renovado ingenio y algo de habilidad lingüística, se podrían restablecer lozanas y poderosas identidades clasistas. Paralelamente, cualquier posmodernista podría devenir clasista de la noche a la mañana. Pero sucede que no todo es lenguaje o discurso. Y parece ingenuo voluntarismo cifrar muchas esperanzas en un activismo (puramente) discursivo.

## La clase importa

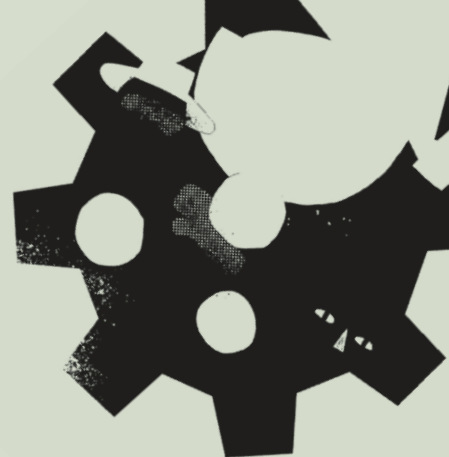
¿Por qué querría alguien establecer o restablecer una identidad de clase? Una respuesta posible es que hay males, injusticias, daños o perjuicios que se relacionan de manera directa con la pertenencia de clase, y que si queremos afrontarlos de manera adecuada debemos hacerlos conscientes. Ese mismo hecho de tornarlos conscientes desarrollará en mayor o menor medida alguna identidad de clase. Sin embargo, nada de esto dice mucho sobre la importancia relativa de las identidades clasistas en relación a otras identidades. Y recordemos que cada persona posee múltiples

identidades en sentido amplio: nacional, de clase, de género, etaria, deportiva, etc.

Ahora bien, uno de los fenómenos más notorios de los últimos años es que las desigualdades de patrimonio e ingresos —asociadas de manera estrecha, aunque no exclusiva, a las clases— han crecido exponencialmente. Pero, de manera significativa, ello ha sucedido en medio de un retroceso de los discursos, las identidades y las organizaciones clasistas. O, mejor dicho, un retroceso de la identidad y la organización de las clases trabajadoras. Porque no se observa un proceso semejante entre las clases propietarias.

En términos de clase, el mundo es hoy en día más desigual que hace veinte, treinta o sesenta años. En qué medida el retroceso de la identidad (y la organización) de la clase trabajadora es causa o consecuencia de esta desigualdad enormemente acrecentada es un tema ciertamente complejo y muy digno de indagación. En cualquier caso, habitamos la paradoja de que, mientras públicamente se fue abandonando la referencia explícita a una perspectiva de clase, el desequilibrio de poder entre las clases y la desigualdad de ingresos entre quienes viven de su trabajo y quienes viven de las ganancias o las rentas no hizo más que aumentar.

Puede comprenderse, ciertamente, el atractivo político e intelectual de otro tipo de demandas, diferentes a las de clase: comportan injusticias manifiestas que requieren y merecen atención. Una atención que, por cierto, las izquierdas clásicas no supieron brindar. Pero de aquí a considerar que hablar en términos de clase «atrassa» o es signo evidente de dogmatismo —algo cada vez más notable tanto en círculos intelectuales como en ciertas franjas de la militancia anticapitalista— hay un largo trecho.



Quien observe sin velos el desequilibrio de poder entre las clases sociales del capitalismo posmoderno —que no deja de crecer—, la concentración de la riqueza en la cúspide de la sociedad, el aumento de la desigualdad en los ingresos, el regreso de formas presuntamente «superadas» de explotación laboral — como el trabajo a domicilio—, la tendencia universal a la precarización laboral y los recortes manifiestos a los «salarios sociales», ¿qué otra cosa podría hacer sino volver a hablar y a pensar en términos de clase? Sin embargo, parece existir un corsé intelectual: los discursos clasistas son vituperados por las derechas, pero también suelen ser «cancelados» por ciertos sectores de izquierda. Declararse feminista suena muy bien, pero decirse clasista genera desdén o sospecha. Con todo, al menos si pretendemos modificar radicalmente la sociedad capitalista, esa sociedad que no solo produce y reproduce injusticias, sino que se empeña en cortar la rama sobre la que está parada, o en destruir el planeta, que vendría a ser lo mismo, debemos ser feministas, clasistas y varias cosas más.

Una mirada libre de velos nos muestra también trabajadores cada vez menos sindicalizados, sindicatos convertidos en sellos o en patéticas maquinarias burocráticas, niveles de conciencia de clase que se arrastran por el suelo... Para quien sienta alguna pulsión activista o militante, la militancia en el lugar de trabajo suele ser la menos atractiva e incluso la más peligrosa. Si bien esto ayuda a entender el retroceso de las formas de identidad y organización de clase, entender no es justificar.

Se puede aceptar que en el presente el trabajo ha dejado de ser el centro articulador de las identidades. ¿Pero en qué medida ello se debe a cambios económicos, a modificaciones tecnológicas, a operaciones ideológicas, a prácticas culturales, a experiencias colectivas y la manera en que fueron procesadas, a dis-

cursos emergentes y residuales, a articulaciones políticas? Desconocer las transformaciones de los últimos lustros es meter la cabeza bajo la tierra, pero someterse a ellas no es mucho mejor. Y cabría recordar que en el heroico pasado en el que (se supone, aunque de manera bastante infundada) el trabajo era el centro articulador principal de las identidades, la clase obrera militante era mucho menos homogénea de lo que muchas ingenuas miradas retrospectivas suelen creer: estaba atravesada por diferencias étnicas y de género inocultables, y las diversidades laborales y políticas eran enormes. Después de todo, el mito de la revolución proletaria creció en un mundo que era todavía fundamentalmente artesano y campesino.

Sin embargo, es notorio que, en otra época, al menos en ciertos lugares, un estibador portuario, un jornalero rural, una familia campesina, un maquinista ferroviario, una empleada textil e incluso un lustrabotas podían desarrollar formas de conciencia semejantes y una cultura común de oposición a la sociedad oficial. Pero esto no fue consecuencia pura y dura de ninguna estructura económica, sino que intervinieron también procesos políticos y culturales. Y hubo mucha acción, mucha militancia, muchas energías subjetivas que hicieron su parte. Convendría no olvidarlo. El objetivismo que confía en procesos económicos indetenibles es tan problemático como el discursivismo que concibe a las personas como meras marionetas de discursos impersonales, o como el subjetivismo voluntarista, que piensa que la voluntad lo puede todo. Son miradas unilaterales. Lo que se necesita es una comprensión lo más ajustada posible del proceso histórico y de la realidad en que vivimos (en todas sus dimensiones), y una clara conciencia de los objetivos e ideales —en nuestro caso: socialistas— que perseguimos.

Quien quiera enfrentar seriamente al capitalismo no puede prescindir de la clase trabajadora ni subvalo-



rarla. Incluso es casi imposible pensar en una lucha anticapitalista con capacidad para erigir algo que genuinamente podamos llamar «socialismo democrático» sin que la clase trabajadora ocupe el lugar central. Pero dado el carácter polémico de esta afirmación, conviene desarrollarla.

### Capitalismo y después

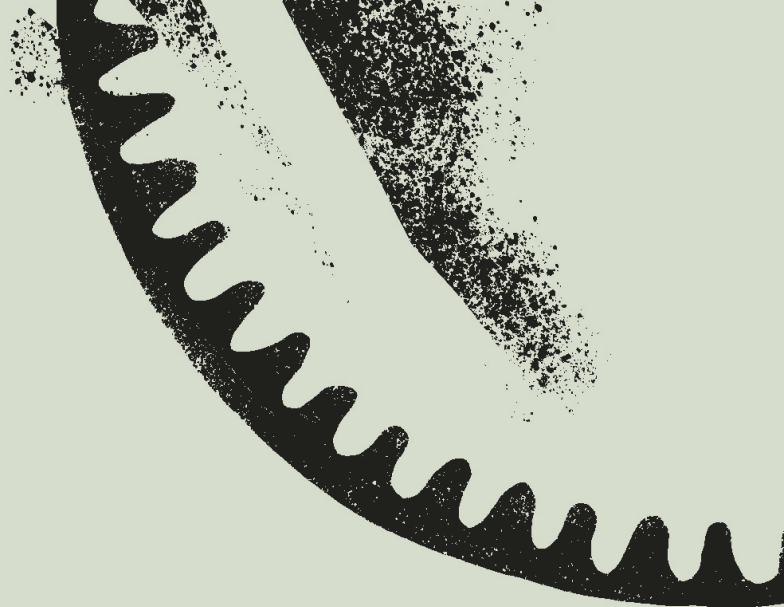
Superado el contexto polémico de la Guerra Fría, cuando los personeros del capital preferían referirse a sus sociedades como el «mundo libre», el auge del neoliberalismo volvió a dotar de respetabilidad al término «capitalismo». Ser empresario o ser capitalista —algo sospechoso e incluso repulsivo cuando las izquierdas eran fuertes, los movimientos obreros poderosos y el fantasma de la revolución campeaba libremente— se volvió motivo de orgullo y prestigio social, pasible de ser exhibido impudicamente como santo y seña de éxito social y personal. Mientras el grueso de las izquierdas (en parte, a consecuencia de haber abandonado la revolución como perspectiva) se concentraba en la denuncia y la condena del neoliberalismo, los agentes del capital hablaban cada vez más abiertamente de capitalismo.

El término, negado u ocultado en los años sesenta o setenta, es desde hace tiempo ampliamente aceptado y empleado: se lo asocia en general, de hecho, con algo positivo. Tanto es así que pocos negarían que vivimos en sociedades capitalistas. Y, desde luego, es evidente y manifiesto que vivimos en el capitalismo. Tan evidente y tan manifiestamente obvio, que cabe preguntarse por qué se gastaron tantas energías en el pasado en relativizarlo o negarlo. La respuesta, como es lógico, reside menos en las poco claras características de la sociedad que en las pujas ideológicas y discursivas.

El capitalismo configura una sociedad estructurada fundamentalmente por medio del mercado, en la que la parte principal de los medios de producción es propiedad privada de la clase capitalista, que emplea fundamentalmente trabajadores asalariados con la finalidad de obtener beneficios monetarios. Y es la estructura de las relaciones capitalistas de producción —en particular, la competencia entre capitales en búsqueda de inversión— lo que explica la peculiar tendencia de esta sociedad hacia el crecimiento económico ilimitado y la innovación tecnológica más o menos permanente. Un crecimiento que ya está chocando con los límites de un planeta finito, y una innovación que produce tanto delicias como peligrosas amenazas.

Una sociedad capitalista no es, desde luego, solo capitalista. Puede ser también democrática, fascista, patriarcal, liberal, autoritaria, periférica, central, corporativa, burocrática y muchas otras cosas (no todas compatibles entre sí). Pero, en cualquier caso, su peculiar dinamismo histórico —tan claramente excepcional— es producto de sus relaciones económicas específicas y no de sus otras posibles características. Ahora bien, si el capitalismo es definido como un sistema económico (cosa que aceptaba Laclau y que hoy pocos negarían), entonces, como dijera alguna vez Terry Eagleton, «es una cuestión de principios democráticos que los victimizados por un poder opresivo deban liberarse ellos mismos, y en el área de la producción esto significa aquellos que están más perjudicados», en este caso, los trabajadores.

La centralidad de la clase trabajadora en la lucha contra el capitalismo, conviene recordarlo, no fue en el pasado patrimonio exclusivo de la tradición marxista. Los anarquistas solían aceptarla implícita o explícitamente. Aunque a veces la importancia del proletariado se veía recubierta de especulaciones filosóficas (cuyo



origen es un temprano texto inédito de Marx, en el que sin embargo se refería a la situación específica de Alemania), en las diferentes tradiciones socialistas la importancia concedida al movimiento de trabajadores era más prosaica. Gerald Cohen las expuso muy bien. Se asumía que los trabajadores constituían la mayoría de la sociedad (o se encaminaban a ello), producían la riqueza de la sociedad, eran los explotados de la sociedad y eran a la vez sus componentes más pobres y necesitados. También se asumía que los trabajadores no tenían mucho que perder (salvo sus cadenas) y que querían y podían transformar la sociedad.

En la actualidad estos elementos parecen en parte haberse disgregado y en parte atenuado. Los trabajadores asalariados son claramente una mayoría en buena parte de las sociedades capitalistas, e incluso ya lo son a nivel mundial. Según datos del Banco Mundial, en la actualidad el 53,5% de la población activa es asalariada. Esto entraña un crecimiento notable, que curiosamente ha coincidido con la atenuación de los discursos de clase. En los años noventa, después de todo, los asalariados no superaban el 44%, y en los convulsionados sesenta eran una minoría. Sin embargo, todo hay que decirlo, entre los actuales asalariados los obreros industriales son una minoría, y, en las sociedades relativamente opulentas, los trabajadores tienen mucho que perder si fracasaran en hipotéticos intentos revolucionarios. Por otra parte, los más pobres y necesitados no suelen ser trabajado-

res asalariados, sino desempleados, cuentapropistas o campesinos. En fin, aunque es ampliamente mayoritaria, la clase asalariada se ha tornado profundamente diversa y crecientemente fragmentada.

Las experiencias de un par de siglos de lucha socialista abren dudas e interrogantes sobre la capacidad de la clase trabajadora como fuerza revolucionaria. Sería insensato ocultarlo. Pero, en cualquier caso, parece indudable que si algo que merezca la pena llamar socialismo democrático ha de ser, los trabajadores deberán ocupar un lugar primordial. Es preciso, pues, volver a hablar de clases, de conciencia de clase y de lucha de clases. En un mundo de desigualdades cada vez más notorias, en el que el poder de las corporaciones capitalistas no ha hecho más que aumentar y en el que su dinamismo potencialmente suicida se funda en las relaciones de producción, no tiene ningún sentido que las izquierdas coloquen a las clases como una forma más de opresión (entre muchas otras) y le dediquen muchas veces una atención menor.

Es indudable que muchas perspectivas clasistas han tenido en el pasado —y pueden continuar teniendo en el presente— fuertes componentes dogmáticos. Pero lo mismo puede decirse de cualquier perspectiva intelectual, teórica o política.

No necesitamos dogmas, pero sí necesitamos clasismo. Clasismo sin dogmas, pues. ●

# Excedente

---

PARA LA REPRODUCCIÓN AMPLIADA

# La hidra de la revolución

**La obra clásica de Peter Linebaugh y Marcus Rediker cumple veinte años, pero la historia que cuenta es la de una resistencia inmemorial a la conquista capitalista.**

Hay libros cuyas páginas nos sumergen en las corrientes más hondas de la historia. Ese es, sin dudas, el caso de *La hidra de la Revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico* (Crítica, 2005), de los historiadores estadounidenses Peter Linebaugh y Marcus Rediker.

Embarcarnos en este libro implica acoplarnos al ritmo de una travesía en la que nos encontramos con personajes multifacéticos y narraciones que, con su propio oleaje, nos dan acceso a una época pero, sobre todo, nos hacen comprender lo que significa el movimiento del mundo.

No por casualidad se amontonan los términos acuáticos. La historia del Atlántico, la cuenca hídrica que determina la historia del siglo XVI hasta inicios de nuestra época, es también la historia subterránea de los orígenes del capitalismo como régimen que conecta tres continentes a través de las aguas. Europa, África y América tienen su zona común en el Atlántico y, justamente por ese ensamblaje oceánico, la economía capitalista es global desde su inicio.

Pero, ¿qué sucede en ese espacio azul que estructura la mundialización colonial? Si algo nos hacen des-

cribir Linebaugh y Rediker es precisamente que el océano no es un espacio liso o una superficie de mero tránsito y circulación. Es una cartografía que anima a pensar los fundamentos de la condición obrera a escala global. A esa condición obrera los autores la califican de «hídrica»:

La hidra se convertía en un medio para expresar la multiplicidad, el movimiento y la conexión, las grandes olas y corrientes planetarias de la humanidad [...]. Las multitudes que se reunían en el mercado, en los campos, en los muelles y en los barcos, en las plantaciones, en los campos de batalla. El poder de los números se veía ampliado por el movimiento, ya que la hidra viajaba y se desplazaba, o era desterrada o dispersada en una diáspora: era transportada por los vientos y las olas más allá de las fronteras del Estado-nación. (p. 19)

El Atlántico es un punto clave en la formación de una «clase multiétnica» que funciona como el cimiento transnacional del capitalismo como régimen de apropiación y conquista. Narrar a esa clase trabajadora «variopinta» desafía, dicen los historiadores, tanto la comprensión que circunscribe la clase en los marcos estatal-nacionales como el silenciamiento sobre la



represión de la que fuera objeto durante su propia constitución. Según la tesis de este libro, esa clase plebeya se forma en los barcos.

Pero la clase obrera viene de más atrás. Más concretamente: de los procesos de expropiación y empobrecimiento de quienes se vieron forzados a ser mano de obra «liberada» luego de los cercamientos y despojos de tierras en Inglaterra y en Irlanda, de quienes eran criminalizados por las nuevas leyes que protegían la propiedad privada tras limitar el acceso a los bienes comunes, de desocupados obligados a deambular sin sustento, de quienes eran comprados y vendidos como esclavos en África, el Caribe y América, de las mujeres aterrorizadas por las quemaduras de brujas: «A la desordenada clase obrera — cuentan los autores — se le había dado una nueva forma, que además era muy productiva: tanto si cobraban un salario como si no» (p. 65).

Si el barco se convierte así en un lugar de convergencia y reunión, también es la antesala de la plantación (esa «prisión sin muros»), donde se experimenta la dureza del trabajo a destajo y del encierro. Pero es una vez en las aguas que esa formación de clase multilingüe toma consistencia y nutre un microcosmos rebelde, tejido a través de los lazos de cooperación entre quienes habían sido despojados de todo. La dimensión proletaria deviene así casi sinónimo de condición migrante porque se constituye en dos movimientos de desplazamiento: el despojo y el viaje.

## El Sea-Venture

El episodio con el que empieza la historia de este libro es impactante: el naufragio de uno de esos barcos, el Sea-Venture, ocurrido en Las Bermudas en el año 1609. La particularidad es que del accidente sobrevivieron todos los pasajeros, «propiedad» de la Virginia Company de Londres que los llevaba como trabajadores para sus plantaciones. La isla a la que arribaron resultó ser una suerte de paraíso de abundancia que les permitió a muchos aferrarse a su libertad recién conquistada. Una fuga inesperada, accidental, que encontró la tierra prometida.

Ese naufragio no fue un hecho menor. Inflamó la imaginación política y literaria y se convirtió en la «mate-

ria prima» de *La tempestad*, famosa obra de William Shakespeare estrenada en 1611. En la isla, entre los proletarios naufragos, crecieron nuevos ímpetus para las tradiciones populares anticapitalistas, capaces de desafiar los planes coloniales y de proponer utopías convivenciales y protocomunistas.

Como explican los autores, se arma allí un experimento de cooperación que combina a marineros, peones, artesanos, campesinos, esclavos e indios de América. De allí que, con la información que traían y llevaban los marineros en los bares, Shakespeare diera cuerpo a la conspiración que traman ese esclavo con saberes campesinos llamado Calibán, el bufón Trínculo y el marino Stephano para apoderarse de una isla. Linebaugh y Rediker nos dejan entender, con maestría en el uso de archivos, que la imaginación «europea» no es metafísica ni puramente libresco sino que en ella reverberan las crueldades de la historia colonial: «Shakespeare eludió esta cruda realidad [colonial] en su obra, pero tanto él como sus amigos de la Virginia Company sabían que la colonización capitalista dependía de estos horrores» (p. 47).

Linebaugh y Rediker se dedican a identificar también a quienes construyeron la infraestructura de esas expropiaciones: quienes hacían el trabajo de expropiar y cercar las tierras para hacerlas «productivas» (es decir: quienes debían ocuparse de talar bosques, desecar ríos y drenar pantanos), quienes construían los puertos y los barcos, quienes los mantenían y hacían las tareas domésticas. Nos muestran así, con el detalle de permitirnos ver cómo se monta una época, dos locaciones clave del capitalismo transatlántico: el puerto y la plantación. El puerto y la plantación se corresponden, además, con un tipo determinado de ciudad y de campo y, por supuesto, con un tipo de espacio fluvial y marítimo, pues el puerto y la plantación son impensables sin una zona de aguas específicas. Las resonancias de estos razonamientos con los debates actuales, con la centralidad que siguen teniendo esas locaciones para el capitalismo financiarizado, no dejan de ser llamativas.

El libro también informa con detalle que el proceso de formación de la fuerza de trabajo es inseparable de horcas, cárceles, hogueras, torturas y otras formas



de terror. De hecho, ocupa un papel central el ensañamiento con las mujeres, la conversión forzosa de «profetisas a proletarias», el control de la reproducción y la persecución de toda la espiritualidad asociada a las prácticas heréticas de las sirvientas y criadas, que ponía en riesgo el negocio de la esclavitud.

Ese proceso es el que ha investigado de manera brillante Silvia Federici en su ya clásico *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpos y acumulación originaria* (citado reiteradamente por Linebaugh y Rediker). No es casual que Federici recurra también a los personajes shakesperianos para hablar del rebelde anticolonial Calibán como figura proletaria mundial, aunque también rescata del segundo plano que ocupa en *La tempestad* el personaje de la bruja, para comprenderla como encarnación de las figuras femeninas insuimisas que el capitalismo tuvo que doblegar, embridar y quemar para poder despegar: herejes, curanderas, mujeres obeah que envenenaban la comida de sus amos e inspiraban a los esclavos a rebelarse, mujeres que lideraban gremios, etc.

## La hidra

*La hidra de la revolución* cubre dos siglos y medio y, además de recorrer hechos no tan conocidos, como la guerra de cimarrones en Jamaica (1720) y la conspiración de Nueva York (1741), desmenuza las teorías y legislaciones estructuradas para justificar el empuje de la «prosperidad» capitalista, permitiéndonos escuchar una suerte de concierto que avanza en conjunto para caracterizar a un enemigo que, dicen, es como «una hidra de mil cabezas».

Sir Francis Bacon, canciller y filósofo inglés, decía que la hidra estaba hecha de «enjambres, manadas y chusma» que se encontraba en «las comunas rurales y el populacho urbano». Su secretario, el luego célebre filósofo Thomas Hobbes, repetía también el dilema de Hércules: si se cortan solo algunas cabezas, la hidra policéfala y revolucionaria vuelve a multiplicarse. Otra vez, las grandes teorías políticas aparecen aquí iluminadas como respuestas a organizaciones multitudinarias surgidas desde abajo.

La tradición «volátil y sinuosa del radicalismo marí-

timo» no termina entonces en los mares. Linebaugh y Rediker nos explican cómo persiste y se convierte en huelgas, motines, rebeliones de esclavxs y levantamientos. Cada uno de esos hechos no cuenta solo como una anécdota de color, fragmentaria, sino que es tratado con el espesor histórico de lo que interviene «en el rumbo de la colonización». En un momento, para dar cuenta de la transmutación de esa insistencia, los historiadores traen a colación al poeta martinicano Aimé Césaire (1913-2018): «Es este reptar de la obstinada serpiente que sale de los restos del naufragio» (p. 202).

La lección de *La hidra de la revolución* es, entonces, un modo de comprender el hacerse del proletariado como sujeto múltiple, afectado por despojos y violencias y con un ánimo rebelde que se reinventa a pesar del terror colonial capitalista. Es un modo de narrar historias anónimas y con nombres propios de los que no guardamos memoria. Recordemos que Marx y Engels, al escribir *La ideología alemana*, evocaron también a los hombres y mujeres expropiados por los cercamientos ingleses con el término *motley crew*, traducido en general al castellano como «cuadrilla variopinta». En un párrafo que exhibe la sutileza de su pluma y el brillo de su método, Linebaugh y Rediker rastrean los orígenes de la expresión:

En la forma de vestir de la autoridad real en la Inglaterra del Renacimiento, la *motley* es una prenda multicolor («botarga»), o a veces una gorra, que llevaban los bufones, a los que el rey permitía hacer chistes e incluso decir la verdad ante aquellos que ostentaban el poder. Como emblema, la *motley* trajo también unas expectativas carnavalescas de desorden y subversión, que eran un modo de desfogarse. Por extrapolación, la palabra *motley* podía también aludir a un conjunto pintoresco, tal como una multitud de personas cuyas ropas andrajosas llamaban la atención. Una multitud de este tipo bien podía ser un conjunto de personas que visten con harapos, o un proletariado lumpen (que es la palabra que significa «harapos» en alemán). Aunque mencionemos y recalquemos el carácter interracial de esta cuadrilla variopinta, deseáramos que los lectores recordaran siempre estos otros significados: la subversión del poder y el aspecto de pobreza. (p. 42)

Entonces, ropajes que (des)califican —algo que se repetirá en la historia una y otra vez: *sans-culottes*, descamisados o mujeres de polleras— y una lengua que los emparenta con una identidad política.

## Ch'ixi

En el método de «la historia desde abajo» de *La hidra...* también encontramos pistas para leer el presente porque las vigas que sostienen la dimensión global del capitalismo contemporáneo no dejan de recordar la actualidad de sus violentos orígenes. De hecho, en los veinte años que han transcurrido desde su publicación, podemos seguir leyendo, al calor de las sucesivas crisis globales y las nuevas formas de protesta, la consolidación de un proletariado cada vez más «variopinto», tanto en sus modalidades laborales como en sus trayectorias organizativas.

Mi investigación alrededor de lo que llamé el «neoliberalismo desde abajo» es también un diálogo oblicuo con este libro de Linebaugh y Rediker: una tentativa de pensar las dinámicas de explotación, cooperación y resistencia de las economías populares en relación a las condiciones persistentes del neoliberalismo en nuestra región latinoamericana. Desde ese punto de vista, analizo la pluralización del neoliberalismo en función de las prácticas provenientes «desde abajo»: su articulación con formas comunitarias, con tácticas populares de resolución de la vida, con emprendimientos que alimentan las redes informales y las tramas reproductivas que se valen de esa vitalidad social. Esas prácticas revelan, sobre todo, el carácter heterogéneo, contingente y ambiguo en que la obediencia y la autonomía se disputan, palmo a palmo, la interpretación y la apropiación de las condiciones neoliberales.

*La hidra...* también encuentra eco en un debate latinoamericano más amplio: por ejemplo, la noción de abigarramiento, traducida al aymara como *ch'ixi* y trabajada por Silvia Rivera Cusicanqui no deja de ser otra declinación de ese variopinto —«motley» en inglés— que rastrean los historiadores.

De aquí parten otras conexiones posibles, como por ejemplo, las obras del historiador argentino Enrique Tandeter y del sociólogo boliviano René Zavaleta

Mercado sobre la cuestión minera en América Latina, que son parte de un archivo anticolonial que vincula la fuerza de trabajo y extractivismo. Tandeter, en *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*, tesis convertida en libro, analizó el comercio minero de Potosí como eje, primero del Virreinato del Perú y luego del Río de la Plata y lo hizo de manera original al vincular sus ciclos y su productividad con el trabajo forzado. Zavaleta Mercado investigó la producción minera y la organización de los trabajadores para pensar los «estratos» que conformaban lo abigarrado de una sociedad como la boliviana, donde el asalariado no era hegemónico (ideas que expresó sintéticamente en su obra póstuma *Lo nacional-popular en Bolivia*).

Ambas perspectivas vinculan de manera densa la extracción minera con la cuestión obrera por fuera de sus marcos asalariados e industriales, y despliegan una lectura fundamental que frecuentemente se pierde en algunas interpretaciones más recientes del fenómeno extractivo. Así, en el caso de Tandeter, la coacción laboral indígena, en tanto mecánica de leva de la mano de obra, resulta inescindible de la empresarialidad, mientras que la relación con las profundidades de la extracción funciona como cuenca metafórica de la constitución política latinoamericana en el caso de Zavaleta Mercado. La imagen de lo abigarrado, que Zavaleta Mercado propone para pensar la coexistencia de temporalidades y principios societales organizativos diversos, proviene de la imaginación que despierta en el teórico orureño la descripción técnica de la veta de la mina.

Con estos linajes de pensamiento, renovados en alianzas con las luchas feministas que ponen en el centro la pregunta por las formas de cooperación y construcción de nuevas fuerzas ante un momento de violenta reestructuración capitalista neocolonial, pueden entretenerse hoy las críticas más interesantes y filosóficas a los extractivismos, que también tienen una «historia desde abajo». Pero todavía más necesario es cultivar la práctica de la escucha, de la valorización de los gestos laterales, de las rebeliones fallidas y también de las conquistas colectivas, que nos desafían una y otra vez a contar las maneras en que la serpiente sigue moviéndose al ras de suelo. ●



**disponible en las mejores librerías**

disponible en ebook | [sigloxxieditores.com.ar](http://sigloxxieditores.com.ar)



El trabajo es la maldición de la clase bebedora.

OSCAR WILDE

ISSN: 2718- 6466



7 798362 370017 >